

De todos los veranos

MARÍA ROJO



Selecta 

De todos los veranos

María Rojo

Selecta

A mis hijos y a mi esposo. Mi vida entera.

*A todas las Violetas, por la hondura
con la que miran y sienten el mundo.*

*Que se quede el infinito sin estrellas o que pierda el ancho
mar su inmensidad, pero el negro de tus ojos que no muera
y el canela de tu piel se quede igual.*

Bobby Capó, Piel canela

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Es curioso cómo el cerebro tiende a bloquear los recuerdos que nos dañan y los repliega en un rincón de nuestra psique al que, si no es necesario, preferimos no acudir.

Ander aún no sabía cómo había llegado hasta aquella habitación. Despertó en medio del traqueteo del cambio de la camilla a la cama. Escuchó el pitido de la máquina que lo monitoreaba, notaba el aire frío y limpio que se colaba en sus pulmones a través de aquella máscara de silicona que le tapaba media cara.

—¿Qué mierda ha pasado? —se preguntaba, mirando entre adormilado y aterrado a su alrededor.

—Tranquilo, señor Beláustegui —dijo la enfermera con mucha amabilidad mientras le tocaba el hombro—. Hemos conseguido estabilizarlo, está fuera de peligro.

—¿Qué...? ¿Qué me ha pasado? —alcanzó a balbucear, apartándose la máscara de oxígeno de la cara.

—Señor Beláustegui, ha tenido un infarto. Está fuera de peligro. Le hemos intervenido en el quirófano, todo ha ido bien. Ahora lo estamos acomodando en su habitación. Ha superado muy bien la operación y necesita descansar.

—¿Infarto? ¿Cómo...?

—Ander —replicó una voz conocida desde algún rincón de la

habitación que no alcanzaba a ver. Era Ane, la esposa de Víctor. Su cariz grave, imperativo, era inconfundible.

—Estás a salvo. No hables. Víctor ha ido a buscarte algo de ropa a casa. Le hemos pedido a Josefa que nos abra la puerta. Tranquilo, estamos contigo.

Los camilleros acomodaron al paciente. Ander, ahora sí, pudo ver a Ane. Esta le sonrió y le hizo un gesto con la mano invitándolo a calmarse. Ella estaba allí. Eso le dio seguridad en mitad del caos, que aún no asimilaba. Ane era una de las personas más resolutivas que conocía; agradecía su presencia tanto como se agradece la de una madre. Aunque no lo fuera.

Dos amables enfermeras colocaron el suero, acomodaron las sábanas y fijaron la bolsa que conectaba con la sonda a los pies de la cama.

—Señor Beláustegui, nos vamos. Aquí tiene el pulsador para llamarnos. —Le mostró un aparato con un botón rojo muy vistoso—. Cualquier cosa, no dude en avisarnos y una de nosotras vendrá enseguida.

—Gracias —respondió como pudo Ander.

—No hable. Ahora debe descansar —replicó la enfermera más mayor.

Ya solos, y a la espera de la llegada de Víctor con las cosas de su amigo, Ane se acercó con cariño, con amabilidad, hasta la cama.

—Menudo susto nos has dado, Ander. Te has desmayado en tu despacho. Julieta te vio. Suerte esos vidrios horrorosos que pusisteis en las oficinas, quitan privacidad, pero, de no ser por ellos, a saber qué habría pasado. —Ane suspiró y trató de desdramatizar el relato—. La cuestión es que te vas a poner bien.

En esas entró Víctor. Venía corriendo por el pasillo. Ane le había avisado por WhatsApp de que Ander ya estaba en la habitación. Se

afanó en llegar lo antes posible para darle un abrazo a su amigo.

Josefa había tardado algo en aparecer y entregarle la copia de las llaves. Justo hoy libraba y andaba fuera con su hija y nietos.

—Josefa, es una urgencia. Ander ha sufrido un infarto. Está fuera de peligro, pero los médicos nos piden que le traigamos algo de ropa al hospital.

Josefa, que adoraba a su jefe —a quien consideraba casi un hijo tras tantos años limpiándole la casa y planchando sus camisas—, se dirigió a un punto medio en el que quedó con Víctor y le entregó las llaves.

—¿Cómo está el señor? —preguntó compungida.

—Saldrá de esta, Josefa. Es fuerte. Saldrá de esta.

Saldría de esta. Suerte haber dejado de fumar tiempo atrás los casi veinte cigarrillos diarios que consumía y de tener la sana costumbre de visitar el gimnasio con Víctor al menos dos o tres días por semana. Si no, muy probablemente, el desenlace no habría sido el mismo.

—Menudo susto me has dado, chaval —dijo en tono burlón asomando la cabeza por la puerta. Visiblemente emocionado, dejó una bolsa de deporte con la ropa de recambio y los enseres personales de Ander en el armario de la habitación del área 5100 del Gregorio Marañón. Se acercó a él y se sentó al borde de la cama—. Te he hecho el boca a boca, tío. Te juro que esta me la vas a devolver con creces.

Los tres rieron. Ander, con mucha dificultad y una mirada vidriosa, fruto de una gratitud sentida al saberse acompañado en un momento tan vulnerable.

Aquel vasco de ojos oscuros y profundos raras veces andaba solo. Podía presumir —aunque no lo hiciera— de tener un numeroso grupo de amigos. No había tarde de domingo o noche de sábado sin

ocupar. Ya fueran citas con mujeres de belleza vertiginosa o cenas que acariciaban el amanecer entre copas, risas, diversión. El ocio y la compañía siempre estaban asegurados.

Pero lo de hoy no era una fiesta. Era un buen susto, de esos a los que solo acuden los que son familia. Y Víctor y Ane lo eran. Lo habían sido desde el principio. Desde aquel julio, ahora hacía casi quince años, en el que Ander apareció una calurosa mañana en la recepción de Tesemer y salvó los muebles a un director general recién estrenado, cuyo puesto pendía de un hilo.

Ander apretó la mano de su jefe y amigo, agradeciendo —aún sin entender del todo lo que acababa de pasar— que estuviera allí.

Observó su alrededor: la fría habitación de hospital, un cuadro frente a la cama, que no conseguía ver del todo qué era; parecía un campo de trigo, algo sereno, sin mucha emoción; una butaca marrón desgastada; un armario del color de las paredes.

Escuchaba el ruido del pasillo, ataviado de enfermeras; camilleros, doctores que iban y venían de ver a sus pacientes.

Ane, apoyada en la pared, ojeaba su teléfono, entretenida. Tranquila.

Ahora Ander era más cosa de Víctor. Ella, educadamente, había pasado a un segundo plano.

Todo parecía volver a una extraña calma.

—Descansa, chaval. Estás fuera de peligro. Ahora toca reposar. Me quedaré contigo hasta que te duermas.

Ander cerró los ojos. Cayó en un sueño profundo y reparador, inducido por los calmantes.

Capítulo 2

Violeta revisó por décima vez el manuscrito. Algo no resonaba con la musicalidad esperada. No entendía el porqué, pero aquella historia, por más horas y noches dedicadas, no la convencía. No para presentarla a la editorial.

De hacerlo, recibiría una buena regañina por parte de Carmen, su editora.

—¿Qué ha pasado, Violeta? Estos personajes carecen de la profundidad a la que me tienes acostumbrada.

Podía imaginarla con una cadencia condescendiente, recriminándole no estar a la altura.

—Sabes que tu público espera una tercera entrega al nivel de las dos anteriores. Apúrate, que vencen los plazos. Escribe como tú sabes. Necesito más romance, algo de lujuria entre los protagonistas y un enredo central con más problemática.

Conocía la respuesta aun sin haber enviado el documento.

Violeta se sentía estancada. El calor prematuro de aquel mayo, la no tan lejana ruptura con Enrique, los muchos exámenes pendientes por corregir. Nada realmente importante —ni tan siquiera lo tedioso que a veces se le hacía el día a día—, pero todo sumaba, creando una fina carga mental que bloqueaba su fluir como escritora.

No vivía de ello. Apenas las regalías le alcanzaban para pagarse

unas buenas vacaciones anuales. Su sustento, lo que cubría el alquiler y las facturas, provenía de su trabajo como profesora de Lengua y Literatura en un viejo instituto a las afueras de Barcelona.

Pero escribir era su vida. Crear, fantasear, narrar las peripecias de sus propios personajes era su mayor distracción, su pasión.

Nunca se planteó seriamente llegar a publicar con una editorial con nombre, pero el azar, la fortuna, la constancia consiguieron que, tras muchos intentos, contactaran con ella. No eran los grandes, pero tampoco autoedición. Después de una muy buena acogida tras su primera publicación, firmó un contrato que la comprometía, durante los próximos años, a librar una nueva entrega cada septiembre: romances, enredos amistosos, algún misterio que aderezara la historia.

Casi todas sus novelas surfeaban el mismo tipo de oleaje narrativo.

Violeta era consciente de que tenía mucho más por dar. Sabía que, si rasgaba su interior, supuraría una calidad literaria y una disección de las emociones dignas de los autores que ella leía. Pero algo la frenaba. La vergüenza, la inseguridad, la pereza... o quizá el miedo a romperse en el intento de escribir algo a la altura de lo que una vez se atrevió a soñar que sería capaz de crear.

Repasó las últimas líneas. Se levantó las gafas, empeñadas en deslizarse nariz abajo, y decidió apagar el ordenador antes de que, otra vez, se le hicieran altas horas de la madrugada.

Al día siguiente le esperaba una jornada intensa, pues se celebrarían las puertas abiertas del colegio; eso implicaba horas de más, recibir a futuros alumnos, a padres interesados en saber y conocer cada vericuetto de la escuela. Todos los profesores estaban invitados a participar, dando así una notable imagen del equipo docente. Resultaba gratificante a la par que agotador. Lo más

sensato era meterse en la cama y dormir al menos un buen puñado de horas.

Dejó en la cocina del diminuto piso la vieja y apreciada taza en la que había bebido una infusión mientras trabajaba.

Apagó las luces del salón, un coqueto espacio que hacía las veces de comedor, escritorio y habitación de invitados, cuando los había.

Pasó por el baño —el único de todo el inmueble, más que suficiente para ella sola—, alicatado en azulejos blancos, decorado sencillo.

Dejó entreabierta la ventana, le gustaba el frescor de mayo que se colaba en la madrugada.

Apagó la luz de la mesita de noche. Se cubrió con la sábana el cuerpo. Pensó en Enrique. Ya no olía la almohada a su colonia. Sintió que extrañaba su presencia. No tanto a él como hombre o pareja, sino la compañía. El calor de su cuerpo. Las conversaciones susurradas antes de dormir. El beso de buenos días.

Y cerró los ojos repasando la jornada, repasando la vida, esperando un sueño que se resistía a aparecer.

A sus treinta y seis años, estaba más que hecha a su independencia, a espabilarse sola. Compartió piso el primer año, en su veintena, cuando tras un tiempo fuera, en Francia, consiguió un buen trabajo al volver y decidió dejar el confort de la casa de sus padres para apostar por su nueva vida de adulta. A partir de ese tiempo, enlazó un trabajo con otro hasta conseguir su plaza como maestra, hacía ya cerca de siete años; desde entonces, vivía en su pequeño y acogedor piso en la Sagrera. Siete años buenos, tranquilos. Estables, rutinarios. Como ella.

Sin embargo, aquel bloqueo de escritora la tenía molesta consigo misma. No tanto por el hecho de no salirse con la novela —pues sabía que, si ponía empeño y mecánica, la sacaría—, sino porque

sentía que algo dentro de ella no fluía como antaño. Y ese algo, ese fluir, esas musas espantadas debían, como fuere, volver.

Se acurrucó en su rincón favorito de la cama. Pensó en la propuesta de Lola—compañera de trabajo, profesora en Matemáticas—, ralentizando, al hacerlo, la ya tan necesaria segregación de melatonina.

«Un verano en una isla», le había dicho entre clases y café.

De principios de julio hasta finales de agosto. La tía de Lola les alquilaría una casita a buen precio.

Obviamente, obtendría mucho más si la rentaba por semanas en lugar de cederla durante el periodo estival a su propia sobrina, pero estaría fuera por trabajo todo aquel verano y parte del otoño; no tenía ni tiempo ni ganas de enlazar un inquilino con otro. Pensó en Lola, la joven alocada hija de su hermana mayor. Supo que aceptaría. Y Lola, al recibir la propuesta, pensó en su compañera y amiga Violeta.

—Viole, visualízalo —insistía Lola con ademanes exagerados que evocaban un escenario en el aire—: las dos solas por la isla, mañanas en la playa, tardes de helados y paseos. Italianos guapos... ¿Qué me dices? Mi tía nos hace precio y allí podrías inspirarte para acabar tu novela. Va, tía, idi que sí!

Era cierto, eso era lo único que realmente la motivaba. La idea de pasar dos meses conviviendo con Lola no era un plan perfecto, pero Formentera sí. Escenario casi idílico. Buen lugar para escribir, para soñar, para recuperar la inspiración perdida con la partida de Enrique.

Se quedó dormida pensando en que quizá, mañana, diría que sí a Lola. Que sí al viaje, que sí a dos meses en una isla minúscula, hueca en sus adentros, según tenía oído, y con dos faros que prometían bonitas puestas de sol.

Capítulo 3

Ander despertó con la sensación de que el tiempo se había movido. De llevar años en aquella cama, en aquella fría habitación.

Apenas abrió los ojos, dos enfermeras entraron con eficacia silenciosa. Una le tomó la temperatura y constantes, la otra ajustó el gotero y anotó algo en una *tablet*. Ni lo miraron. Era un paciente más entre tantos. Se sentía pesado, desorientado, pero no tan mal como la noche anterior.

Giró la cabeza y lo vio. En la butaca junto a la cama, Víctor dormía con un libro abierto sobre el pecho, ligeramente ladeado, respirando con calma. Su amigo. Su casi hermano. Su jefe. Víctor.

Como si notara la mirada, Víctor abrió los ojos y sonrió con alivio.

—¿Qué pasa, chaval? Creí que no despertarías hasta la tarde. Joder, qué manera de dormir... Que me den uno de esos calmantes a mí también, los necesito.

Ander se quitó la máscara de oxígeno con torpeza. Tenía mejor color. Respiraba con más profundidad. Se incorporó un poco, aún dolorido.

—Tengo que volver a la oficina... Los abogados están encima. Hay mucho papeleo por preparar y..., hostias, no puedo estar perdiendo el tiempo aquí tumbado.

Víctor lo miró en silencio durante unos segundos, luego cerró el

libro y lo dejó sobre la mesita, al lado del vaso del café de máquina, ya frío desde hacía horas.

—Tú no estás perdiendo el tiempo, Ander. Estás salvando el pellejo.

—Necesito salir de aquí, estoy bien. No ha sido para tanto. Me necesitas en la oficina, Víctor.

—Tienes que calmarte, Ander. Ahora no es momento de hablar, pero escúchame bien: no vas a volver en un tiempo. Ni yo ni los accionistas queremos verte por la oficina hasta que toda esta mierda se calme. Lo sé, no digas nada —añadió antes de que Ander abriera la boca—. No es tu culpa. Ese hijo de puta nos la ha liado bien; es tu firma —y la mía— la que aparece en los papeles. Saldremos de esta, pero tú vas a desaparecer. Primero, por salud; segundo, porque lo que menos nos conviene ahora es que la prensa filtre lo ocurrido y te pongan cara. Licitaciones ilegales, corrupción, sobornos... Eso puede hundir a Tesemer. Y, si cae la empresa, caemos todos con ella. No lo pienso consentir. Me quedaré en Madrid todo el verano, seré el muro de contención. Ane me ayudará. Y tú, tú vas a desaparecer, te vas a dedicar a cuidarte. A dejar de hacer el gilipollas con la salud, ¿me oyes?

Ander asintió, apretó la mandíbula y decidió no replicar. No solía obedecer sin más, por mucho respeto que tuviera a su superior, pero esta vez lo haría. Ane, como buena abogada penalista, los guiaría en ese periplo legal, y quizá —solo quizá— era cierto que ahora tocaba mantenerse al margen. Dejar trabajar al bufete, confiar en que aquel revuelo no se filtraría y que el auténtico culpable sería el único imputado y señalado.

Ane y Víctor. Sus mentores, sus padrinos. Su familia en Madrid desde hacía ya mucho. No era la primera vez que atravesaban problemas

en equipo, pero jamás, en todos aquellos años, Ander había sentido con tanta fuerza la sensación de realmente haber metido la pata, hasta el fondo.

Ander llegó a la capital desde su Vizcaya natal un caluroso julio casi quince años atrás. Nunca tuvo intención de mudarse. No se planteaba abandonar su tierra solemne, mucho menos cambiarla por el caos bullicioso y ruidoso de Madrid. Adoraba Elorrio, su pueblo. Bilbao, Vizcaya, el norte. Amante del clima fresco, la gastronomía, la cultura. Su familia, su carrera, sus primeros amores y su cuadrilla de amigos estaban allí. Era, en esencia —a pesar de un tropezón amoroso que aún escocía en el corazón—, un hombre feliz.

Trabajaba como ingeniero en una sociedad vasca del sector Alimentación desde recién acabada la carrera. Cursó estudios superiores de ingeniería industrial en Euskal Herriko Unibertsitatea, en el Barrio de San Mamés, en Bilbao. Años intensos, buenos recuerdos.

Ander era constante, responsable, ambicioso sin atropellar, curioso por naturaleza. Arraigado a los suyos, sociable, divertido, noble de alma y corazón. Seductor de pies a sonrisa y guapo, un hombre realmente guapo.

No era el más alto de su cuadrilla ni tampoco de los hermanos —apenas alcanzaba el metro ochenta y cinco—, de complexión media, fuerte sin exagerar. Moreno, de melena algo rebelde, ojos castaños. Piel dorada, boca carnosa, nariz prominente. Mirada honesta. Barba de dos días la mayoría del tiempo.

Irse, a sus recién cumplidos treinta años, a Madrid, a Barcelona o a cualquier otra parte de la península o del mundo nunca estuvo en sus planes, por muy tentador que fuera el desaparecer un tiempo tras su reciente ruptura con Irati. Pero Edurne, su ama, le pidió un favor: atender la llamada de Víctor, el esposo de su amiga Ane, *la de*

Madrid, y comentar acerca de un problema técnico que ella como madre estaba segura de que su hijo sabría resolver.

Ane y Edurne fueron vecinas por más de dos décadas en Elorrio. Dos chiquillas que, a pesar de la notable diferencia de edad, jugaban en la calle hasta entrada la noche todas las tardes de aquellos aburridos veranos y salían juntas a pasear los sábados de invierno. Se hicieron inseparables y, cuando años más tarde Edurne contrajo matrimonio, Ane, que aún apenas era una adolescente, fue su madrina de bodas.

Edurne sintió profundamente la partida de su amiga, por más que se alegrara por ella y por el futuro prometedor que le aguardaba. Ane se había enamorado de un muchacho madrileño al que conoció un verano en Baleares. Lo presentó en el pueblo durante aquella Semana Santa. Anunciaron su compromiso y, meses después, Víctor y Ane se casaban en Olazábal, rodeados de amigos, familiares y ese glorioso entorno verde que parecía inmune al paso del tiempo.

Víctor era un buen hombre. Un chaval encantador. Apuesto, simpático y con un carisma que hizo las mieles de todos los presentes. Tenía solo veintisiete años, dos más que Ane, y ya ocupaba un buen puesto de trabajo en la capital, también tenía muy buenas ideas para que su prometida se labrara un próspero futuro como abogada penalista. Ane amaba de verdad a Víctor y llevaba años fantaseando con la idea de salir de su tierra. Tiempos duros, opiniones dispares entre seres queridos. Amigos divididos por pensamientos y acciones contrapuestas. Tensión. Silencios cargados de rabia. Ane quería huir y olvidar, en la medida de lo posible, algunas malas experiencias que le achicaron el alma años atrás.

Ane se adaptó rápido a Madrid, a su caos, a su prisa, a su exigencia.

Extrañaba la familiaridad del pueblo, el acento, las mañanas

frescas, las charlas con sus vecinas. Echaba de menos lo cercano, lo amable, lo fácil que suele ser lo conocido. Pero la ciudad la hizo feliz, en todos los sentidos.

La amistad con Edurne se mantuvo viva. Al principio por carta, luego por teléfono, más tarde por mensajes.

Tenían un amor de amigas que había sido testigo de alegrías y tragedias y ambas sabían que la distancia no las alejaría. Mantenían el contacto constante, se ponían al día sobre sus trabajos. Una, abogada; la otra, administrativa contable en una oficina.

Hablaban de los cuatro hijos de Edurne.

Anchón, el mayor, que le sacaba un año a Ander y dos cabezas. Tan grandullón como noble. Trabajaba en el mercado central como carnicero desde joven. No fue buen estudiante, pero sí un buen hombre y un gran trabajador.

Ander y sus disputas con las mujeres, que nunca le duraban demasiado.

Y los gemelos, Juan e Itziar, que llegaron cuando ya no los esperaban, colmando el hogar de risas, felicidad, alegría, pañales.

Repasaban también las novedades del vecindario, comentaban las obras de teatro a las que Ane solía ir los sábados por el centro de Madrid.

Siempre tenían tema de conversación.

Nunca se cansaron la una de la otra.

—Ane, ¿no vas a venir este agosto? Pero las fiestas de septiembre no te las puedes perder, o bajo yo a Madrid y os arrastro a los dos.

—Sí, sí, a las fiestas vamos, eso seguro. Pero en agosto imposible. Teníamos un viaje... Bueno, la realidad es que creo que nos quedamos en Madrid, por Víctor, que está con un follón en la oficina que ni te imaginas.

—¿Qué le pasa al hombre?

—Un proyecto nuevo, muy importante. Sale en dos semanas y están atascados. Problemas técnicos, cosas de ingenieros. A mí no me preguntes, solo sé que está nervioso, perdido. Tiene a media plantilla de vacaciones y, si no entregan a tiempo, pierden al cliente... y ya podemos ir buscándole trabajo a Víctor.

—¡Anda ya! Si es el que manda ahí. ¿Que se va a quedar en la calle?

—Pues por eso, mujer. Si falla, cae él también.

—Mira..., ¿y si habla con mi Ander? Ya sabes lo espabilado que es. Igual puede echarle un cable.

—La verdad, no sé, pero estamos tan desesperados que todo suma. Dame su número de teléfono. Lo llamo yo.

Y lo llamó. Porque, si su amiga le decía que Ander podía ayudar, ella no lo pondría en duda.

Lo que empezó siendo una simple llamada para ofrecer una visión técnica y externa al problema de Tesemer acabó convirtiéndose en un viaje improvisado.

Ander cogió el coche y bajó desde el norte. Fueron muchas horas de carretera: Metálica, Whitesnake, Dream Theater; calor —mucho calor— y una sensación extraña de expectativa. Pero también ganas. Ganas de hacer algo distinto.

El reto le parecía interesante. Su actividad en la empresa alimentaria llevaba tiempo sumida en la rutina, sin grandes estímulos. Echar un capote en un proyecto de la envergadura del de los amigos de su madre lo motivaba. Lo sacudía. Lo sacaba de sí.

Tesemer tenía entre manos un contrato para el diseño y puesta en marcha de una línea de producción automatizada para un cliente

industrial importante. Pero el sistema de control y monitorización estaba fallando por problemas de integración entre software y hardware.

Ander, con su perfil técnico y su enfoque práctico, detectó una serie de errores estructurales en el diseño del *layout* y reorganizó el sistema de procesos. Propuso mejoras funcionales en la cadena de producción, rediseñó parte del esquema de control y, sobre todo, coordinó con claridad y eficacia a un equipo desorganizado, agotado. Y todo en un total de diez días.

Juntos salvaron el proyecto. Y, de paso, el puesto de Víctor.

Entre Ander y Víctor hubo química desde el minuto uno. Aquel chaval tenía ganas, empuje y madera de líder. Víctor lo vio enseguida y no pensaba dejarlo escapar por nada del mundo. Al finalizar, lo llamó a su despacho y le ofreció quedarse.

Ander, que jamás había considerado salir de su tierra, aceptó. Contra todo pronóstico. La adrenalina de aquellos días, la posibilidad real de crecimiento profesional, el notable incremento salarial... Todo lo convenció. Tesemer tenía mucho que ofrecer y él, mucho que aportar. Era un gran ingeniero y supo que allí tendría futuro.

Durante las primeras semanas se alojó en un hostel, pero Ane y Víctor no lo permitieron por mucho tiempo. Lo acogieron en su casa como a un hijo. Ellos, que no habían tenido hijos —no se sabía bien si porque no pudieron o porque no lo desearon—, disfrutaron de su compañía desde el primer día. Ander lo ponía fácil: era ordenado, hacendoso, colaborador, respetuoso.

Ane no podía evitar sentir un orgullo silencioso por su amiga Edurne. Qué bien lo había hecho. Qué hombre maravilloso había criado.

Tras varios meses, Ander alquiló un pequeño piso cerca de la oficina. Por primera vez en su vida, se independizó del todo.

De eso habían pasado ya quince años, varios ascensos... y una amistad que era mucho más que eso.

Ander vivía ahora en un lujoso ático en el centro de Madrid, en el paseo de la Castellana. Seguía soltero, a pesar de un par de intentos serios de estabilizar una relación. Ninguno pasó de los seis meses, por más empeño que ambas partes pusieron.

Tenía cuarenta y cuatro años, y una vida que no se detenía nunca. Ni para él ni por nadie.

Tesemer cotizaba en bolsa y estaba sólidamente posicionada entre las empresas líderes del sector en el país.

Hasta el momento.

Hasta que todo estalló.

Hasta que comenzó la pesadilla que llevó a Ander al borde del colapso.

Hasta el infarto.

Capítulo 4

La doctora cerró la carpeta con los informes y respiró hondo antes de hablar. Estaban solos en la habitación, sin enfermeras, sin visitas, sin ruido.

—Ander, el *stent* ha funcionado bien. La intervención fue limpia y la respuesta de tu cuerpo ha sido buena. No hay daño estructural en la válvula y el flujo está normalizado. Vas a poder hacer vida normal..., pero no ahora. Aún no.

Él asintió en silencio. No era tonto. Sabía que esa calma física era prestada.

—Tendrás que seguir el tratamiento prescrito —añadió la doctora—, medicación diaria y controles trimestrales en el hospital. No puedes volver a trabajar. No durante un tiempo. Necesitas reposo, paseos tranquilos, una rutina sin estrés.

Ander bajó la mirada, derrotado, pero también agradecido. Estaba vivo. Eso ya era mucho.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó con voz seca.

—Lo necesario. Tres, seis meses, incluso un año. Pero, si no haces caso, podrías volver aquí... o no volver.

No hizo falta decir más.

Cuando Víctor entró en la habitación, traía una sonrisa relajada y un aire resuelto, que a Ander ya le resultaba familiar.

—¿Listo para largarte de aquí, chaval?

Ander asintió de nuevo, con una maleta discreta a los pies de la cama. Salieron juntos por el pasillo sin demasiadas palabras. Solo el ruido leve de sus pasos y la luz fría del hospital acompañándolos hasta la salida. Algo más de tres semanas ingresado. Extrañaba demasiado su casa, su intimidad.

En el coche ya en marcha —un Volvo oscuro, limpio y muy amplio —, Víctor rompió el silencio.

—He hablado con Isabel.

—¿Isabel?

—Sí, mi amiga. La que alquila villas y casas de veraneo de cierto nivel. Le he pillado una.

Ander lo miró con el ceño fruncido.

—¿Una qué?

—Una casa. En Formentera. Todo el verano. Aislada, con jardín, sombra, mar cerca. Barco incluido.

—¿Estás de coña?

—Ni de lejos. Tienes barco para salir a navegar y, si no lo usas tú, ya lo usaré yo cuando vayamos a verte. Porque vamos a ir.

Ander abrió la boca para protestar, pero Víctor alzó la mano sin apartar la vista de la carretera.

—No. No acepto un no por respuesta. Te quiero lejos de Madrid. Necesitas descansar. Te iré informando de todo. Podemos hablar a diario si quieres, pero no voy a ponerte en riesgo otra vez. Ese hijo de puta pagará. Pagará él, no nosotros. Solo hay que encontrar la forma... y eso no es cosa nuestra. No ahora.

Hubo un silencio.

—¿Y si me voy a Elorrio?

Víctor giró la cabeza despacio y soltó una risa seca.

—¿Estás loco? Tus hermanos peleados por la herencia de Edurne,

tu padre que ya no te reconoce, tus sobrinos gritando todo el día... ¿Qué quieres, que te dé otro infarto?

Ander soltó una carcajada por primera vez en semanas.

—Vas a Baleares. Es una orden directa de tu jefe, que, por cierto, sigo siendo yo.

Víctor lo miró de reojo, medio en broma, medio en serio. Tenía arrugas marcadas alrededor de los ojos, tan azules. Su melena, rubia antaño y completamente canosa ahora, no le había robado atractivo; si acaso, lo acentuaba. A sus sesenta cumplidos, era un hombre aún más interesante, amable, severo en sus decisiones, estricto, pero, ante todo, justo.

—Toma el sol. Báñate en el mar. Pasea en moto. Conoce italianas guapas. Y, sobre todo, cura ese corazón..., porque, cuando esta mierda pase, tenemos muchos proyectos por levantar.

Ander no respondió. Miró hacia delante a través del cristal delantero, suspiró... y pensó que aquella locura con tintes de aburrimiento no era, en realidad, una mala idea.

Una pequeña y tranquila isla. Dos meses de paz por delante. Lejos de todo.

El dinero no era un problema —ambos lo sabían—, así que aceptó, casi, sin rechistar.

Llegaron a casa de Ander. Aún algo torpe, bajó del coche con ayuda de Víctor. Subieron al ascensor. Quinta planta.

Josefa, con su delantal azul clarito puesto, lo abrazó en cuanto lo vio entrar acompañado por Víctor.

—Ay, señor, cómo he rezado por usted... Sabe cuánto se le quiere en mi familia, y no imagina la alegría que me da verlo en casa de nuevo.

—Josefa —respondió Ander con cariño, devolviéndole el abrazo—, de no ser por los caldos que usted me ha ido trayendo al hospital,

no hubiera remontado.

—Ay, calle, señor, que me saca los colores... Usted es como un hijo para mí, y me lo estaban dejando en los huesos en ese hospital. Mire, hoy le tengo preparado un puchero de rechupete.

—¿Puchero, Josefa? ¿Con el calor que hace? —preguntó Víctor, burlón y cariñoso a partes iguales.

—Don Víctor, el señor se tiene que recuperar, y no hay mejor medicina que la que sale de la cocina.

—Diga que sí, Josefa. Y mañana, si puede, me prepara una de esas sopas de ajo suyas —dijo en tono afable, regalándole otro abrazo lleno de cariño—. Tengo que coger fuerzas, Josefita.

Josefa, visiblemente emocionada de ver a Ander recuperado y de nuevo en su hogar, se sintió feliz.

Llevaba diez años trabajando para él. Lo conocía en muchas de sus versiones: estresado, contento, preocupado, enamorado, desilusionado, enfermo, con resaca, en pijama, en traje... y hasta en esmoquin, en una ocasión.

Lo cuidaba como a un hijo, sobre todo desde que se quedó sin madre cinco años atrás.

Él siempre fue justo. Le pagaba bien y le hizo un contrato a jornada completa desde el primer día, algo impensable para ella, que llevaba años limpiando casas sin estar nunca asegurada.

Pero es que, además, el señor —como ella lo llamaba— era un buen tipo. Sin excentricidades, sin rarezas. Muchas chicas, eso sí. Demasiadas, según Josefa. Varias habían llegado a pasar por el apartamento y, aunque en un par de ocasiones pareció que algo iba en serio, ninguna llegó a cuajar.

Josefa los miró una vez más con afecto y dijo:

—Lo dicho, señores, que tengo mucha plancha. Voy a seguir. Ustedes están en su casa.

—Bueno, chaval —añadió Víctor—, aquí te dejo. Ane me espera, tenemos cosas que hacer. Lo que sea, me llamas.

—¡Adiós, Josefa! —gritó desde el salón a una Josefa que ya se había perdido entre los vericuetos del enorme ático—. Nos vemos mañana —añadió—. Te recogemos y vamos a comer los tres. Y ve pensando en qué te hace falta..., que lo compramos. Porque en diez días estás camino de Formentera.

Ander, ya solo en casa, sintió el silencio como un bálsamo. Josefa terminaba su faena sin apenas notarse —como siempre—, moviéndose entre habitaciones con esa discreción suya que parecía una forma de cariño.

Se adentró en su dormitorio, abrió el armario sin prisa, se puso ropa cómoda y unas zapatillas. Al salir, recorrió despacio el largo pasillo del ático, como si cada paso lo despertara un poco más a la realidad. Iba tocando con la mirada los marcos, las puertas, las paredes. Como si hiciera siglos que no las veía. Como si su casa ya no fuera la misma... o quizás el que había cambiado era él.

Volver. Estar vivo.

Era un regalo. Uno de esos que, por dignidad o por amor propio, uno no puede permitirse desaprovechar.

Sabía que algo en él tenía que cambiar. No solo el nerviosismo o la actitud hiperactiva que los últimos meses en la empresa le habían metido en la sangre. Había más: los excesos, las noches sin dormir, las comidas al vuelo, la ansiedad constante, la incapacidad de quedarse quieto. La falta de silencio en el alma.

Llevaba años sin estar con él mismo. Sin preguntarse qué sentía de verdad. Solo trabajando. Y disfrutando... sí, pero sin pausa, sin propósito.

Se dejó caer en su enorme sofá negro, con el cuerpo todavía dolorido y la mente algo dispersa. Miró a su alrededor. Todo seguía

en su sitio. Los cuadros, los libros, los vinilos..., el nuevo gramófono que había comprado hacía apenas unas semanas, como un capricho que en su momento ni se permitió disfrutar.

Pensó en la música. Su compañera más fiel. Siempre había estado ahí.

En cada etapa. En cada rabia.

En cada vuelta a casa.

Recordó cómo aquellos bajos poderosos y guitarras sucias del rock progresivo o del *thrash metal* habían sido, a su modo, un refugio. Un idioma con el que su cuerpo y su memoria aprendieron a soportar, a digerir, a sacar lo que no sabía decir en voz alta.

Ojeó sin demasiado entusiasmo las plataformas y su oferta inabarcable de series. Se detuvo en una que había empezado tiempo atrás y, como tantas otras cosas últimamente, había dejado a medias. Le dio al *play* sin pensar demasiado. Las imágenes pasaban ante sus ojos, pero su mente ya no estaba allí. A mitad de capítulo, cayó rendido en el sofá. Profundamente dormido.

En paz.

Tranquilo, a pesar de que todo seguía por resolver.

Josefa, al verlo tan vencido, recogió con discreción y se marchó sin hacer ruido, cerrando la puerta con la delicadeza de quien sabe que no está saliendo de una casa, sino de un momento.

Ander siguió dormido. Y soñó.

Soñó con mar. Con silencio. Con algo que se parecía mucho a sí mismo.

Soñó con su próximo viaje a esa pequeña y todavía desconocida isla balear, sin saber que lo que le esperaba allí no era solo descanso, sino un giro. Una herida que curar. Y, quizá, una nueva forma de vivir.

Capítulo 5

—Lola, no puedes hacerme esto —dijo Violeta, con un suspiro tenso, cargado de rabia y desilusión. Una mezcla de decepción, enfado, desconcierto.

Se llevó ambas manos a la cabeza, como si intentara aplacar el torbellino de emociones que se había desatado en su interior. Miró hacia la nada a través de los cristales de la sala de profesores, en busca de una respuesta sensata, de una salida razonable a una situación que no alcanzaba a comprender del todo.

—Lo siento, Violeta. Ha sido el universo..., el fluir natural de la vida. Hay puertas que una no debe ignorar cuando se abren, y esta se me ha abierto de golpe. No puedo rechazar algo así.

—Sí puedes. Y, de hecho, deberías. Esto que estás a punto de hacer es una imprudencia, además una falta de consideración. Tenías un compromiso conmigo y, sin más, lo has dejado atrás.

Violeta, visiblemente alterada por la situación, tiró el vaso de café a la papelera con un gesto seco y comenzó a recoger sus cosas mientras hablaba. Guardó en su mochila una agenda, dos libretas y varios libros que reposaban en una estantería de cubículos compartida con otros maestros.

Era el último día antes de comenzar las vacaciones. Las notas ya estaban entregadas; las reuniones con los padres, finalizadas; los

horarios para el próximo curso, planificados. Aquel momento, que debía ser de cierre y descanso, se había teñido de desorden emocional.

—Viole, entiendo tu enfado. De verdad que lo comprendo y lo respeto. Pero no he dejado nada atrás. De hecho, estoy ofreciéndote una solución más que razonable. Dos, si lo piensas bien.

—¿A qué llamas «una buena solución»? ¿A encontrar en menos de una semana a alguien dispuesto a pasar el verano conmigo en la casa de tu tía y que, además, esté dispuesto a compartir gastos? ¿O a que me vaya yo sola y asuma también tu parte?

—Todo ocurre por una razón.

—Detesto esa frase, Lola. Y más aún que la utilices en este momento.

—Solo te pido que lo consideres. Sé que estás molesta, que te he alterado los planes. Lo entiendo. Pero trata de ver más allá. Desde que terminaste con Enrique, hace más de un año ya, has estado algo decaída. No has salido, no has conocido a nadie, y estás completamente bloqueada con tu novela. Y ahora, de pronto, la vida te ofrece dos meses en una isla tranquila. Sola. Un lugar donde podrías reencontrarte contigo misma, escribir sin distracciones, caminar junto al mar, descansar. Crear. Liberarte un poco de todo. Y no tienes que pagar mi parte ahora, puedes hacerlo poco a poco, me lo vas dando cuando puedas. Es lo justo para ambas.

Violeta se quedó en silencio. Aún irritada, pero también pensativa. Sabía, en el fondo, que Lola tenía cierta razón. Aunque su manera de actuar le parecía irresponsable, no dejaba de ser cierto que la oportunidad era extraordinaria. Dos meses en un lugar paradisíaco, por el precio de una semana, en pleno verano. Y la idea de estar sola no le resultaba desagradable. Le apetecía. Pero, aun así, no podía evitar sentirse traicionada por ese cambio repentino.

Lola siempre había sido así, espontánea, imprevisible, idealista. A ojos de Violeta, incluso un poco perdida. Últimamente, se había vinculado con varios círculos espirituales y, en uno de esos retiros donde afirmaban activar la energía *kundalini*, había conocido a un joven argentino. Fue él quien la invitó a unas pequeñas vacaciones en Centroamérica, con la intención de estudiar prácticas chamánicas y rituales ancestrales. Y, como era de esperar, Lola aceptó sin dudar.

Violeta, por más que lo hubiera insinuado Lola, no estaba triste tras la ruptura con Enrique. Sentía nostalgia, si acaso, pero no pena. Extrañaba su presencia en casa, la compañía que le ofrecía, incluso la seguridad de no saberse siempre sola. Lo había querido mucho, sí, pero como se quiere a un buen amigo. A un hermano.

Añoraba el «¿cómo te ha ido el día?», reír juntos mientras cocinaban, ver películas acurrucados en su sofá. Enrique era un gran tipo. Para todos. Atento, entregado, divertido. Un buen hombre, acompañado de una familia afable, que la hizo sentirse amada y arropada desde el primer momento.

Quizá fue esa suegra tan bonita, o una cuñada que era como una hermana, o los sobrinitos postizos que correteaban por el patio los domingos de paella, lo que ralentizó un final que, en realidad, ya estaba anunciado. Violeta no estaba enamorada de Enrique, lo estaba de su familia. De los abrazos de Mari, de los vinos y risas con Marta, de los chiquillos que la abrazaban como si fuera su tía del alma.

Enrique quería más. Con los ojos chispeantes le hablaba sin tapujos de su deseo de vivir juntos, de comprar un piso en propiedad, de casarse algún día. Soñaba con formar una familia.

A Violeta todo aquello le provocaba un vértigo desconocido. Intentó convencerse de que lo suyo era miedo al compromiso, a un cambio de vida, al matrimonio en sí. ¿Cómo no iba a querer seguir

siendo parte de esa familia tan sencilla, tan buena, tan suya?

Pero los meses pasaban y Enrique se mostraba cada vez más convencido de que su relación tenía un futuro que ella no alcanzaba a imaginar. Lo apreciaba, pero no se encendía por dentro al verlo. No lo echaba de menos cuando no se veían. Ninguna mariposa revoloteaba en su estómago al recibir un mensaje suyo.

No lo amaba. No lo deseaba. Lo quería... o quería quererlo. Pero no lo conseguía, por más que se esforzaba.

A veces se preguntaba si aquella ausencia de chispa era consecuencia de su manera de ser. Como si, en el paquete de rarezas que la definía, viniera incluida también la imposibilidad de enamorarse de verdad, con toda la piel y los sentidos.

Enrique había sido un bálsamo en su vida, un saco de arena sobre el que caer. Un lugar seguro en mitad de la tempestad.

Apareció como aparecen las cosas buenas, sin esperarlas, sin buscarlas. Una tarde de domingo, en un bar, dos amigas, unas cañas, y la imperiosa necesidad de pasar página. Una página amarga. Un traspié. Un absurdo error. Sin demasiada trascendencia, pero que aún escocía un poco: Jon.

Compañero de trabajo, profesor de Tecnología. Inteligente, culto y con buena planta. Violeta se sintió atraída por aquel chico recién llegado al claustro como si fuera una chiquilla de la edad de sus alumnas. Quedaban en secreto, cuándo él tenía libre, donde nadie pudiera verlos. «Trabajamos juntos, Violeta. No deben saberlo. Soy nuevo y seguramente me buscaría un problema», repetía él.

Pero lo que se escondía tras aquella necesidad de ocultar sus encuentros no era, como pensaba Violeta, la falta de futuro. Era más bien que ese *futuro* nunca llegó a existir. Jon ya estaba comprometido.

Una mañana cualquiera, Violeta entró en la sala de profesores y

vio un corrillo de compañeros alrededor de él.

—¿Qué pasa aquí, chicos? —preguntó.

—¡Jon se nos casa! —le respondió alguien—. Nos ha invitado a todos a la boda, Viole.

Se le heló la sangre. Sabía que lo suyo no era serio, pero ¿casarse?

Se sintió humillada. Engañada. Triste. Aquel chico le gustaba. Estar con él. Hacer el amor. Fantasear con un *quizás funcione*.

En pleno puente de superación de aquel desengaño, entre amigas y afirmaciones llenas de rabia y cerveza —«los hombres de hoy en día solo piensan en ellos mismos...; antes, al menos, para acostarse con nosotras, se tenían que casar»—, apareció Enrique.

Con su calma. Con sus ojos azules y su escasa melena.

Con sus proyectos.

Con su forma tan familiar de amar, de reír, de estar. De eso ahora hacía ya tres años.

Lo justo era ser honesta. Ambos lo merecían.

Un miércoles cualquiera, quedaron para pasear y Violeta lo dejó. Con toda la pena de quien daña a un buen amigo. Con el corazón roto por no poder sentir más, puso fin a dos años de cariño y buena compañía.

Lo hizo por ella, porque intuía que debía aspirar a algo mejor, o distinto al menos. Pero, sobre todo, lo hizo por Enrique. Aquel muchacho era digno de una mujer que lo amara con cada poro de su ser. Alguien que, como él, soñara con una vida familiar y llena de amor a su lado.

Violeta no vivió la ruptura como una pérdida, sino como una liberación honesta. Al quedarse sola, volvió a reconocerse en ese espacio que tan bien navegaba: su mundo interior. Ese lugar vasto,

silencioso, lleno de ideas, canciones, imágenes y sueños, que rara vez lograban cruzar el puente hacia los demás.

Olvidar a Enrique no fue difícil, no había amor como tal por olvidar, y recuperar su espacio sin pensar en el otro fue un regalo que le aportó mucha paz.

Era una mujer dulce, querida por sus alumnos, escuchada y valorada en su entorno. Violeta, inteligente, divertida, se esforzaba, aunque no se notara el esfuerzo, por ser sociable cuando tocaba, cercana con quien lo necesitara. Pero en lo profundo sentía que nadie la había alcanzado del todo. A sus treinta y seis años, aún no había conocido a nadie que supiera leerla. Que supiera, de verdad, entenderla.

Ni Jon, ni Enrique, ni ninguno antes.

Decía de sí misma que era *extraña*, pero sabía que no era esa la palabra que realmente definía su personalidad.

Violeta siempre se había sentido un poco fuera de lugar. No sola, pero sí como quien asiste a una fiesta sin entender del todo el motivo de la celebración. Tenía amigos, claro que sí. Y compañeros, y conocidos que la querían. Pero no tenía tribu. Nunca la tuvo.

Desde primaria, cuando los demás niños compartían secretos, el balón y golosinas, ella compartía cuentos con la profesora de Lengua. Ya entonces la llamaban «empollona», «fantasiosa», «la rara que lee». No era *bullying*, no era maldad. Era desconocimiento.

Con el tiempo se acostumbró a vivir así, sin esperar que nadie la entendiera por completo. Observando el comportamiento de su entorno, tomando nota mental de las respuestas comunes, aprendiendo costumbres, jerga, sonrisas, que la validaran como ser social, para encajar, para seguir en su camino de vida de la mejor manera posible.

Su refugio fue siempre la literatura, la escritura, la música, el cine.

En los libros encontró los nexos que le faltaban en la vida real. Amores épicos, amigas leales, almas gemelas que se reconocen al primer cruce de mirada. En los escritos inventaba los vínculos que el mundo no le regalaba.

Nunca perdió la esperanza de un amor bueno que cruzase sus fronteras. No es que lo necesitara para sentirse completa. Había aprendido a cuidarse, a acompañarse, a estar bien consigo misma.

Pero anhelaba una mirada que la reconociera sin necesidad de explicarse. Esa conexión sin ruido, que nace como un amanecer en verano. Despacio, llenando todo de luz.

Violeta era una mujer de carácter suave. Tierna. Soñadora. Fuerte. Como las flores silvestres, que no destacan por sus colores, pero son robustas y crecen, aunque nadie las proteja.

Formentera le pareció, al oírlo en boca de Lola, algo más que un destino. Una isla pequeña, hermosa y solitaria.

Como su alma.

Tal vez allí, sin juicios, sin presión, pudiera conectar de nuevo con ella misma. Y escribir, al fin, esa historia que llevaba demasiado tiempo guardando.

Capítulo 6

Alquiló un utilitario para viajar desde Madrid hasta Denia, donde embarcaría en el ferry rumbo a la isla. Llevaba consigo una mezcla de desgana y gratitud. Víctor lo había organizado todo con tanto empeño que no podía —ni quería— rechazarlo. Y, en el fondo, lo sabía, necesitaba aislarse, desconectar del mundo, por su propio bien.

Vestía bermudas beige, camisa de lino blanco con los puños vueltos, remangados, bambas blancas, de marca conocida, con tonos marrón.

Sonido de gaviotas. Golpeteo de olas en el muelle.

El sol colándose entre sus mechones rebeldes, ligeramente alborotados.

Olor a mar, a verano, a todo lo que aún estaba por venir.

Bajo las gafas de sol, unos ojos castaños, profundos, penetrantes. No pasó desapercibido en cubierta. Un grupo de chicas, con ganas de pasarlo bien, trató de invitarlo a tomar un refresco. Con educación, con su encanto natural —y contra todo pronóstico—, las rechazó.

Ander seguía siendo Ander, sí, pero algo en él, tras lo vivido aquellas últimas semanas, había cambiado. Anhelaba paz. Serenidad. Introspección. Necesitaba reconectar con su esencia,

volver a confiar en sí mismo como profesional, como hombre. Olvidarse de aventuras frías que llenaban su cama, pero no su corazón.

En los últimos años, ya ni recordaba cuántas mujeres habían compartido intimidad con él. Había sido un gran amante, no cabía duda. Pero, por más bellas, esbeltas, inteligentes, exitosas —o todo lo contrario— que fueran, ninguna lograba cautivarlo más allá de dos o tres citas. Repetía como un patrón el arte del cortejo. Sabía conquistar. A veces incluso sin proponérselo. Adaptaba su sonrisa, sus gestos, su tono de voz a quien tuviera delante. Sabía lo que esperaban oír, lo que deseaban recibir. Cuándo agudizar el humor y cuándo mostrarse comedido. Tenía una especie de don. Uno que, en contrapunto, lo había inmunizado para el amor.

Disfrutaba las primeras pantallas del juego: el misterio, la seducción, la atracción..., pero, alcanzado el clímax, la magia se desvanecía y necesitaba volver a empezar. Siempre intentaba ser honesto. No prometía lo que no podía dar. No porque no lo tuviera, sino porque no encontraba a quién dárselo.

Tras el infarto, solo un par de encuentros. Marta, una buena amiga con quien compartía vinos, largas charlas y sexo amable. Y Nerea, con quien prefería el senderismo y alguna que otra tarde de intimidad sin compromiso. Ambas vinieron a verlo. Ambas se preocuparon. Ambas sabían lo que había.

Ya se divisaba tierra.

Llegó. Inhaló el inconfundible olor a mar mientras esperaba a que abrieran las puertas y pusieran la pasarela para que los pasajeros iniciaran el desembarque. Observó el bullicio del puerto: tiendas, oficinas de alquiler de vehículos, bicicletas, turistas ataviados con maletas, ferris con destino a Ibiza, niños correteando, a lo lejos un buen puñado de paraditas hippies. Vida. Una vida algo más agitada

de lo que esperaba encontrar en aquel pequeño muelle.

Tomó un taxi, que lo llevó hasta una hermosa villa con piscina y acceso directo a un acantilado desde el que se alcanzaba una pequeña playa en la zona de Es Caló de Sant Agustí, muy cerca de Ses Platgetes, a la izquierda de la isla dirección al Pilar de la Mola. Una zona hermosa, tranquila, conservadora de la pura esencia del lugar. Apenas veinte minutos desde el puerto. Apenas veinte kilómetros de isla, de extremo a extremo. Pero todo un mundo de recovecos por disfrutar.

El paisaje, conforme avanzaban, se calmaba. Pequeñas casas blancas con porticones azules. Mar a ambos lados. Motoristas con sombrillas a la espalda. Vida. Sol. Paz. Baleares.

Víctor, con ayuda de Julieta, su secretaria, había previsto todo, incluida una moto de alquiler, aparcada con las llaves puestas junto a la entrada.

Ander bajó del taxi, dejó la maleta y observó la casa. Era incluso mejor de lo esperado. Amplia, luminosa, lejos de todo, cerca del mar.

Respiró hondo. Se dio una ducha. Ordenó su ropa. Descansó unas horas antes de salir a llenar de provisiones aquella nevera de dos puertas, enmarcada en una cocina estilo americana color madera, que conectaba con un salón con una hermosa y amplia mesa rústica donde, sonriendo, visualizó la cena con buen vino que prepararía cuando Ane, Víctor y quizá Suso, un buen amigo, llegasen en unas semanas. Ya estaba allí. En medio de aquel paisaje tan distinto a su hábitat natural. Con las manos en los bolsillos observó de lado a lado la casa con aceptación y agradecimiento. Su nueva casa. Su refugio. Su isla.

Capítulo 7

Violeta abrazó a sus padres, Antonio y Magdalena, y les prometió llamar a menudo para que supieran que todo iba bien. A Violeta hablar por teléfono no le gustaba demasiado. Prefería la comodidad de pensar bien sus respuestas enviando un mensaje. Pero era su madre, y por ella haría esa excepción.

El avión con destino a Ibiza aterrizó a la hora prevista en la isla Pitiusa. Maleta en mano tomó un bus repleto de variopintos turistas de diversas nacionalidades y ropajes, hasta el puerto, desde donde saldría el ferry. Aprovechó el ratito que aún tenía hasta el embarque para tomar algo. Un café con leche y un *croissant* de chocolate: su desayuno favorito; no podía ser de otra manera.

Era muy temprano. Apenas gente en las calles. La fiesta nocturna se apagaba dando tregua con un hermoso día de playa por delante. Las tiendas empezaban a alzar sus persianas, los primeros empleados prendían las luces y la música. Unos operarios limpiaban el muelle y regaban la acera. Observó el casco antiguo coronado por un castillo. Era, si cabía, más bonito en directo que en las mil fotos que había visto.

Pensó que nunca le gustó demasiado el ruido discotequero, pero no podía no visitar emblemáticos lugares como Pachá o Ushuaïa o disfrutar una puesta de sol en El café del Mar. Tenía tiempo y,

aunque no era un plan que encajara con ella del todo, se dijo a sí misma que, quizá por hacer algo distinto, quizá porque Ibiza se le estaba colando en la piel sin darse cuenta, entre las dos, Ibiza y Violeta, quedaba algo pendiente que prometía cumplir antes de volver a Barcelona. Se despidió con un beso al aire y subió al ferry.

Al desembarcar en el puerto de la Sabina, un taxi la llevó hasta la casa de la tía de Lola, en Es Copinyar, una zona algo apartada. «Nota mental: alquilar una moto, si es posible hoy mismo —se dijo para sus adentros—. Quizá mejor un coche; nunca he llevado motos y podría ser peligroso», reflexionó para sí misma.

El trayecto fue breve. Tras un camino de tierra y numerosos pinos, al final, una verja baja de madera pintada de azul. A escasos metros, la casa. Pequeñita, blanca, cuadrada como un cubículo perfecto, preciosa. El taxista le ayudó con la maleta, se despidió amablemente y la dejó allí, frente al que iba a ser su nuevo hogar los próximos dos meses.

Exhaló despacio, como tratando de calmar los nervios. Tomó las llaves. Abrió la puerta.

Era una casa pequeña, más que suficiente para ella. Paredes encaladas, techos bajos, suelo fresco de barro. El salón era sencillo. Una estantería de madera de pino con varios libros. Un sofá algo antiguo, que lucía muy cómodo. Una cocina abierta, que olía a limpio y a mar. Un pequeño porche en el que pudo imaginarse sentada en las noches mirando estrellas y escuchando las cigarras.

Cruzó el pasillo. Abrió la puerta de lo que sería su cuarto.

Una cama grande con un cabecero de ratafía y una ventana con cortinas de lino, que se movían con la brisa. Apoyó la maleta en el suelo, se quitó las sandalias. Observó un atrapasueños que colgaba del techo a la altura de la almohada. Fue al baño. Impoluto. *Racholas* verdes y blancas con un suave dibujo que simulaba una

flor. Plato de ducha, lavamanos, inodoro, bidé. Volvió a su habitación, se tumbó sobre la colcha con los brazos abiertos, como si ansiara que Formentera entrara en su cuerpo y se quedara allí cuanto quisiera. Sonrió. Sintió un cosquilleo repleto de ilusión y cubierto de paz.

Envió un mensaje a su compañera Lola:

Ya en casa de tu tía, todo es
perfecto. Espero que tú estés bien
por Centroamérica.

El mensaje quedó enviado, pero no recibido. Y así siguió hasta que dos días después llegó la respuesta:

¡¡Estoy sin cobertura apenas!! Me
alegro esté todo bien. Aquí
también, no te imaginas cuánto hay
por hacer y cuánto creo que puedo
ayudar. Cuando esté en una aldea
con buena cobertura te llamo y nos
contamos. TQ, Viole.

No sabía qué le depararían aquellos días, pero, por primera vez en mucho tiempo, todo estaba en pausa, no había prisa ni presión. Y con esa maravillosa sensación se quedó dormida, exhausta, tras el madrugón y el viaje.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 8

Lagartijas turquesas que saltaban —isaltaban!— de una piedra a otra. Lenguas de arena adentrándose en un mar de azules infinitos. Puestas de sol que se colaban por la retina y se alojaban directamente en el alma, para siempre. Brisa marina con olor a paz. Pinedas eternas con sombras con sabor a siesta sin prisa.

Aún le quedaba mucho por ver, por descubrir, pero aquellos primeros dos días ya le habían regalado material suficiente para, al menos, enmarcar el escenario de su nueva novela. Decidió reescribirla por completo. La calma que le sugería la isla la inspiraba. El tiempo parecía suceder más lento. Le nacía escribir por las noches, en el porche, bajo el manto de unas estrellas que iluminaban sus letras.

Hoy tenía como objetivo visitar el conocido mercadillo artesanal del Pilar de la Mola. Era el primer miércoles de aquel bendito julio en el que su vida y su mundo, aún sin ella saberlo, estaban a punto de dar un giro. Quería comprarse unos pendientes, una horquilla para el pelo quizá. Le había crecido bastante y, aunque su media melena no alcanzaba para hacerse una coleta, el flequillo, algo más largo de lo habitual, le molestaba. Una nueva pinza de bonitos colores y un aire hippie que lo sujetara le pareció una gran idea.

—¡Veo que te manejas mejor con la moto, vecina! —gritó alegre y

sonriente Rosa desde el otro lado de la verja.

Llevaba un caftán verde botella, iba descalza y podían verse las uñas de los pies pintadas en amarillo, azul y verde. Lucía una trenza larga, que reposaba en su hombro derecho. De un rubio que se confundía con el incipiente blanco. Era peculiar, guapa de un modo distinto. Amable en su mirada.

—¡Sí, gracias, Rosa! Aún me cuesta arrancarla, pero estoy sorprendida de lo rápido que me he espabilado.

—Es lo que tiene esta isla; en cuanto puede —y la dejas—, saca lo mejor de uno. Y te ves, de golpe y sin pensarlo mucho, haciendo cosas que en la ciudad ni te plantearías.

—Así es, Rosa —Violeta bajó de la moto para hablar tranquila. No tenía prisa—. Es cierto lo que dices —añadió acercándose a la verja.

—¿Quieres un té helado? —le ofreció alzando la mano y mostrando el suyo.

—Gracias, pero me voy al mercadillo. Me han dicho en la tienda que es muy bonito.

—Lo es. Aunque hay otros igual de bonitos; el del Pilar de la Mola es de los más visitados. Se hizo famoso porque salió en un anuncio hace años —añadió unos aspavientos a su discurso, como quitando importancia a la causa de la fama— y desde entonces, y bueno, antes también, siempre está lleno de gente. Tiene artesanías preciosas. En el de la Sabina, al lado del puerto hay uno muy bueno, allí también hay cosas muy bonitas si buscas hacer un regalito. Una cosa: fíjate en el suelo del que vas hoy, es una obra de arte. Y luego, si te da tiempo, vete a ver el faro del Cap de Barbaria. Eso sí que es bonito e imprescindible de visitar.

—Iré también, otro día. Me han dicho que con la moto no puedo llegar y hay que caminar un buen tramo.

—En temporada alta no nos dejan llegar en moto o coche hasta el

final. Hay un buen trozo andando. Pero, si quieres, organizamos una tarde y yo te acompaño.

—Si puedes, sería un placer. Siempre es mejor visitar los lugares con alguien que los conoce. Luego, si te apetece, puedes cenar en mi casa... Bueno —corrigió con una mueca divertida—, en casa de Lucía.

—Me gusta tu propuesta —alzó el vaso de té celebrando la idea—. Me dijo Lucía que su sobrina, Lola, se ha ido a recorrer Centroamérica con un chico argentino que conoció en un retiro espiritual.

—Así es —encogió los hombros. Le parecía una locura, imprudente e inmadura, pero no quiso opinar sobre su amiga delante de la vecina.

—Esa niña está loca —dijo Rosa en tono amable pero rotundo—. ¿Acaso no sabe los peligros que entrañan esas aventuras? ¿Y si al llegar la secuestran? ¿O si sin saberlo se ha metido en una secta? —agitando la cabeza, con la mirada perdida—. No entiendo nada —añadió en voz suave. Como si volviera de algún recuerdo doloroso, recuperó la templanza del rostro, sonrió y suspiró con algo de humor—. En fin..., ¡divina juventud!

—Esperemos que todo le vaya bien a Lola y ya está.

—Exacto. Perdona, a veces me pongo intensa y melodramática. Bueno, no te entretengo más. Ve al mercadillo, es bonito, lo vas a disfrutar.

Le dio un abrazo tierno. La familiaridad y el cariño con que aquella mujer, ya entrada en años, la trató desde el primer momento la conmovió.

Se sintió arropada, acompañada, con la tranquilidad de saber que no estaba sola en la isla. Que ante cualquier problema tendría a una nueva vecina —algo excéntrica, eso sí— con quien poder contar.

Violeta aún no lo sabía, pero, en aquella figura tan peculiar y luminosa, acababa de encontrar un alma afín. Una mujer muy muy especial con la que poder compartir todo lo que estaba por venir.

Capítulo 9

El ambiente alegre y cálido del mercadillo la invadió apenas pisó la explanada donde, entre muchas otras, dejó aparcada la moto.

Paisajes coloridos en lienzos de acuarela de varios tamaños. Atrapasueños con plumas blancas y turquesas que bailaban con la brisa de la tarde. Figuritas de barro pintadas, pendientes, pulseras y anillos con piedras mágicas engarzadas en plata.

Todo, todo era bonito. Pero Violeta prefería ser prudente y no gastar demasiado, quedaba mucho verano por delante y era su primer día de paraditas.

Algo llamó su atención: un objeto bien bonito hecho claramente a mano. Se inclinó con cuidado para alcanzarlo, estiró la mano y justo en ese momento alguien hizo lo propio. El roce de los dedos fue leve, pero inesperado.

—Perdona —dijeron ambos a la vez.

Violeta alzó la vista. Frente a ella, un hombre de mirada cálida y sonrisa honesta retiraba la mano con elegancia.

—No, perdona tú —añadió él, señalando el objeto con un gesto para que ella lo tomara.

—No me di cuenta... Por favor.

—Insisto.

Ella sonrió, apenas un segundo, sorprendida por su cortesía.

—Gracias —susurró, tomando el pequeño objeto entre los dedos.

Él asintió con una sonrisa más amplia y se alejó. Violeta lo siguió con la mirada, sin querer. No era solo guapo, había en su forma de moverse algo sereno, como si estuviera fuera del bullicio, incluso mientras caminaba entre la gente. Tardó unos segundos en volver a sí misma.

—¿Cuánto cuesta esto? —preguntó a la vendedora, aún con una ligera sonrisa distraída.

Después de un rato, decidió volver a casa. El calor aquella tarde de julio apretaba y el mercadillo comenzaba a vaciarse. Caminó hacia el aparcamiento, cansada, pero en calma. Intentó arrancar la moto; la patilla de seguridad no cedía. Maldijo en voz amortiguada aquel diabólico cacharro que tanto se le resistía; volvió a intentarlo, sin suerte. Un coche se detuvo a pocos metros y del asiento del conductor bajó alguien.

—¿Te echo un cable?

Era él.

—¿Tú otra vez?

—Parece que sí —respondió divertido—. Si me dejas, lo intento.

Ella se apartó con una media sonrisa y observó cómo, con un simple gesto, la moto cobraba vida.

—No sé cómo lo haces —dijo ella divertida.

—Es un don —respondió, dándole una palmadita al manillar—. Buen viaje.

—Gracias... otra vez.

—De nada —añadió y volvió a subir al auto.

Ella se quedó un momento quieta, con el casco en la mano, observando cómo el vehículo se alejaba.

No sabía su nombre. Pero aquel hombre con gafas de pasta y barba de dos días le había dado una idea para escribir unas cuantas

páginas aquella misma noche.

Ander reemprendió la marcha con una leve sonrisa dibujada en los labios, sorprendido de sí mismo. Efectivamente, algo en él había cambiado. No le preguntó el nombre, no intentó seducirla, ni siquiera se le pasó por la cabeza invitarla a tomar algo. Simplemente fue amable. Sincero. Había vuelto a su coche sin más.

Sí, su coche. Las motos no eran para él. Se sentía mucho más cómodo en el pequeño Mini descapotable que había alquilado el segundo día. Demasiada juventud acelerada sobre dos ruedas por la isla. Al volante del coche, al menos, no se sentía tan fuera de lugar ni tan nervioso.

Continuó el trayecto hasta la casa alquilada mientras pensaba en la muchacha del mercadillo. En sus ojos castaños, en esa mirada dulce y pausada que le había quedado grabada. No sabía por qué pensaba en ella, pero lo hacía. Como si algo de su luz hubiera quedado flotando en el aire.

El Mini azul celeste sorteaba el polvo y las piedras del camino que llegaba hasta la casa. Una hermosa villa en tonos ocre, luminosa, amplia, con espacios abiertos que permitían el circular de la energía y aportaban una acogedora sensación de bienestar. El alquiler que Víctor le había buscado era, sin lugar a dudas, un lujo, una maravilla en mitad de un paraíso. Techos altos, ventanales amplios, vistas al mar desde casi todas las estancias. Una piscina rectangular bordeada por tumbonas de madera y una pérgola metálica regulable para graduar la entrada de luz y sol. La decoración, bonita, sin alardes.

Ander dejó la llave en un cofrecito que reposaba en el mueble de la entrada. Se sirvió una copa de vino blanco que había comprado la tarde anterior. Caminó descalzo hasta el porche, se sentó en una de las tumbonas y miró el horizonte. Había silencio, solo el sonido de

las cigarras y del mar a lo lejos. Cerró los ojos, se permitió respirar profundamente. No se sentía del todo tranquilo, pero, por primera vez en mucho tiempo, tampoco en guerra consigo mismo.

El móvil vibró sobre la mesa baja del porche.

—Víctor —leyó en la pantalla. Respondió.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó entre bromas.

—Ander, tengo noticias, escúchame —dijo Víctor con la voz contenida—. El equipo de abogados ha encontrado pruebas de que fue Fonseca. Pruebas fehacientes, demostrables, de que él lo movió todo.

—Sigue —dijo Ander, tragando saliva, nervioso.

—Tenemos correos; por supuesto, extraídos de forma totalmente legal, con un perito, tras dictaminar el juez, en la fase de instrucción, que hay indicios que lo justifican. Facturas. Grabaciones. Todo lo inculpa. No habrá lugar a dudas.

Ander no contestó de inmediato. Sentía una mezcla extraña de alivio, incredulidad, agotamiento.

—¿Me estás diciendo que podríamos librarnos?

—Te estoy diciendo que nos vamos a librar de esta mierda. Aún hay mucho por hacer: ambos bufetes tendrán que reunirse, llegar a acuerdos, y finalmente el juez dictaminará si vamos a juicio o nos quedamos en instrucción y caso cerrado, al menos para nosotros. Pero esto pinta bien, amigo.

Silencio. Ander apretó los labios. Suspiró y respondió:

—Gracias, Víctor.

—Descansa, hermano. Hoy lo mereces.

Colgó, se terminó la copa de vino y se recostó con los pies sobre la tumbona. Sonrió, sin euforia, pero con la calma de saber que la tormenta, al menos por el momento, parecía remitir. Definitivamente, había sido un gran día.

Violeta aparcó la moto con dificultad. La grava no ayudaba; su torpeza, tampoco. Pero poco a poco se iba haciendo a aquel trasto.

Antes de entrar en la casa, cruzó hasta la parcela vecina y llamó a la puerta de Rosa. Esta apareció con una sonrisa que ya era familiar para Violeta, un trapo en una mano, un cucharón en la otra.

—¡Hola, niña! ¿Qué tal el mercadillo?

—Precioso, Rosa. Me ha encantado, he comprado algunas tonterías que ya te enseñaré —agitó la mano dando a entender con el gesto que no era importante ni urgente mostrar sus nuevos pendientes—. Vengo porque vi unos dulces cerca de donde aparqué, y pensé en ti, y te he traído.

—¡Anda!, ¡qué bonita eres, madre! —dijo Rosa sonriendo y haciéndole un gesto para que pasara.

Estuvieron unos minutos conversando en el jardín. Violeta no quería entrar, estaba cansada, solo quería darle los hojaldres con merengue y desearle buenas noches.

—Oye, que no se te olvide que mañana es jueves. Tenemos la sesión con las chicas —le recordó Rosa—. ¿Te vendrás, aunque sea un ratillo?

—No me lo pierdo —respondió Violeta—. Me apetece mucho.

—Te va a gustar. Mañana pintamos y hablamos del cuerpo. Ya verás. Te van a caer bien. Son mujeres muy bonitas, en todo su ser.

—Cuenta conmigo. Y con que traeré algo de picoteo.

—Niña, ¿me vas a engordar estos meses que te voy a tener de vecina o qué? —Ambas rieron a carcajada sincera.

Violeta se despidió con un abrazo. No era habitual en ella, pero Rosa, la isla, la brisa del mar... la invitaban a ser más cariñosa, sin miedo, sin vergüenza.

Entró en su pequeña casa. Ordenó lo comprado, dejó un libro sobre la mesita del porche, se sirvió un té helado y se sentó un rato.

El cielo se teñía de rosa. Pensó en el chico del mercadillo. En su sonrisa. En lo amable que fue. Cerró los ojos, dejó que el silencio de la isla la envolviera y la inspirase antes de empezar a escribir.

Capítulo 10

Los traviesos destellos de luz que traía consigo el despuntar del día se colaban entre las cortinas, despertando a Violeta.

—No..., un poco más, es muy pronto —gruñó a los rayos de sol, como si pudieran oírla, mientras giraba el cuerpo y alargaba la mañana en la cama un ratito más.

Aquel jueves tenía previsto visitar las playas de Ses Illetes. Quería salir temprano, pues el aparcamiento solía colgar el cartel de completo con facilidad. Además, planeaba hacer una parada para desayunar en Sant Francesc Xavier, donde también aprovecharía para entrar al supermercado y comprar algo más de crema solar.

No eran aún las nueve cuando se obligó a salir de entre las sábanas. Tomó una ducha rápida y se puso un vestido de lino rosa sobre el biquini azul. Sandalias beige. La melena se le resistía. El corte que ahora llevaba —un estilo años veinte, media melena con un bonito flequillo— le daba un aire juvenil y fresco. Resultaba cómodo, fácil de cuidar, pero el pelo, con tanta agua, sal y sol, estaba más rebelde que nunca. Lo dio por imposible, lo cepilló como pudo y emprendió el camino.

Arrancó la moto —no sin dificultad— y guardó en una pequeña bolsa de tela la poca crema solar que aún le quedaba, el móvil, las llaves de casa, una libreta con bolígrafo y una toalla. Aparcó primero

en la tienda, compró poca cosa y circuló hasta cerca de una cafetería que le pareció encantadora: Café Matinal.

Mientras esperaba su turno, observó los azulejos verdes que decoraban la pared desde la mitad hacia abajo. El resto estaba pintado en un delicado vainilla. La vitrina de dulces ofrecía un repertorio tentador.

Era su turno, café con leche y un rollito de canela.

Tomó asiento en una de las mesas de hierro forjado, en tonos blanco y azul. El lugar era acogedor. Precioso. Bohemio. Iba muy bien de tiempo. Sacó su libreta con la intención de anotar algunas ideas que pudieran encajar en sus escritos.

Ander la vio desde la entrada. Sentada en una de las mesas de hierro forjado, removía el café con lentitud, distraída, y escribía algo en una libreta de tapas blandas. Parecía sumergida en otro mundo, uno al que solo ella tenía acceso. Estaba absorta. Serena. Como si el bullicio alrededor no fuera con ella.

Dudó. No quería molestarla. Pero ¿cuáles eran las probabilidades reales de volver a cruzarse con esa mujer por azar? Pagó su desayuno con el móvil y, armado con su habitual sonrisa y una caballerosidad que no siempre encontraba ocasión para ejercitar, se arriesgó a perturbar la calma de aquella muchacha que irradiaba una luz desconocida para él.

—Buenos días.

Ella levantó los ojos, parpadeó, por un segundo pareció desubicada.

—Oh..., eh... —frunció ligeramente el ceño, intentando ubicarlo—. ¡Ah, sí! Ahora caigo. Eres el chico del mercadillo.

—Sí, perdona que te moleste. Te he reconocido y..., bueno, me ha hecho gracia volver a encontrarte. Casualidad, ¿no?

Violeta sonrió, con esa expresión abierta y tranquila que tanto

llamaba la atención sin pretenderlo.

—Pues sí. Ya ves qué pequeño es todo por aquí.

—No quería interrumpirte —añadió él, señalando con la mirada la libreta—, parecía que estabas concentrada.

—No, en absoluto —cerró el cuaderno con suavidad—. Solo anotando tonterías. Si estás solo... ¿quieres sentarte? —añadió mostrando una silla vacía con la palma de la mano.

Él no lo dudó.

—Encantado.

Se sentó frente a ella y, por unos segundos, ambos se miraron sin necesidad de hablar. Luego la conversación fluyó, sin esfuerzo, sin ese apremio artificial por rellenar silencios.

—Vine porque mi amiga me dejó tirada en el último momento —explicó Violeta mientras daba un sorbo a su café—. Habíamos planeado este viaje juntas hacía meses, pero le salió algo y concluyó que no podía venir. Así que... decidí aprovecharlo. Tengo una novela por entregar a mi editora y ando estancada. Este lugar me está devolviendo las musas perdidas.

—¿Eres escritora?

—Bueno..., profesora, más bien. Pero me gusta escribir. Tuve suerte y conseguí publicar una saga de libros, novela contemporánea y romántica. No son un *best seller* ni mucho menos, pero tienen cierta aceptación y ¡qué demonios!, si alguien, una sola persona, al leer algo mío es un poquito más feliz, o siente algo de calma o alegría en su alma, yo me doy por satisfecha y agradecida.

Él sonrió. Esa respuesta no se parecía en nada a las que solía escuchar.

—Bonita forma de verlo —dijo sincero—. Yo también me estoy regalando algo de tiempo. He tenido unos meses... complicados. Trabajo, líos, presión. Lo acabé pagando con un susto bastante

serio.

—¿Un infarto? —preguntó ella bajando la voz con respeto.

Él asintió.

—Sí. Así es. No ha sido grave, pero... me ha hecho recalcular un poco mi forma de vivir. Estoy de baja. Me prestaron una casa aquí y... he venido a recuperarme y calmarme un poco.

No dijo más y ella no preguntó. Solo le regaló una mirada tierna, sin juicio ni curiosidad innecesaria. Él, por su parte, notó cómo se le aflojaba algo en el pecho.

—Bueno —dijo al cabo de un rato, alzando ligeramente la ceja con picardía—. No quiero entretenerte más. Me atrevería a decir que ibas rumbo a la playa. —Su traje de baño azul se vislumbraba bajo el vestido, era sencillo de adivinar.

—A Ses Illetes, sí. Me han hablado maravillas.

—Y no mienten. Estuve hace unos días. Es un lugar de los que no se olvidan.

Violeta se levantó y él la imitó.

—Ha sido un placer volver a verte —dijo él con esa sonrisa suya que no necesitaba esforzarse en ser encantadora—. Me ha gustado este ratito.

—A mí también —respondió ella sencilla y sincera. Esa naturalidad, ese no intentar gustar, fue lo que más le desconcertó.

—Bien —dijo él—. Hasta la próxima, Violeta.

—Vente conmigo a la playa, si no tienes nada que hacer —soltó ella sin pensarlo demasiado, sin filtrar el peso de su propuesta.

Algo típico en Violeta: una espontaneidad en ocasiones ingenua, otras luminosa, muchas poco oportuna, que a veces lamentaba, pero que también era parte esencial de su forma de estar en el mundo.

—Ostras, perdona... —añadió enseguida con las mejillas sonrojadas—. A veces no filtro lo que digo. Seguro que te he

incomodado. Disculpa... Treinta seis años tengo, no diez, lo prometo —añadió divertida y avergonzada.

Ander la observó con una mezcla de sorpresa y ternura. Lejos de sentirse incómodo, le parecía encantadora. Violeta —y él lo supo solo con mirarla— no tenía otra intención que pasar una mañana agradable, conversando como dos niños que se conocen en un parque y, tras compartir un columpio, ya se sienten amigos.

—Bueno, no llevo bañador... —dijo él—. Pero, si pasamos por casa, lo cojo y vamos. Me parece un buen plan.

Lo dijo con esa voz grave, amable, calmada. Esa voz que a Violeta ya empezaba a gustarle. Demasiado.

Caminaron juntos hasta sus vehículos. Él le propuso ir en su coche, pero ella, rápida, con esa inteligencia natural que a veces parecía disfrazar de ingenuidad, de prudencia, respondió:

—¿Y si mejor vamos en la moto? Para aparcar y moverse por la isla es mucho más fácil. Te sigo hasta tu casa, coges el bañador y aparcas.

—Buena idea —asintió él.

—Eso sí... —añadió mientras tomaba el casco—. ¿Podrías conducir tú? No es un rollo machista, lo juro. Es que no se me da muy bien llevar este trasto, menos si vamos dos.

—Me haces un favor dejándome llevarla. Me apetece mucho —lo decía en serio, podía leerse en su sonrisa.

Lo esperó fuera. Salió con el bañador puesto, un casco para él y una mochila en la que cargó móvil, llaves y toalla.

—¡Listo! —exclamó tras cerrar la verja.

—¡Pues nos vamos! —añadió ella.

Violeta se subió tras él y se agarró a su cintura. Sintió su cuerpo firme, musculoso, el olor a un delicioso perfume seguramente caro, la calidez de su piel bajo la camiseta blanca. Se dijo a sí misma que

había sido una tonta, que lo había metido en un compromiso absurdo, que aquel pobre hombre aceptó por educación. Que era ridícula por fantasear. «Vamos, Violeta, sé realista: ¿cómo iba ese hombre —tan bello, tan interesante— a fijarse en ti? Una simple profesora, con sandalias gastadas, con “demasiadas” curvas, y sin tiempo ni ganas de pasar una plancha por el pelo». Negó con la cabeza como regañándose a sí misma.

El camino a Ses Illetes fue breve, precioso, entre caminos de arena, muretes de piedra y fotos de mar. Al llegar, el paisaje se desplegó como una postal. Una lengua blanca de arena entre dos mares. Un pequeño Caribe balear. Se instalaron con sus toallas, se quitaron la ropa y quedaron ambos en bañador.

Violeta tuvo que contenerse para no morderse el labio inferior, gesto que habría delatado de forma inequívoca lo que estaba sintiendo al verlo casi desnudo.

Piel morena, dorada por el sol, musculatura firme y definida, espalda ancha, algo de vello en el pecho y unas piernas fuertes, trabajadas.

No tenía una gran experiencia con la que comparar —había sido mujer de pocos amantes—, tampoco pretendía hacerlo, pero sabía reconocer la belleza cuando la tenía delante. Y esta, sin duda, era una de esas ocasiones.

Se acomodaron en la toalla. Ander, mirando el cielo, se volvió hacia ella.

—No me malinterpretes, pero necesito decirlo. No estoy buscando nada. Solo paz.

Violeta sonrió aliviada. Y una pizca en su ego, decepcionada. Pero sobre todo liberada al poderse relajar y no tratar de gustar a quien ya estaba claro que no gustaría. Ahora todo era simplemente sencillo.

—Uf, menos mal. Yo tampoco. Y tu comentario lo hace todo más fácil—. Violeta guiñó un ojo en modo simpático—. ¡Vamos al agua!

El resto de la mañana transcurrió con la misma naturalidad cercana que, sin apenas darse cuenta, ya se había instalado entre ellos. Hablaron. Rieron. Se bañaron. Tomaron el sol en silencio, un silencio cómodo, con el sonido del suave oleaje como fondo. Buscaron peces entre las rocas y él encontró una estrella de mar, que con sumo cuidado devolvieron a la madre naturaleza.

Compartieron unas ciruelas que Violeta había comprado en el súper. Rojas, dulces. A ambos, algo tan sencillo se les antojó como un manjar. Él le contó de su pequeña afición por la jardinería, un hábito que llevaba tiempo sin practicar y que se había prometido retomar al volver a Madrid. Hablaron de libros, de las últimas novelas hojeadas o leídas. De política y de la vergüenza que a veces producía el sistema en este país. También de la posible existencia de vida en otros planetas, un tema que los fascinaba, aunque ambos solían mantenerlo en secreto, por si acaso alguien los tomaba por locos. Rieron al unísono.

Violeta le confesó su bloqueo creativo. Él le habló de la medicación, de cómo se sentía extraño en esa versión más lenta de sí mismo.

—Pues a mí me gusta esta versión —dijo ella sincera—. No conozco la otra, pero esta no pinta mal.

Él se rio. Aquella mujer, sin esfuerzo, sin quererlo, lo hacía reír. Le provocaba una calma que no había sentido en mucho tiempo. Los silencios entre ellos no eran incómodos. Había algo sencillo, honesto, que los unía sin tensión ni expectativas.

—Deberíamos volver —dijo ella—. He quedado con una vecina para una reunión de mujeres. Parece algo bonito, me invitaron y quiero ir.

—Claro, volvamos —respondió él. Pensó en comer juntos, en invitarla a algún restaurante a paella y vino; quería seguir charlando, riendo. Pero fue prudente y prefirió, simplemente, volver.

La vuelta en moto fue mágica. El mar a ambos lados, la brisa, el olor a sal en la piel de Ander. Violeta se aferró a su cintura sin saber si era por seguridad o por no querer soltarlo aún. Al llegar a su calle, se despidieron.

—Ha sido una mañana fantástica —dijo él.

—Lo ha sido —respondió ella.

Se miraron. Sin tensión. Sin prisa. Pero con algo.

—¿Nos damos los teléfonos? Por si... a lo largo del verano te apetece quedar —sugirió él, tan natural como todo lo que había sido entre ellos.

—Claro —sonrió ella.

Y lo hicieron. Números intercambiados. Miradas que decían más de lo que estaban preparados para admitir. Ella se fue. La esperaba su primera tarde con el círculo de mujeres. Y él se quedó un instante viendo cómo se alejaba. Sintiendo que algo —aunque aún no supiera bien qué— acababa de comenzar.

Capítulo 11

Sentada en su sofá de madera y espuma, comía distraída la ensalada de pasta que ella misma preparó la noche anterior. Olivas negras, espirales de colores y huevo. Masticaba lentamente mientras el eco de su voz seguía retumbando en su interior. Aquel tono grave, pausado, había dejado una vibración en ella que no conseguía borrar. Tampoco su olor, a sal, a sol, a dulce perfume varonil; lo llevaba pegado en la piel. Le gustaba esa sensación. La envolvía. La transportaba por momentos a ese estado casi onírico en el que las ideas fluyen sin freno, como un manantial al que por fin se le quita el tapón. Como antaño. Como ella.

Sentía que su talento despertaba, renacía, y brotaba tinta de sus dedos dando paso a nuevos personajes, escenas, lugares, que ahora sí tenían sentido y la estructura suficiente para gustar a sus lectores. Violeta volvía, más que nunca, envuelta en la esencia de aquella mañana, de aquella isla, de —por qué no admitirlo— aquel hombre. Conocía esa sensación. Rozaba la disociación con la realidad y en ella era más ella que en ningún otro lugar. Era el lugar correcto para crear y volar.

Pero también era sensata. Sabía reconocer los avisos de su cuerpo, esa emoción efervescente que aparecía justo antes de encariñarse demasiado. Esa dulzura que precede al caos. A fin de

cuentas, Ander no era para ella. Ni en esta vida ni en cien más. Lo tenía claro. Por guapo, por complicado, por todo. Pero principalmente porque había venido a escribir, no a enamorarse y menos a enamorarse de alguien que jamás la correspondería.

Entre pensamientos terminó el café, se apartó su media melena de la cara con un pañuelo azul y marrón que trajo consigo en la maleta y cogió la bolsa de tela donde guardaba su cuaderno, unas tizas pastel y una botella de agua fría. Caminó bajo el sol hasta casa de Rosa. Llegó la primera, como había prometido. Rosa la recibió con su habitual abrazo cálido, que olía a lavanda, a romero y a hogar.

Rosa era una malagueña nacida en Nerja. Criada junto al mar, creció siendo una niña libre y algo salvaje. Un accidente de tráfico la dejó huérfana a los trece años. Una desgracia que lamentablemente marcaría su vida para siempre.

Pasó de casa en casa de familiares que, por falta —o por exceso— de cariño, le hicieron la adolescencia muy difícil.

Se casó muy joven, sin estar enamorada, con un hombre mayor al que conoció en la fábrica donde trabajó durante años. Su vida era tan oscura cuando los presentaron que aquel matrimonio, por gris que fuera, le pareció una promesa de luz, un refugio que arrojaba más esperanza que el actual presente.

No tuvieron hijos en común. Lo intentaron, pero Rosa no lograba retener los embarazos. Dejaron de intentarlo. José, su esposo, ya tenía dos criaturas de otro matrimonio y no quiso seguir viéndola sufrir. Aquella chiquilla, frágil y rota, se apagaba, se consumía, un poco más con cada aborto. Y José, quien dudaba si la amaba realmente como a una mujer o la quería más bien como a una hija, le pidió que olvidara la idea de ser madre y se centrara en ser feliz.

Él era bueno con ella. La protegía y le daba un cariño olvidado por

el corazón de Rosa. En los brazos de su esposo no sentía pasión, ni fuego, pero sí refugio, paz, seguridad. Era un buen hombre, que le dio el hogar que perdió de niña y la estabilidad que nunca tuvo.

José era delgado, de brazos y piernas huesudos. Muy alto. Cuando se conocieron ya brillaban algunas canas en su melena; y el bigote, el cual no se quitó jamás, era totalmente blanco. De ojos grisáceos y tez morena, leer sentado en un viejo sillón cercano a la ventana era su mayor placer junto con observar a Rosa quedarse dormida mientras él le acariciaba suavemente la espalda.

Era un hombre amable, sincero en su mirada. Noble. Bueno. De conversación culta, fruto de tantos libros leídos. Leer y las cuatro cuentas básicas fue lo único que alcanzó a aprender en la escuela, de la que lo sacaron con ocho años para ponerlo a trabajar, primero como mancebo en una farmacia, más tarde como mozo en un almacén de hielo. Eran muchos hermanos, él el mayor, y había que ayudar en casa. Estudiar era un lujo que no podían permitirse. Quizá por eso se empeñó en que sus hijos sí estudiaran y los mandó a la capital en cuanto pudo para que los dos sacaran una carrera.

José era mayor, no era guapo ni un amor como el de las películas de cine. Pero su ternura, su presencia serena y el remanso de paz que fue aquel hogar hicieron que Rosa aprendiera a quererlo con todo su ser y que, como un alma vieja que trae muchas vidas a cuestas, entendiera el amor desde un prisma muy distinto al que el mundo se empeña en vender. Un amor tranquilo, de compañeros, de amigos, de miradas, de calma. Sin juicios.

José enfermó y se fue como vivió. Con serenidad, sin hacer ruido. En cuestión de pocos meses se le declaró una enfermedad que atraparon demasiado tarde. Rechazó tratamientos agresivos. Quiso despedirse en paz, en su casa, rodeado de los suyos. «Me voy lleno de amor, Rosa de mi alma. Allí donde esté, te cuidaré», dijo

sonriendo. «Calla, canalla, no me hagas llorar», le respondió ella entre lágrimas. Y él cerró los ojos para dormir eternamente, para quedarse a vivir en el corazón de quienes lo amaron.

Tras su muerte, Rosa vendió lo poco que tenían y dejó aquel lugar donde fue feliz para preservar el recuerdo intacto. No contaba con el dinero que José había ahorrado para ella. Como si hubiera previsto su ausencia y querido asegurarle el porvenir.

Sumando aquella herencia y lo obtenido por la venta del piso, tomó un avión y un ferry hasta Formentera, la isla que tantas veces visitaron en sus veranos compartidos. Pensó en quedarse un año, el tiempo que le dieran los ahorros y el subsidio. Pero nunca volvió.

Trabajó primero como cocinera en un restaurante de temporada. Pintaba en su tiempo libre, por puro placer. Sus cuadros, alegres, intensos, llenos de color y esperanza, empezaron a gustar. Exponía en el restaurante, en el *hall* de algún hotel y en varias tiendas de conocidos. Le ofrecieron dar clases en el centro cívico de Sant Francesc. Aceptó. Así pasaron los años hasta que un día llegó la edad de jubilarse.

Pero Rosa no dejó de pintar. Ni de enseñar. Fundó un pequeño grupo de mujeres que se reunía en su casa los jueves. Pintaban en el jardín, bajo la sombra de los árboles los días cálidos, o en el salón los días de fresco; tomaban té helado, café; hablaban de sus miedos, de sus sueños. Su hogar se convirtió en un lugar de refugio, de encuentro, de ternura compartida.

La mesa del jardín ya estaba preparada con algo de picoteo y bebida fresca. Las sillas estaban dispuestas en círculo; frente a cada una, un pequeño caballete con un lienzo en blanco. Algunas preferían sentarse en cojines en el suelo, otras en las sillas. Era una disposición libre, cómoda, sin normas. Cada quien encontraba su lugar, como en la vida.

Las pinturas, pinceles, carboncillos los traían ellas. Los temas de conversación surgían solos, como las pinceladas en la tela. Y, si no surgían, Rosa sabía cómo provocar la chispa adecuada.

—Hoy tenemos nueva compañera —anunció con tono festivo—. Se llama Violeta. Es escritora. Está buscando musas y yo le he dicho que mejor musa que este grupo... no va a encontrar.

Rieron todas. Unas a carcajada abierta, otras con una sonrisa tímida. Violeta saludó algo cohibida, pero pronto se sintió parte del círculo.

Era un grupo heterogéneo, como solo puede serlo un buen grupo de mujeres. Algunas eran residentes fijas de Formentera, otras iban y venían desde Ibiza. Había un par de camareras —una venía por amor a la pintura y la otra simplemente por acompañarla— y también mujeres de alto poder adquisitivo, que encontraban en aquellas tardes su mejor terapia.

Pero allí dentro no existían los títulos, ni posición social, ni los pasados dolorosos. Solo ellas. Su hermandad. Solo el arte que las guiaba hacia sí mismas, hacia su poder interior que aquella isla tanto se empeñaba en potenciar.

Y Violeta, sin saber muy bien cómo, se sintió en casa. Aquel lugar no solo le andaba devolviendo las ganas de escribir, también le estaba regalando personas. Personas con quien ser ella, con quien tender puentes y cruzarlos, quizá por primera vez, en toda su existencia.

La pintura del día era libre, pero Rosa siempre proponía un tema que invitaba a adentrarse en profundas tertulias que, en ocasiones, destapaban bloqueos y brindaban la oportunidad de sanarlos o, al menos, airearlos y tomar conciencia de su existencia, como el primer paso hacia una versión mejor de una misma.

—El tema propuesto para hoy, mujeres —anunció Rosa—, será

pintarnos tal como ahora nos vemos. Luego daremos la vuelta al lienzo y compartiremos nuestra autopercepción con las demás. Y, si estáis de acuerdo, abriremos un debate: ¿eso que creéis ver en vosotras mismas, y que habéis plasmado en el lienzo, coincide con lo que el resto del mundo percibe?

Rosa no solía improvisar. Con una semana de margen, o incluso más, meditaba cuidadosamente cada propuesta. Se dejaba guiar por su intuición. Confiaba en ella porque los años y la experiencia le habían demostrado que no hay mejor brújula que la interior. Estaba convencida de que el ser humano posee receptores de información invisibles al ojo, capaces de captar matices que, al ser procesados en lo profundo del subconsciente, se transforman en una voz que susurra. Y esa voz era la que, capítulo tras capítulo de sus encuentros, la inspiraba. Rara vez fallaba. Sus propuestas siempre ayudaban, sanaban, calmaban o iluminaban.

Aquella sesión no fue distinta. Una a una, las mujeres abrieron el corazón y compartieron lo que pensaban y sentían sobre sí mismas. Sus palabras revelaron cuán condicionadas estaban muchas por miradas externas, alejadas de su propio centro.

—Aprendí a valorarme solo en la mirada ajena, a sentirme válida únicamente si me otorgaban su aprobación... Y esa aprobación no era libre, venía de una sociedad, de un entorno, que me la imponía... o yo permití que me la impusieran —confesó, con los ojos vidriosos, una mujer que había olvidado cómo amar su cuerpo tal y como era.

—Mujeres, todas vosotras sois perfectas tal como sois —respondió Rosa, con serenidad—. Eso no significa rendirse y descuidarse, porque eso también es dañarse, es otro extremo. Significa aceptarse y abrazar los cambios. No mirar al espejo con nostalgia de lo que ya no somos, sino con gratitud y respeto hacia lo que somos hoy.

Pensadlo: al cruzar el ecuador de la vida, nuestro cuerpo cambia tanto como en la adolescencia, y ese nuevo cuerpo merece amor, cuidados y respeto. No reproches.

»Quiero que hoy, cuando miremos vuestros dibujos, aprendáis a transformar en virtud aquello que consideráis defectos. Que entendáis que el amor propio no llega «cuando consiga tal peso, tal piel, tal pelo», sino que empieza aquí y ahora, con lo que ya sois.

»La mujer que sois ahora, con o sin curvas, canas, estrías..., es la prueba más hermosa de que seguís vivas.

La sesión terminó con abrazos, lágrimas y risas; una verdadera oda al cuerpo y al amor propio, plasmada sobre lienzos que parecían respirar.

Violeta volvió a casa con la sensación de haber vivido algo único. El círculo de mujeres era mucho más que un grupo de señoras reunidas para pintar. Era un espacio cálido, sólido, maternal... Algo que no sabía que necesitaba hasta que lo sintió.

Lo habitual en Violeta era esforzarse, y mucho, para encajar. Creció sabiendo que lo que para otros resultaba normal y sencillo en el mundo de la interacción social a ella le costaba el triple: entenderlos, captar los matices entre líneas, ser «enrollada», como decían en su época de instituto. No se rechazaba por ello, había aprendido a quererse tal cual era, pero sí anhelaba sentirse cómoda desde el primer momento en un grupo. Aquella noche, sin saber bien cómo ni por qué, lo había logrado. Sin esfuerzo, sin fingir. Estaba tranquila, serena. En su centro. En un lugar seguro.

Aquellas mujeres, tan distintas entre sí y, a la vez, tan cercanas, se despojaban frente al lienzo de cualquier piel cotidiana y abrían el corazón como solo se hace en lugares sagrados. Lugares donde una, por fin, se siente a salvo.

Violeta era consciente de que Rosa era especial, pero no

imaginaba cuánto. O quizá no era Rosa, quizá ella solo era el vehículo, la puerta hacia ese estado en el que el alma baja la guardia y simplemente emerge, abierta a la energía poderosa y sanadora que irradian las mujeres al unirse.

«Cuán poderosas somos», pensó Violeta.

Capítulo 12

Entró en casa, dejó las sandalias a un lado y se despojó de la ropa, algo manchada de pintura. Optó por un vestido vaporoso, cómodo, suave. Era temprano. No tenía tanta hambre como para cenar. Si acaso, más tarde se prepararía un bocadillo.

Necesitaba caminar, moverse, soltar el peso del día y asimilar tanta emoción acumulada en tan pocas horas.

Bajó por el sendero de arena que moría en la playa. Llevaba solo un pareo y las llaves. El trayecto era largo, pero no le importaba, era justo lo que buscaba: andar despacio, en soledad, en calma. Respirar hondo, acompasado, como quien acaricia al alma para bajarle las revoluciones.

Cuando llegó, el mar la esperaba oscuro y profundo como la noche ya cerrada, coronado por la espuma suave que traían las olas hasta sus pies.

El vaivén del agua y el relente de la noche. La incipiente luna que asomaba tímidamente entre nubes color azul cerúleo. Parejas de la mano. Una familia con tres niños que reían y se retaban a ver quién llegaba primero. Si la paz tenía una imagen, se parecería mucho a aquella fotografía.

Violeta, sentada frente al Mediterráneo que la vio crecer desde la otra orilla, echó un vistazo amable a su vida. Pensó en sus

hermanas. En su etapa universitaria. En que, a pesar de saberse un tanto peculiar, nunca se sintió sola. Quizá no encajaba en los márgenes del mundo, pero sí en el corazón, donde había alma. Como allí, ahora.

Pensó en Enrique, a quien ya no extrañaba en absoluto. Y en lo afortunada que era al disfrutar de aquel lugar.

Se sentó en la orilla. Sonrió ante tanta belleza e imaginó condensarla en un bote de cristal para tener un recuerdo eterno. Acarició la arena con la yema de los dedos. Una brisa de nostalgia impregnó el momento.

Se puso en pie, cubriéndose los hombros con el pareo. Empezaba a refrescar y decidió volver, no sin antes sucumbir al placer de meter los pies de nuevo en el agua tibia, calentada durante el día por el sol balear.

Sentía paz, bienestar, una calma interior casi olvidada en el frenético día a día.

Regresó a casa en silencio. Se enfundó en un pijama suave, preparó un sándwich sencillo y, con el corazón aún tibio por lo vivido, escribió varias páginas inspiradas en ese día. Párrafos salpicados de la esencia de aquellas mujeres. Frases del color del mar. Letras con olor a Ander. Aunque esto último era un secreto que solo se lo contaría a ella misma.

Era hora de dormir, estaba cansada.

Entonces el móvil vibró.

Un mensaje de Ander:

Buenas noches. Hoy fue un día
maravilloso. Gracias.

Una sonrisa involuntaria iluminó el rostro de Violeta. La sostuvo durante unos segundos, como si quisiera quedarse un poco más en

la emoción que le provocaba. Luego, la sonrisa se fue desdibujando, siendo sustituida por una especie de desconcierto.

No sabía cómo interpretarlo.

Era solo un mensaje amable, ¿no? ¿O tal vez no? ¿Y si sí?

Lo cierto es que a Violeta se le daba muy mal leer entre líneas. Le costaban los dobles sentidos, la ironía, las intenciones veladas. Nunca supo jugar al juego de lo implícito. Y ahora, frente a esa simple frase, no tenía idea de qué pensar.

¿Qué debía hacer? ¿Responder? ¿No responder?

—¿Y si le pregunto a Rosa? —murmuró para sí, arrepintiéndose al instante—. No, qué tontería.

Volvió a mirar el mensaje. Lo leyó tres veces más.

Escribió una respuesta. La borró.

Volvió a escribir. La volvió a borrar.

Suspiró. Se revolvió el flequillo con los dedos, impaciente consigo misma.

Finalmente escribió y, sin darse más tiempo para pensar, pulsó «enviar».

Para mí también ha sido una
mañana maravillosa. Buenas
noches, Ander.

Suspiró de nuevo. Esta vez más tranquila. Bloqueó el móvil y se dejó caer en la cama. Pero, aunque estaba cansada, el sueño no quiso venir. El mensaje la había desvelado. La voz de Ander retumbaba en su cabeza y el olor de su perfume pegado a la piel era difícil de olvidar.

Capítulo 13

No conseguía entender lo que el cuerpo trataba de explicarle. Violeta no era su tipo de mujer. Aquella mañana no era en absoluto su tipo de citas.

La tarde se le había ido entre pensamientos que no lograba ordenar del todo. Se sirvió un whisky a pesar de que se lo tenía prohibido. Era solo uno. «Por calmar la inquietud», se dijo. Pero sabía que no era el whisky, sino ella.

La playa, la conversación, las ciruelas. Sus manos. Sus manos, sobre todo.

No recordaba la última vez que unas manos le habían causado tanto efecto.

Uñas limpias, cortas, sin esmalte. Naturales. Como ella.

Las mujeres que lo rodeaban, en su totalidad, tendían a llevar uñas larguísimas, esculpidas con gel, en tonos brillantes, mate, afiladas. Sexys. Se había acostumbrado y lo había normalizado, de hecho, le gustaba.

Violeta no.

Violeta era otra cosa.

No sabía todavía qué.

Pero otra cosa, sin duda.

Encendió el móvil, leyó algunos mails; trataba de no trabajar, pero

cerrar la jornada poniéndose al día le proporcionaba calma. Saber que todo estaba en orden, más o menos, lo tranquilizaba más que mantenerse totalmente al margen e imaginar el caos.

Volvió a Violeta.

Abrió el chat de mensajes y, tras meditarlo durante un rato, escribió:

Buenas noches. Hoy fue un día
maravilloso. Gracias.

Lo envió.

Al instante, la vio «en línea». Después, «escribiendo...». Y nada. Volvió a «en línea», y otra vez «escribiendo...».

Sonrió. Se imaginó la escena. Ella mordiéndose el labio inferior, pensándose cada palabra. Le gustó imaginarla así, cuidadosa, honesta. Bonita. Tal vez igual de perdida que él.

Y entonces llegó su respuesta:

Para mí también ha sido una
mañana maravillosa. Buenas
noches, Ander.

La leyó varias veces. En voz floja, casi susurrando. Como quien prueba una frase que no quiere olvidar.

Cerró los ojos un instante.

Luego volvió a abrirlos y añadió:

Mañana tarde voy al faro del Cap
de Barbaria. Me han dicho que es
un lugar que hay que ver. ¿Te
apuntas? Voy en coche, paso a
buscarte a las 18:00H.

Dudó un segundo antes de enviarlo. Pero lo envió.

Violeta vio el mensaje. Sintió emoción y esta vez no lo pensó demasiado. Respondió:

Me gusta el plan. Te paso dirección.

Estaré lista a las 18:00H.

Ander, al recibirlo, sonrió como un niño pequeño al que le han dicho que sí a algo que deseaba más de lo que pensaba. Una sonrisa limpia, sin dobleces. Cerró los ojos, dejó el móvil en la mesilla y, por primera vez en mucho tiempo, se quedó dormido con una sensación parecida a la ilusión.

El cielo de Formentera amaneció despejado, con ese brillo dorado que anticipaba un día cálido y en calma. Ander quiso aprovechar la mañana para trabajar un poco. Se había prometido mantenerse al margen, informarse lo justo y necesario, evitar tensiones o implicaciones que lo arrastraran de nuevo al vértigo de su anterior vida. Pero pedirle a Ander que se desconectara del todo era tan absurdo como pretender que dejara de respirar.

Instaló su portátil sobre la mesa del jardín, bajo el techado metálico con lamas orientables. Desde allí se divisaba la piscina, quieta y azul, y más allá, el mar, brillante y sereno bajo el sol.

La villa era, sin duda, inmejorable. Moderna, funcional y con detalles cuidados al milímetro. Servicio de limpieza dos veces por semana, jardín frondoso, cocina abierta con isla central. Un lujo discreto y cómodo que ayudaba, sin querer, a sanar.

Abrió un par de documentos, revisó avances pendientes y se detuvo al leer el último correo del proveedor de piezas. Frunció el ceño.

Marcó el número de Víctor.

—¿Sí? —respondió su jefe al tercer tono, con voz somnolienta.

—Los *U-nuts* que nos mandaron no son los correctos. Mira bien las especificaciones. Tienen una tolerancia de un milímetro por encima de lo pactado y eso hace que no encajen con la carcasa del molde. No encajan ni con presión —dijo Ander, tajante.

—¿Estás seguro? —añadió Víctor, perceptiblemente preocupado.

—Clarísimo. Lo acabo de revisar en el plano y en el modelo de ajustes 3D. Si los usamos así, generaremos un juego que comprometería la estabilidad del eje.

—Mierda...

—Tenemos que devolverlos. No podemos arriesgarnos con una pieza tan crítica en el sistema de engranaje. Es el corazón de la máquina.

—Vale, me ocupo. Hablo con ellos. Me da que quisieron ahorrar costes con una variante estándar.

Hubo un silencio breve. Luego, la voz de Víctor cambió de tono, más ligera.

—Por cierto..., te noto distinto. ¿Estás bien?

—Sí, la verdad es que sí —respondió Ander, sin pensarlo demasiado.

—¿Qué pasa? ¿Has ligado con alguna extranjera? ¿Una sueca, una belga misteriosa...?

Ander soltó una risa seca, ladeando la cabeza.

—No, imbécil. No he ligado. Ni pienso hacerlo. He venido a estar en paz. A descansar. A... desconectar.

—Ajá..., claro. El lobo se vuelve cordero. No te reconozco, tío.

—Quizá porque necesitaba dejar de ser lobo un rato.

—O porque alguien te está descolocando —bromeó Víctor, con un tono sugerente.

Ander no respondió de inmediato. Sonrió para sí y miró el mar.

—No es eso. No hay nadie. Estoy bien. Eso es todo.

Colgaron. El silencio volvió, solo interrumpido por rumor del agua en la piscina. Ander cerró el portátil y se recostó en la tumbona.

Pensó en Violeta.

Se sorprendió haciéndolo. No era un pensamiento marcado por el deseo, o al menos no solo por el deseo que tan bien conocía. Sexo urgente, frío, pasional, sin más. Era un deseo de estar. De mirarla. De seguir hablando y conociendo los vericuetos de su vida, sus gustos, sus anhelos.

Pensó que aquella isla, hueca por debajo, como muchos afirmaban, lo tenía atolondrado en lo que a mujeres se refiere.

La mañana transcurrió entre llamadas y algún que otro correo. El problema con la pieza del molde, lejos de estresarlo, le insufló algo de vida. Descansar estaba bien, necesario incluso, pero a ratos se le hacía monótono. Era un hombre de acción, acostumbrado a decidir, a resolver, a moverse. La pausa le sentaba bien, sí; sin embargo, no dejaba de sentirse fuera de lugar cuando el silencio se prolongaba demasiado. Aun así, se alegraba de notar lo bien que se iba encontrando, como si su cuerpo empezara a entender que podía habitarse de otro modo.

Al mediodía comió algo ligero, preparó una pequeña bolsa con una toalla, agua y poco más. Al salir, la dejó en el coche, echó un vistazo a la moto aparcada a un lado, dudó apenas un segundo y se dijo a sí mismo, murmurando: «Coche. Hoy prefiero coche». Se alegraba de haberlo alquilado. Le gustaba conducir por esos caminos de tierra, con el mar al fondo y la sensación de que el tiempo, por fin, no corría detrás de él.

Arrancó el Mini azul y puso rumbo a la dirección que ella le había mandado la noche anterior.

Se sintió extrañamente entusiasmado. Un poco nervioso. Como si la tarde tuviera un significado más profundo del que se atrevía a

admitir.

Violeta lo esperaba fuera, puntual, con un vestido blanco suelto que flotaba con la brisa. Al verlo, saludó con la mano.

Al verla, no pudo evitar fijarse en su silueta bajo el vestido. Prominentes curvas que lo apartaron de su racionalidad por unos segundos.

—Buenas tardes, señor. ¿Listo para visitar un faro? —dijo ella, dejando su bolsa en los asientos traseros y subiendo al coche visiblemente feliz.

—Buenas tardes, señora. Más que listo —respondió él, con una amplia sonrisa sincera.

—¿Has merendado?

—Sí, pero, si quieres, podemos parar a tomar algo antes.

—No, no es necesario. Igualmente, gracias.

—No hay de qué. —Se miraron. Ambos sonrieron con verdad.

Era bonita. Muy bonita. Una belleza serena que crecía en la distancia corta. Piel blanca con algunas pecas que endulzaban su rostro. Ojos castaños, profundos, sinceros. Labios carnosos, con un ligero brillo que invitaban a mirarlos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella.

—Bien, la verdad. Me está sentando bien esta isla.

—Y mi compañía. Suelo provocar ese efecto, mejoro a los enfermos. Soy como una especie de profeta sanadora en una versión sencilla.

Ambos rieron a carcajadas, disolviendo cualquier mínimo nudo de incomodidad que el no conocerse apenas pudiera dibujar en el aire.

—He leído un poco sobre el faro al que vamos —dijo ella—. Ha sido escenario de varias pelis. Y dicen que la isla está hueca por debajo y que en esa zona hay agujeros por los que podrías colarte y aparecer en otro lugar.

—Sííí, lo he leído yo también. O lo he oído por ahí —respondió realmente contento, como si se sintiera feliz cual chiquillo, y añadió —: Buscamos uno y nos tiramos, ¿te parece?

—Me parece un plan estupendo.

Volvieron a reír.

Ella conseguía eso, que él fuera él, sin forzar, sin tratar de conquistarla o sorprenderla. Podía relajarse, sin posturas, sin máscaras. Y recién la conocía.

Él conseguía eso, que ella dijera tonterías sin miedo a ser juzgada, que se relajase y fuese ella misma. Que su cabeza no pisase el acelerador analizando cada frase, cada palabra. Simplemente fluía con él. Y recién lo conocía.

—¿Ponemos música?

—Genial.

—¿Qué te gusta?

—Música latina, sobre todo.

—¿iQuééééé!/? —dijo él, asombrado, divertido.

—A ti veo que también, ¿no? —dijo ella burlona, sonriendo.

—No, no, no... Creo que aquí surgirá nuestra primera discusión.

—¿Discutir? ¿Quién quiere discutir? —respondió ella, con una mueca.

—Violeta, tú y yo somos musicalmente incompatibles. Esto puede destruir esta amistad.

—Exagerado —rio—. A ver, ¿qué escuchas tú?

—Metal. Rock duro. Mucho *thrash* metal. A veces progresivo. Me gusta que me griten al oído, básicamente —dijo él, serio, como si hablara de filosofía.

—¿Y no te gusta, por ejemplo, mmm, Alejandro Sanz? —preguntó ella, alzando una ceja con gesto inocente.

—Slipknot me gusta —respondió él, fingiendo indignación, como si

le hubieran insultado el alma.

—¿Rozalén? —añadió ella, mordiéndose el labio para no reír demasiado.

—¡Iron Maiden! —resopló, teatral, llevándose la mano a la frente—. Esto es un ataque directo.

—Venga, uno más... Mmm... Natalia Lafourcade —dijo ella, disfrutando del juego, estirando la pausa como quien lanza un reto.

—Ni idea de quién es —contestó él con una risa contenida—. Whitesnake —resopló divertido de nuevo.

—Vale... Entonces, confirmamos: incompatibles —bromeó—. A mí esos melenudos gritones no me gustan nada; ponme reguetón, pop latino. Me gusta el ritmo. Me gusta que me muevan los pies.

—Madre mía... —respondió él, llevándose teatralmente las manos del volante a la cabeza—. ¿Cómo vamos a sobrevivir a este día?

—Busquemos un punto medio. A ver... Mmm... ¿Te gusta Fito?

—¿Fito y Fitipaldis?

—Ajá.

—Mucho. Menos mal que por fin de tu boca sale algo con criterio. Me has sorprendido, profe.

—Yo también tengo mis puntitos, chaval.

Él sonrió, genuinamente sorprendido y encantado. Puso *Por la boca vive el pez* y, mientras el coche serpenteaba entre caminos de tierra bordeados por muretes de piedra y el mar azul al fondo, se instaló entre ellos un silencio cómodo. De esos que solo se tienen con quienes no hace falta hablar en vano.

El coche se detuvo en un pequeño claro de tierra, a un lado del sendero que conducía al faro. Ander apagó el motor. Un instante, ninguno de los dos dijo nada. Solo se miraron, sonrientes, como si el paisaje que los rodeaba no necesitara palabras.

Bajaron sin prisa. Violeta se acomodó el vestido blanco, que el

viento comenzaba a alborotar. Ander sacó la mochila que había preparado, cerró el coche y comenzaron a andar.

El faro de Cap de Barbaria se vislumbraba a lo lejos. Un trecho andando, que antaño podría recorrerse en moto o coche incluso en verano, los separaba del destino. Tras el faro, el ancho mar azul. Sobre el mar, el cielo eterno. Alrededor, silencio, tierra, diminutos montículos de piedras, romero salvaje. Ausencia de civilización. Calma. Un inmenso acantilado y oleaje infinito. La ilustración en vivo del significado de libertad.

—Es impresionante —murmuró ella, bajando ligeramente la voz, como si el lugar mereciera respeto.

—Sí... —respondió él—. No pensé que fuera tan imponente. Es precioso.

Avanzaron. Llegaron hasta el faro y decidieron ubicarse en el borde del acantilado, en una piedra plana. Se sentaron sobre la toalla. El faro, a su espalda. El mar Mediterráneo a sus pies. Las gaviotas planeaban alto y el sol bañaba en oro la tarde.

—¿Te da miedo la altura? —preguntó él asomándose un poco más.

—No —respondió y luego sonrió—. Lo que me da miedo es perderme dentro de mí misma.

Ander se giró hacia ella y por un segundo quiso preguntar más, pero algo en la expresión de Violeta le dijo que ya había dicho bastante.

Él se recostó sobre un codo. Ella se acomodó a su lado, con las piernas recogidas en posición de loto; el vestido ondeando alrededor de sus muslos.

Hablaron poco. Miraron el mar.

Las palabras se volvieron innecesarias.

Sus manos, por momentos, se rozaban al compartir algo de fruta que Violeta había llevado. Sus piernas, casi sin querer, se tocaban.

Apenas un roce, rodilla con rodilla. Ella en vestido, él en bermudas, sus pieles tomaron contacto por primera vez y ambos se dieron cuenta del chispazo eléctrico que aquello les provocó. La brisa jugaba con los mechones del flequillo de Violeta, y él, por un momento, se permitió imaginar qué pasaría si se los apartara con la mano.

Pero no lo hizo.

—¿Tienes algún deseo para este verano? —preguntó ella, sin mirarlo, como quien lanza una botella al mar.

Él pensó un momento.

—Paz —respondió por fin—. Y claridad. No tener que fingir nada con nadie.

Ella asintió.

—Ese también es el mío —dijo y sonrió sin mirar—. Ese y ser capaz de escribir algo decente.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó interesado, observándola mirar el infinito.

—Bien, sorprendentemente bien— respondió volteándose hacia sus ojos—. Parece que las musas volvieron a mi —sonrió pensando en cuánto de él, mucho en realidad, había en su novela.

Volvió la vista mar. No podía dar rienda suelta a lo que aquel hombre le provocaba. Solo eran dos desconocidos en el mismo rincón del mundo.

El tiempo transcurrió sin prisa. Tras la puesta de sol —quizá la más hermosa que Violeta había presenciado en su vida—, cuando el faro proyectó una sombra alargada que los tocó suavemente, decidieron emprender el regreso, caminando despacito hasta el coche.

Hablaron de ellos. De sus vidas en sus respectivas ciudades. De libros, de música, de cine y de Elorrio, la tierra natal de Ander.

—¿Has estado alguna vez en el País Vasco? —preguntó él con una sonrisa cálida, girando ligeramente el rostro para observarla.

—No, nunca. He visitado el norte, pero jamás he estado en tu tierra.

—Tienes que venir. Es maravillosa en todo. La gente, la comida, el paisaje... —respondió él, respirando hondo, como si evocara imágenes que llevaba dentro—. Aunque este paisaje tampoco tiene nada que envidiar —añadió, más para sí que para ella, lanzándole una mirada fugaz, consciente de que la compañía era, quizá, lo más bonito de aquel lugar.

—Lo prometo. Algún día iré —dijo ella, sincera.

Llegaron al coche. El trayecto de vuelta fue tranquilo, silencioso. Un silencio sin peso, sin prisa. Como si el faro y la brisa marina les hubiera calmado el alma. Ander condujo con serenidad. Miró de reojo a Violeta, que contemplaba el paisaje desde la ventanilla, tranquila, absorta. No quería despedirse. No todavía. Y, aun a riesgo de cometer un error, se atrevió a decirlo en voz alta:

—¿Tienes planes para cenar mañana?

—Sí... —respondió ella, en cariz travieso—. Un sándwich de un jugoso fiambre de pavo me espera en la nevera.

—Oh, vaya —rio él, fingiendo decepción—. Lamento tener que estropear semejante plan..., pero ¿te animarías a dejar plantado al sándwich y cenar conmigo mañana?

Ella lo miró divertida, frunciendo levemente el ceño, como si estuviera evaluando la oferta con fingida seriedad.

—Bueno, creo que el pavo me perdonará si lo dejo plantado —respondió con una media sonrisa.

—Entonces..., cenamos juntos —dijo él, esta vez con un tono distinto. Había verdad en su voz, una intención clara. Quería cenar con ella y deseaba que ella también lo quisiera.

Violeta lo notó. Lo leyó en su mirada, en el gesto sutil de quien está poniendo algo de sí sobre la mesa. Y le gustó. Le gustó que la quisiera cerca, sin juegos ni pretextos.

—Me encantaría cenar contigo, Ander —dijo con suavidad.

Él sonrió, miró al frente y pisó el acelerador, como quien avanza sin miedo hacia algo que, sin buscarlo, empieza a tener sentido.

—A mí también —respondió, sin adornos, escapándose en la última sílaba una sonrisa de medio lado.

Se despidieron con una hasta mañana que ya no era de cortesía, sino de promesa.

Esa noche, el mar en calma y las sábanas frescas acompañaron los pensamientos de ambos. Por primera vez en mucho tiempo, ninguno deseaba dormirse del todo, sino vivir un ratito más en esos sueños lúcidos en los que uno imagina lo que desea y se permite, sin tapujos, recrearse en ello.

Capítulo 14

Ander escogió el restaurante, se dejó aconsejar por algún portal gastronómico de internet, pues no quería delatarse ante Víctor y Ane preguntándole a ellos. Ni él mismo entendía qué diablos le estaba pasando. Pensaba en aquellos ojos oscuros y en su sonrisa la mayor parte del día, y le alegraba el corazón, aquel corazón que de a poquito se recuperaba, sabiendo que las medicinas, la isla y aquella mujer eran parte de esa notable mejoría.

Esa noche, el paseo marítimo de Es Pujols vibraba con la vida de la temporada. Las callecitas pegadas al mar, pobladas de tiendas, heladerías y bares, emanaban una energía bulliciosa, que contrastaba con la paz del resto de la isla. Las terrazas estaban llenas, camareros que invitaban a elegir su restaurante, música proveniente del interior de los locales. El sonido de las olas, y el aroma del salitre se mezclaba con el del pescado a la plancha y los calamares fritos.

Violeta y Ander se acomodaron en sus sillas, en un local sencillo, de madera blanca, toldo beige, casi al borde mismo de la arena.

El día había transcurrido para ambos entre rutinas y quehaceres ya asumidos en su vida isleña, aunque con la mente y el corazón puestos en esa noche. Ambos sabían que, aquella cita, se les antojaba, demasiado. Violeta, en la serenidad de la casita blanca,

había fantaseado con los ojos de Ander, con su voz ronca, con esas manos grandes, morenas, de uñas casi perfectas.

Él, en cambio, había nadado durante toda la mañana en su piscina infinita, intentando sofocar el fuego que lo devoraba por dentro. Pensó que el frescor del agua lo aliviaría. No fue así.

Tras enviar unos correos pendientes, llegó la hora y pasó a recogerla.

Cenaron lubina con ensalada fresca, vino blanco bien frío y como postre tiramisú para ella, *carpaccio* de piña para él. Nada más. Nada menos.

Conversaron con naturalidad. Rieron. Se escucharon. Entre ellos había una complicidad que surge cuando nadie finge. Esa comodidad sorprendía a Violeta. Ella, que solía vivir las citas en un estado de piloto automático al que ya estaba hecha. Incluso, tras meses con sus parejas, los encuentros, sobre todo en lugares concurridos, terminaban siendo un eco sordo. Estaba presente, pero como testigo, no como parte. Sonreía, respondía, mantenía el tipo... mientras en su interior se autoanalizaba, cuidando no alzar demasiado el tono, ni hablar tan bajo que no se la entendiera, ni decir algo inapropiado o extenderse mucho en su discurso.

Con Ander no. Con Ander estaba allí, entera, sin disfraces. Relajada. No sobrepensaba cada palabra ni cada gesto. Se dejaba llevar. Y ese simple hecho era algo maravilloso y nuevo en su divergente mundo.

Tras la cena, salieron a pasear por el mercadillo de paraditas hippies que reposaba a lo largo del paseo. Una larga fila de puestos repletos de artesanía. Las luces cálidas iluminaban los colores vivos de los pañuelos, los collares, las pulseras... Violeta se detenía aquí y allá, mirando con curiosidad. Ander caminaba a su lado, observándola. O, más bien, descubriéndola.

Le gustaba cómo arrugaba la nariz al dudar, cómo se colocaba el pelo tras la oreja con un gesto distraído, cómo lo miraba con atención cuando él hablaba, cómo lo escuchaba de verdad, como si sus palabras importaran. Le agradaba su boca, su manera de sonreír sin pretensión, su risa clara. La curvatura de sus labios, cómo involuntariamente se los mordía mientras pensaba. Y, en ese momento, deseó besarla. No con premura, sino con deseo contenido, con la necesidad de descubrirla poco a poco. De besarla y, después, seguir el camino de su cuerpo con su boca. De abrazarla fuerte, sentir su regazo como refugio y escuchar su voz leyéndole solo a él lo que ella escribe.

—¿Te gustan? —preguntó Violeta de pronto, sacándolo de su ensueño.

Parpadeó, regresando al presente. Ella le mostraba unos pendientes de plata envejecida.

—Perdona... —dijo, sonriendo, algo abrumado por la intensidad de lo que había sentido segundos antes—. Sí. Te quedan preciosos.

—¿Sí? No lo tengo claro, son bonitos la verdad.

—Son perfectos para ti —respondió mirándola como si todo en ella fuera un sí.

—¡Vale, me los quedo! —dijo contenta.

Fue a pagar, pero él se adelantó y sacó la cartera.

—Déjame regalártelos.

—Ander, no, por favor... Ya has pagado la cena, no hace falta.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo.

Le sonrió con esa mezcla suya de seguridad, ternura y calma. Ella cedió, aunque, en cuanto él se distrajo en otro puesto, Violeta compró en silencio una pequeña pulsera de cuero marrón con una diminuta caracola engarzada. Algo sencillo, pero con el alma del lugar en aquella concha.

Cuando las tiendecitas terminaron, continuaron paseando junto al mar. Bajaron a la arena. Caminaron descalzos. El agua, aún tibia, acariciándoles los pies.

—Toma —dijo ella, sacando la pulsera—. Tú me has regalado los pendientes y yo... te he comprado esto cuándo no mirabas. Es para ti.

—¿Para mí?

—Para que te dé suerte... en tu litigio ese en el trabajo. No quiero que me cuentes nada, pero sé que te preocupa, y esto, estoy segura, te traerá suerte —añadió, sin invadir, con esa dulzura natural suya. Porque si algo caracterizaba a Violeta era ser respetuosa con lo ajeno, incluso o más bien, sobre todo, con las heridas.

Él la miró. Miró la pulsera y luego la mano de ella sosteniendo su regalo.

—Pónmela, por favor —dijo en voz baja, ofreciéndole su muñeca, tomándola con suavidad de la mano.

Y en ese gesto había una rendición. El hombre seguro, fuerte, guapo, que parecía tener el mundo bajo control, se mostraba vulnerable ante ella. No como debilidad, sino como verdad.

Ella le ató la pulsera con cuidado, sin dejar de mirarle la piel, la vena marcada, los dedos grandes y largos. Alzó la vista. Él ya la estaba mirando. Los ojos oscuros, abiertos, serenos.

Silencio.

Un silencio que susurraba sus nombres.

Ander se acercó un poquito más. Ella hizo lo propio. Estaban a escasos centímetros, podían sentir la respiración del otro. El aliento caliente. Las ganas.

Violeta miró su boca. Después sus ojos. Estaba nerviosa, sabía, deseaba, lo que irremediabilmente estaba a punto de pasar. Ander dio el último paso cruzando el ya ínfimo espacio que los separaba. Y

la besó.

Un beso lento, dulce, honesto. Un beso que no buscaba provocar, sino decir. Decir «te deseo», «me gustas», «estoy aquí», «no sé qué está pasando, pero me está pasando y quiero que me pase».

Ella sonrió. Él también. Y volvieron a besarse, esta vez con más entrega, con el fuego contenido supurándoles la piel.

Luego siguieron caminando sin prisa por la orilla, rozándose apenas, con los labios aún tibios de deseo y la certeza, sin palabras, de que aquello, fuera lo que fuera, ya no era un juego.

Cerraron de un portazo, de una patada, la puerta de la villa. Sin soltarse, sin dejar de besarse. Presos de la pasión. Ander la miró, apenas un segundo, y algo en su mirada se deshizo. No podía sostener más el autocontrol. No esa noche. No con ella.

Violeta también lo observaba, como si aún no entendiera del todo cómo habían llegado hasta allí, ansiosa por continuar lo empezado. Las ganas, la necesidad de conocerse desnudos, el saberse ambicionado por las manos del otro ya eran innegociables.

El deseo irremediable de explorarse y amarse estaba con ellos, en ellos. Quería hacerle el amor, sí. Sentirla rendirse al placer bajo su cuerpo, ver cómo se estremecía entre sus brazos. Pero también anhelaba todo lo que no podía tocar con las manos: su risa, sus pensamientos, su fragilidad y su fortaleza. Anhelaba a la mujer que ahora se entregaba sin máscaras. Y ese anhelo, nuevo y desbordante, lo asustaba un poco. No lo comprendía del todo, pero le fascinaba.

La besó como si con los labios pudiera recorrerle el alma. Ella respondió, con igual lentitud, igual vehemencia.

Las manos comenzaron a buscar. Él deslizó los dedos por su espalda, bajó los tirantes de su vestido que resbaló sin resistencia.

Se despojaron de sus ropas. Se desnudaron de dudas, de juicios,

de todo lo que no hacía falta.

Ella lo empujó ligeramente hasta el sofá de aquella hermosa villa, testigo del incipiente amor. Se sentó a horcadas sobre él, sin pensar, sin medir, solo sintiéndolo y dejándose llevar. Las manos de Ander acariciaron su espalda, sus muslos, llegando hasta a un lugar sagrado, que lo recibió con un deseo voraz, con un gemido que, si cabía, aun lo excitó más. Se besaron como si hubieran estado esperándose desde siempre. Ambos ya eran presos de la frágil fuerza del momento.

Él la levantó en brazos sin dejar de besarla. La llevó a la cama con el cuidado de quien sostiene algo valioso. Recorrió cada rincón de su piel, con las manos, con la boca, con el alma.

Se buscaron. Se encontraron.

La piel de ella bajo sus manos era suave, cálida, familiar y a la vez nueva. Violeta lo recibió con los ojos abiertos. Con la respiración entrecortada. Con la risa contenida y el deseo creciendo sin control.

Hicieron el amor sin necesidad de hablar. Se dijeron todo con el cuerpo. Con la piel. Con los silencios que hablan más alto que las palabras.

Cuando todo acabó o, más bien, cuando todo se transformó en otra cosa —en ese descanso compartido, en la risa susurrada, en las sábanas húmedas y el alma temblorosa—, se miraron, aún sin creérselo del todo.

—¿Estás bien? —susurró él.

—Lo estoy —respondió ella, rozándole el muslo con la punta de sus dedos.

Se abrazaron. Se quedaron dormidos, bajo el refugio de la que ya era su isla.

Violeta se despertó antes del amanecer. El cuerpo aún vibrando, el corazón desacompasado. Salió al jardín envuelta en una manta fina.

Quería aire. Quería ese silencio azul de las madrugadas.

El rumor del mar a lo lejos. El olor del campo que rodeaba la casa. La brisa tibia. Y la sensación, como un nudo dulce en el estómago, de que algo profundo acababa de cambiar en su vida.

Él despertó al notar la ausencia. Se levantó, buscó en la penumbra, la vio allí, de espaldas, sentada sobre una tumbona.

Se acercó sin hacer ruido.

—¿Qué haces aquí?

—Hola... — dijo con una suave sonrisa—. Quería tomar el aire...

Él se sentó a su lado. La miró. La deseó de nuevo.

Le besó el hombro. Luego los labios. No con deseo carnal, sino con una ternura nueva. Ella respondió. Lentamente. El beso se transformó en caricia. La caricia en deseo. Y otra vez, en esa madrugada estrellada, con el mar como único testigo, volvieron a hacer el amor. Más despacio. Más profundo. Más entregados.

Y entonces, por fin, se durmieron de verdad. Enredados. Serenos.

Capítulo 15

Violeta despertó con los primeros rayos de luz de la mañana. Se incorporó lentamente. Se giró, allí estaba él. Dormido. Respirando con calma. Con el torso al descubierto, el pelo revuelto y una expresión serena, que contrastaba con la imagen enérgica y segura que proyectaba despierto.

Era tan cautivador que dolía. Y había sido suyo. Totalmente suyo, unas horas antes.

Se puso el vestido, sin sujetador, sin sandalias, y simplemente cogió su móvil. Pretendía volver, pero necesitaba salir de aquella habitación, de aquella casa enorme incapaz de contener sus emociones desbordadas.

Violeta se sabía una mujer inteligente, tenía muy claro la clase de tipo que era Ander: un hombre de mundo, magnético, seguro de sí mismo, con una historia a cuestas que ella apenas conocía. Lo de la noche había sido perfecto, sí..., pero justo por eso necesitaba espacio. Necesitaba que su mente no se precipitara y le diera falsas esperanzas a su ingenuo corazón.

Aire, necesitaba aire, refrescar las emociones. Andar, reflexionar.

Ella era consciente de que aquello era el sueño de una noche de verano. Lo aceptaba, lo validaba y participaba voluntariamente dispuesta a disfrutarlo sin más. Pero Ander ejercía un efecto en ella

que la invitaba a relajarse y a perder el control, y eso, en contrapunto, la ponía muy nerviosa.

Absorta en sus pensamientos, caminando entre árboles como si los pasos estimulasen el equilibrio perdido, recibiendo el efímero frescor de la mañana, su móvil vibró. Era Ander:

Desayuno en el jardín. ¿Te
apuntas?

Dejó de caminar. Lo leyó dos veces. Y una sonrisa afloró sin permiso.

Él, mientras tanto, estaba de pie en la cocina, descalzo, con un pantalón corto color gris con un cordón negro en el centro y el pelo rebelde apuntando en todas direcciones. Había encontrado su bolsa, sus sandalias. Sabía que no se había ido, del todo. La imaginó paseando, como hacía ella, pensante, en silencio, en su mundo interior, ordenando emociones. Le gustaba eso. Le gustaba todo en ella. Y, aunque aún no supiera si aquello era amor o locura temporal, tenía claro que no quería perderla.

Violeta regresó poco después. Apareció en la puerta como si la casa respirara al verla.

—Buenos días —dijo con un hilo de voz, algo tímida.

—Buenos días —respondió él, con una sonrisa torcida mientras untaba tomate en una tostada.

Ella dudó un segundo.

—Salí a pasear... —no sabía que decir, o más bien cómo decirlo.

—El aire de la mañana ayuda a aclarar las ideas. Pasear a solas siempre es una buena opción.

—Así es —se sintió aliviada; él tenía esa habilidad: regularla en cuestión de segundos. Le sonrió, agradecida, por no preguntar, por no juzgar—. Pasear me aclara las ideas. ¿También te pasa?

—Siempre —él la miró de reojo—. Aunque, en mi caso, tú las sigues enredando.

Ella bajó la vista, sonrojada, pero sonrió. Le gustaba cómo la miraba, cómo parecía estar viéndola de verdad. Se miró los pies descalzos, sucios, y pensó en que debía pintarse las uñas.

—¿Un café? —preguntó él trayéndola de nuevo de donde quiera que estuviera.

—Sí, gracias.

Prepararon juntos el desayuno. Nada sofisticado: pan tostado, tomate y aceite, mermelada, fruta, café. Una complicidad sencilla flotaba en el ambiente, como si la noche anterior hubiera abierto un canal que ya no se podía cerrar.

Se sentaron fuera, en la mesa de madera con vistas a la piscina. Rieron. Comieron. Hablaron del mundo en general, de nada en particular.

De pronto, él se levantó, se acercó a ella y con el pulgar le limpió la comisura de los labios.

—Tenías... —murmuró. Luego se chupó el dedo, sin apartar la vista de ella.

A Violeta le recorrió un escalofrío. La respiración se le aceleró. Se quedó quieta, mirando cómo él, sin decir palabra, se apoyaba junto a ella en la mesa. Sus cuerpos casi se rozaban. Ella se levantó, apartó la silla y se acomodó semisentada en el borde de la madera. Él se movió, se acercó un poquito más, frente a frente, quedándose a dos escasos centímetros de su boca.

Violeta sintió bajo su vientre la evidente excitación de Ander y se estremeció. Aquel hombre, irremediablemente, encendía su cuerpo como nadie hasta la fecha.

No hablaron. No hizo falta.

Él se inclinó, la besó con intensidad, con esa mezcla de ternura y

deseo desbordado. Le subió el vestido con firmeza. La libró de su ropa interior. Ella le rodeó la cintura con las piernas mientras él barría, sin miramientos, los restos del desayuno de la mesa. La sentó a horcajadas. La sostuvo por las caderas. La hizo suya, allí mismo, con una fuerza casi animal, pero sin perder la conexión de las miradas. Se tocaban, se descubrían, se besaban como si el mundo fuera a acabarse esa misma mañana.

Cuando terminaron, se quedaron abrazados, jadeando, sin soltar la risa floja de quien acaba de hacer una locura deliciosa.

El mundo se detuvo aquella mañana.

No hubo llamadas, ni correos, ni vecinas a las que saludar, ni mercadillos que visitar. Solo ellos. Sus cuerpos. Su presencia.

Se amaron en la piscina, en la cama, recorriendo el cuerpo del otro, fundiéndose en uno solo.

Hablaron. Mucho. Sin prisas. Sin filtros. Sin máscaras.

Él le habló de su madre, de la mujer luminosa que lo crio con ternura y firmeza, y del vacío inmenso que dejó cuando se fue. De cómo cuidó de él y sus hermanos, de la llegada inesperada de los gemelos que volvieron loco el hogar. Del amor y el cariño que Eburne, su madre, profesaba a cada hijo; siendo cada uno distinto, los hizo sentir perfectos a todos. Violeta lo escuchaba en silencio, con los ojos brillantes. Con absoluto respeto. Porque era bello verlo hablar de quien fue su madre con ese amor tan puro en los labios.

Le habló también de su padre, que desde hacía tiempo vivía en una residencia especializada. El alzhéimer lo había ido alejando poco a poco del mundo.

—A veces, cuando me mira, tengo la sensación de que aún me reconoce —dijo Ander con voz quebrada—. Y con eso me basta.

Violeta pudo ver la sensibilidad, lo vulnerable, lo humano de Ander.

Ella le contó de la escuela, de las tardes infinitas corrigiendo, del miedo que tuvo al empezar a escribir y de cómo un día dejó de sentirlo. Le habló de sus primeras novelas, de los rechazos editoriales, de las pequeñas victorias.

—Vi un libro por ahí... —dijo él, señalando el pasillo que quedaba tras ellos—. Apuesto a que te gusta ese autor.

—A ver, dime.

—Mario Benedetti.

—Me gusta mucho, muchísimo de hecho. Has acertado de lleno.

—Lo sabía, lo supe en cuánto lo vi, y pensé en ti.

Ander se levantó, fue hasta una habitación y lo cogió de una estantería que albergaba apenas cuatro libros para los huéspedes. Volvió con él en las manos. Se lo tendió con una sonrisa. Ella lo abrió, lo hojeó y, al ver aquel poema, se detuvo.

—Mira este: «Táctica y estrategia». Sin duda, uno de mis favoritos.

Él la rodeó con un brazo, se acomodó junto a ella en el sofá. Se puso unas gafas de pasta que descansaban en la mesita contigua.

Y comenzó a leer.

La voz de Ander, grave, profunda, envolvente, hacía vibrar cada verso.

Ella se acurrucó en su regazo y, mientras la poesía flotaba entre ellos, él le acariciaba el cabello con una delicadeza inusual.

Nunca nadie le había leído poesía.

Y él... nunca había leído nada a nadie.

Llegó la noche. Y, con ella, la luna.

Y, bajo su luz, se amaron también.

Lento. Callado. Intenso. Como quien descubre el mar por primera vez.

Después de cenar, ella se estiró sobre la silla con una expresión

suave, satisfecha, y dijo en voz baja:

—Creo que me voy a casa. No tengo ropa para mañana y tú también tienes que trabajar.

—¿Estás segura? —preguntó él, sin poder evitarlo.

—Sí. Mañana escribiré y tú también tienes cosas pendientes. Mejor dormir cada uno en su cama.

Él asintió despacio. Se hubiera quedado el resto del verano encerrado con ella en aquella villa, comiéndose el uno al otro, paliando el calor de sus cuerpos con la frescura del agua. Pero entendía. Aceptaba. Aunque deseara tenerla solo para él.

La acompañó hasta su casa en el coche.

Se despidieron con un beso largo. Un beso que hablaba de todo lo que ya no hacía falta decir.

—¿Te veré de nuevo? —preguntó él, mirándola como si ya la echara de menos.

—Si tú quieres —susurró ella.

—Yo quiero.

—Yo también.

Ella bajó del coche. Él se quedó esperando a que entrara. Cuando la vio desaparecer tras la puerta, respiró hondo.

Era hora de trabajar un poco.

Y de empezar a analizar tanta emoción desbordada que no sabía bien de dónde venía, pero lo estaba transformando.

Capítulo 16

La mañana amaneció tibia, tranquila. Violeta despertó descansada. Sentía la necesidad de recuperar espacio para sí misma, de tomar aire. Alejarse de Ander para acercarse a ella y así protegerse de enamorarse más de lo que un verano puede prometer.

Se desperezó como un gato y, al notar agujetas en ciertas zonas de su cuerpo, se le escapó una risotada. Ander supo hacerla disfrutar como hacía mucho. Demasiado. De hecho, se atrevería a decir que, entre todos sus amantes —que no habían sido muchos—, él había sabido adentrarse en su cuerpo y proporcionarle un placer tan intenso que la elevó a lugares desconocidos hasta entonces.

Con una taza de café en la mano, absorta aún en el recuerdo del olor perfecto de su piel, su móvil vibró.

iNena! Tengo cobertura, dime si
estás despierta, quiero llamarte.
Aquí es medianoche y andamos de
cervezas en una aldea. Aiiiix, tengo
mucho que contarte, todo bueno,
Viole. Si estás despierta, avisa que
te llamo, que ahora puedo.

Era Lola. ¡Qué sorpresa! ¡Era Lola!

El teléfono tardó unos segundos en dar señal, pero finalmente una

voz chispeante cruzó el océano.

—¡Viole, mi amor! —exclamó Lola, desbordando alegría—. Ay, qué ilusión que llames. No quería llamarte por si aún dormías, pero me apetece todo hablarte.

—Lola..., bonita, ¿cómo estás? Claro que estoy despierta. ¡Pero tú me puedes despertar siempre que quieras! ¿Cómo va todo? ¡Cuéntame!

—¡Más que bien! Estoy radiante, amiga. Mira, todo ha pasado como tenía que pasar. Este viaje... este viaje era para mí, ¿sabes? Aunque no lo supiera.

Su entusiasmo era contagioso y Violeta no pudo evitar sonreír. Pero, tratándose de Lola, lo sensato era esperar cualquier locura.

—Hemos recorrido varios países —continuó Lola—: Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, pero hace unas semanas nos estabilizamos en Nicaragua. Estoy con Matías, ¿te acuerdas que te hablé de él? Pues la hermana tiene unos amigos en una ONG que trabaja en comunidades rurales y..., bueno, me pidieron ayuda para poner en marcha una escuelita para varias aldeas. ¡Niños de todas las edades, Violeta! No tienen ni lápices.

—¿Una escuela? ¿Pero no ibas a estudiar sobre chamanismo? —preguntó perpleja Violeta.

—Sí, una verdadera escuela. Con pupitres de madera, pizarras, libros, estanterías... Sí, vine y he aprendido muchísimo sobre el chamanismo tradicional —añadió Lola respondiendo la pregunta—, pero no solo eso. También he ayudado mucho en la ONG y la verdad es que... ¡Me ofrecieron quedarme como profesora asociada! No hay contrato al uso, pero puedo ayudar en la construcción, organizar materiales, dar clases. Es flexible. Es decir, me puedo ir al finalizar el verano si quiero. Pero, si me comprometo a dar clases, sería para todo el curso.

—Y... ¿aceptaste?

—Anoche mandé el correo al trabajo. ¡He pedido una excedencia voluntaria! Así, sin anestesia. Me quedo, Violeta. ¡Me quedo! Llámame loca, pero... no quiero volver a la *matrix*. Prefiero enseñar a leer y escribir aquí, me siento más viva y útil que jamás en mi vida.

Hubo un silencio breve. Violeta, prudente, tragó sus dudas con una sonrisa que intentó sonar entusiasta.

—Es... muy valiente, Lola. ¿Pero, cariño, estás segura? Quiero decir, hasta el uno de septiembre no empezamos; podrías pensarlo bien, tienes mucho tiempo aún.

—Lo sé, lo sé. Parece una locura incluso viniendo de mí. Pero, créeme, no he sido tan feliz en mucho tiempo. Viole, este país... está pasando por un momento muy duro. Desde hace años hay mucha represión, cerraron miles de organizaciones, la gente vive con miedo, muchas cosas no se pueden decir en voz alta. La educación es una de las pocas herramientas reales que tienen estos niños para salir adelante, ¿entiendes? Por eso me quedo. Porque aquí enseñar tiene un sentido que me llega al alma.

—Me alegro muchísimo por ti. De verdad. Lo digo de corazón. ¡Es decir, me parece una locura! Pero me alegro si tú eres feliz.

—Te mandaré fotos, ¿sí? De Matías, de la escuela... Es preciosa, aún sin terminar. Y los niños... ¡son amor puro! Ya verás.

—Tengo ganas de verlas.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Estoy bien. Escribiendo mucho. La isla me está sentando bien, la verdad.

—Seguro que sí. Me has perdonado del todo, ¿verdad?, por no estar allí contigo.

—Nunca hubo nada que perdonar, Lola. Perdona tú por cómo me

puse.

—Amiga, gracias por llamarme, de verdad. En cuánto tenga cobertura, te voy contando. Te quiero, Violeta.

—Y yo a ti. Cuídate. Y mándame esas fotos.

—Hecho. Que la vida nos abrace fuerte. ¡Chao, Viole!

—Adiós, Lola.

Al colgar, Violeta sintió un alivio extraño en el pecho. Le había gustado hablar por fin con Lola y enterrar esa efímera pero real hacha de guerra que se había colado por alguna grieta de su relación. No eran íntimas —aunque Lola la trataba como tal—, pero la apreciaba mucho. De hecho, tras varios años como compañeras y algún que otro secreto compartido, podía afirmar que la quería. Violeta se alegró por su amiga, por sentirla feliz.

Su mente, tendente a lo racional en lo que a decisiones se refiere, consideraba una osadía —una auténtica locura— quedarse en un país de situación política compleja, lejos de su tierra, su trabajo, su familia. Pero, a su vez, y quizá por eso el sabor agri dulce de la llamada, envidió a Lola. Por su valentía desbordada, por su locura, por atreverse a habitar un lugar tan alejado de la zona de confort. Algo que a Violeta le costaría horrores, le supondría un ataque de pánico y un mundo insorteable. Lola, en cambio, lo hacía con una soberbia naturalidad.

Violeta era muy consciente de que cada quien habita su piel y siente según su alma, pero el paso de la vida, de los años, permite moldearnos, evolucionar y trascender aquello que no nos hace bien. Su falta de espontaneidad, su exceso de miedo y recelo la habían mantenido siempre en los márgenes de la vida. Dejar a Enrique fue para ella un acto de valentía, de empoderamiento. Pero ahora ese paso le parecía ridículo al lado de lo que Lola estaba llevando a cabo.

En segundos, tras colgar, su mundo se sintió tambalear.

¿Y si no soy lo que creo ser? ¿Y si en realidad me limito a meter los pies en la piscina sin lanzarme jamás? ¿Y si soy una cobarde que disfraza de prudencia su miedo a la vida?

El pecho le apretaba. Sentía calor y un sudor frío. Miró por la ventana, vio la casa de Rosa y, sin pensarlo demasiado, fue a verla. Quería, necesitaba, conversar con aquella mujer que parecía tener respuestas y amor sin juicios para todos.

Suspiró hondo.

—Me alegro de verte —le dijo abrazándola—. Y de verte bien. Confieso que estaba algo preocupada, pero por tu cara diría que todo va... mejor.

—Ay, Rosa..., luego te cuento —respondió Violeta con una sonrisa cansada—. Requiere un buen té helado. O dos.

—Tengo. Quédate. Lo preparo ya mismo.

—Espera. Antes, necesito tu opinión. He recibido una llamada y... no sé, estoy... estoy...

—Bloqueada, niña. Estás bloqueada. Puedo leerlo en tu energía. Tranquila. Vamos a sentarnos. Preparo algo, ve saliendo al porche.

Se sentaron en la sombra fresca. Violeta le explicó, torpe y entre unas lágrimas que no terminaba de entender, lo que había sentido al colgar.

No era la llamada en sí. No era Lola. Era ella misma. De pronto, se daba cuenta de que su prudencia no era sensatez, sino miedo irrefrenable. Y eso, como persona, le restaba fuerza. Quizá por eso no lograba alcanzar más lectores. Quizá por eso Ander sería efímero, como todos los amores de su vida. Con la diferencia de que él se había colado en el centro de su ser, atravesando todas las capas que la protegían del mundo.

—Ay, mi niña..., lo que te pasa es maravilloso —dijo Rosa con un

suspiro.

Violeta frunció el ceño y la miró sin entender nada.

—Esto que te pasa no es más que un pasito más en tu despertar. En la apertura de tu propio ser. Estás en esta isla mágica, maravillosa. Conectando contigo como nunca antes. Lejos de todo, de todos. Solo tú. Abriendo puertas interiores que hasta ahora permanecieron cerradas.

»Cada quien tiene su camino y su aprendizaje pactado. Quizá el de Lola pase por vivir esas aventuras que no la hacen ni mejor ni peor. Y, desde luego, no te convierten a ti en una mujer con miedo o cobarde.

»Si me lo permites, mi niña —continuó Rosa con mucha dulzura—, tú has sobrevivido en un mundo que procesa la realidad de una forma distinta a la tuya. Es decir —trató de explicarse mejor, para no dar lugar a malentendidos—, imagina que nuestros cerebros, y con ellos la manera de asimilar y procesar la información, fueran sistemas informáticos. La gran mayoría trabaja con un sistema X; otros, no tantos, con un sistema Z. Y cuesta mucho ser un sistema Z en un mundo mayoritariamente X. Pero eso es lo que tú haces desde pequeña: sobrevivir, adaptarte, y dar lo mejor de ti en un entorno que no siempre te lo pone fácil. Y lo haces de maravilla. Te adaptas con valentía, a diario, sin darte cuenta del enorme esfuerzo que eso implica.

»Escribes como un ángel —yo he leído cosas tuyas estos días, no creas que no—. Y eres pura dulzura, amor y respeto. Hay gente que recorre el mundo y no llega a tener la mitad del todo que tú ya aportas.

»Si Dios te hizo prudente, por algo será. Si el miedo te limita, lo trabajamos, lo comprendemos. Pero, mi niña, eres perfecta tal como eres. Y, si ahora sientes que toca lanzarse a la piscina, quizá es

porque has trascendido viejos patrones. Y, si antes no lo hiciste, simplemente no era el momento.

»No seas tan dura contigo. No te compares. No te juzgues. Dios te hizo perfecta. Y tú —que yo lo intuyo— trabajas por ser una mejor versión cada día.

Violeta se quedó callada, mirando al suelo, con los ojos vidriosos y las manos inquietas, como si al moverlas, chasqueando los dedos entre sí, pudiera calmar su mente. Alzó la cabeza, empezó a llorar. Rosa la abrazó. Y Violeta lloró y lloró, como si cada lágrima limpiara miedos antiguos, represiones calladas. Como si brotaran de una fuente cerrada que ahora se abría para dar paso, primero, a una limpieza... y, luego, a pura luz.

Rosa preparó algo para almorzar. Una ensalada de su propio huerto y berenjenas con tofu y bechamel vegetal.

—Menudo manjar, Rosa. Mil gracias.

—No hay de qué. Hago *batch cooking* los domingos. Siempre tengo algo preparado. Hoy solo he tenido que calentar.

—Yo tengo ciruelas —dijo Violeta—. Voy a casa a por ellas.

—Perfecto. Yo pongo la mesa y abro una botella de vino. Esta comida lo merece. No tardes mi amor.

Ambas disfrutaron del almuerzo como dos viejas amigas que se acaban de conocer. En la mesa, Rosa no hizo preguntas. Solo dejó que la conversación surgiera; era hora de que Violeta, si así lo deseaba, le hablara de ese otro tema que aún no había abierto.

—Se llama Ander —dijo Violeta, bajando la mirada.

—Ajá...

—Lo conocí hace unos días en el mercadillo. Luego en una cafetería... Fuimos a la playa..., al faro..., a cenar. Y después...

—Después... ¿te enamoraste?

Violeta sonrió con timidez.

—No. Solo me gusta... Bueno, bastante.

Hablaron de los sentimientos, de los miedos. De lo absurdo que parecía todo. Ella en Barcelona, él en Madrid. Dos vidas hechas. Dos trenes cruzándose. Él... tan encantador, tan guapo, tan... probablemente rodeado de mujeres.

—Puede que sí —dijo Rosa—. O puede que no. A veces, Violeta, no hay que saber qué pasará. Solo hay que vivir lo que está ocurriendo.

Ese era el tipo de frases que Rosa lanzaba y a Violeta le abrían espacios nuevos en el alma.

Después de comer, recogieron los platos, rieron, se abrazaron largo. Violeta se fue con infinita más calma que con la que había llegado, con ganas de escribir y de continuar con aquel verano que, sin duda, era, hasta ese día, de todos los veranos, el mejor de su vida.

Capítulo 17

Rosa recogió viendo por la ventana cómo se alejaba su vecina.

Estaba encantada de tenerla.

Le recordaba a ella de joven.

Tan especial, tan dulce y tan de verdad.

Acabó de colocar unos platos y se dirigió a su caballete, en un rinconcito del salón, cerca de la ventana. Tenía a medias un paisaje etéreo. Pensó en su marido. No había día en que no le dedicara un rato, incluso hablándole en voz alta. Se había convertido en una compañía invisible con la que compartir sus cosas, sus pensamientos y hasta sus dudas.

—José, ¿tú qué opinas? —murmuró, con el pincel en la mano—. Me da a mí que ese Ander le va a romper el corazón. Esa niña solo sabe querer de una manera: de verdad. Y ese mozo, creo yo, es un picaflor que está pasando un buen verano con una chica muy bonita. En fin, estaré aquí para recogerla si hace falta... No, Pepe —añadió alargando la frase con aire condescendiente—, ¡no digas eso, hombre! No quiero que le vaya mal solo para tener a alguien a quien cuidar, ahí te has pasado, amor mío. Lo que quiero es que a la chiquilla le vaya bien. Pero ya sabes cómo son estos guapos de ciudad, con dinero y todo a su alcance..., se comprometen poco, y menos aún con alguien tan pura de corazón como ella.

Suspiró, se limpió las manos en el delantal y cambió de registro:

—Por cierto, Adriana volvió. Pensé que no, pero tenías razón. Le gustó el grupo. Ya tengo otra alumna más en pintura. Sé que no gano mucho, Pepe, pero tú sabes que no lo hago por dinero. Estarías tan orgulloso de mí... A veces ni sé de dónde me salen los consejos que les doy. Creo que alguien me los susurra y yo solo los pongo en palabras. Ay, Pepito mío, ojalá estuvieras aquí... para abrazarme y hacerme el amor.

Con los cacharros ya guardados y un dolor leve en los huesos —ese que nunca fallaba en anunciar lluvia—, Rosa se recostó en el sofá. Se quedó dormida enseguida, acurrucada, mientras Pepe le acariciaba el pelo desde otro plano.

Capítulo 18

La lluvia no tardó en llegar y decidió quedarse por varios días, mojando la isla entera, de norte a sur, de este a oeste.

Ander conducía su Mini alquilado, echando vistazos al mar cada vez más agitado por la tormenta de aquella tarde. Horas después se sabría que aquel temporal azotó a todas las Baleares con una fuerza inusitada.

De pronto, el coche se detuvo en seco. No arrancaba. Ni una luz, ni un sonido. La lluvia arreciaba y resultaba imposible ponerse a andar. Salió del coche, empapado en segundos. Estaba lejos de todo y pedir un taxi en esas condiciones era absurdo.

Así conoció a Carlos.

Un 4x4 se detuvo junto a él y, sin dudar un instante, el conductor bajó la ventanilla.

—¡Mal momento para romperse el coche, amigo! Anda, sube, que con la que está cayendo no es seguro quedarte aquí. El agua podría arrastrarte.

—¿Y el coche? —preguntó Ander, indeciso.

—Déjalo aquí. Avisa a la compañía con la ubicación exacta y cuando amaine vendrán a por él. Mañana te darán otro. Envía el punto antes de que arranque, pero diles que estás en la carretera principal, pasando el mirador.

—Gracias, tío, me salvas.

—Nada, hombre, no eres el primero al que rescato.

En apenas unas frases congeniaron. Subirse al coche de un desconocido no era algo que a Ander le entusiasmara. De no ser por la lluvia torrencial y el peligro real que suponía quedarse en medio de la nada, habría optado por seguir andando. Aun así, él, hombre grande y fuerte, evaluó rápido que, en caso de problema, sabría defenderse. Pero aquel recelo inicial se deshizo en menos de cinco minutos. Carlos era carismático, cercano, desprendía simpatía. Se notaba que era buena gente y que lo había ayudado sin esperar nada a cambio. Una agradable prueba de que, pese a todo, aún quedaba amabilidad en el mundo.

Carlos resultó ser un buen tipo. Nacido en Tarifa, criado en Jerez, adoptado por Ibiza —y luego Formentera— desde hacía ya casi diez años. Llegó buscando vida fácil y diversión. Nunca volvió. Primero trabajó como aparcacoches en discotecas, luego fue camarero y acabó dando el salto a la isla pequeña tras ofrecerle un trabajo en un club náutico. Hombre de mar desde niño, aquel cambio le vino como anillo al dedo, necesitaba descansar de la vida nocturna ibicenca y sus excesos.

Ander, empapado, pero más relajado, le explicó que había subido al Pilar de la Mola a comprar unas cosas cuando la tormenta lo sorprendió. Carlos lo dejó en casa y Ander no sabía cómo agradecerle.

—Mira, doy una fiesta esta semana en mi finca. ¡Vente! Lo pasaremos bien. Te dejo mi teléfono, escíbeme y te paso la ubicación. Te espero, Ander. ¡Trae a alguien si quieres, seréis bienvenidos!

Ander lo observó alejarse y sonrió al mirar la tarjeta. Se había asustado y ahora se sentía ridículo, mayor. Aquel muchacho, de baja

estatura, con el pelo alborotado repleto de rizos rubios y unos ojos muy claros, le había sacado del apuro. Sin duda, iría a su fiesta. Y ojalá Violeta aceptara acompañarlo.

Capítulo 19

Eran más de las diez y el cielo irradiaba una luz estelar casi mágica. Aun siendo entrada noche, el desvío que llegaba hasta cala Saona, carretera innegociable, repleta de piedras y polvo, por la que pasar para llegar a casa del joven Carlos, andaba ataviada de coches y motos que entraban y salían con turistas muy bien arreglados dispuestos a pasar una velada de música y copas.

Justo antes de llegar al camino que señalaba Punta Rasa, entre las últimas casas, todas con piedras pintadas en la entrada que indicaban el nombre de la hacienda, estaba la del nuevo amigo de tormentas, Carlos.

La finca apareció al doblar una curva. Una construcción blanca, amplia, con muros encalados y contraventanas de madera de pino, rodeada de un jardín abierto que dejaba ver, al fondo, la línea serena del mar. Desde lejos se escuchaba ya la música, un palpar constante que iba creciendo a medida que se acercaban.

Violeta estaba preciosa, la luz de las estrellas, el aroma del mar, la noche de Formentera que todo lo bueno acentúa. Lucía un vestido azul de gasa y unos pendientes blancos. Ligeramente maquillada, Ander pensó que, en toda su vida, no había visto una sonrisa más bonita que la de esa mujer. La música electrónica aumentaba en decibelios a medida que se acercaban a la casa. El jardín estaba

repleto de gente que bailaba, reía y tomaba copas. Unos sillones blancos repartidos por doquier con jóvenes conversando alegremente. Mesas pequeñas donde reposar los pies, mesas altas con más copas. Dentro, desde los ventanales, se veía cómo la fiesta también se cocía tras los muros de la casa. Más chicos y chicas riendo y saliendo y entrando de la cocina y los lavabos en grupos de dos o tres, o hasta cuatro personas.

Violeta se aferró con fuerza al brazo de Ander al cruzar el portón. No dijo nada, pero su gesto la delató. Él bajó la mirada hacia ella y la encontró con los ojos muy abiertos, el pecho agitado por una respiración rápida y profunda; la sintió como un animalillo desprotegido que se adentra en territorio extraño. A Ander le atravesó un sentimiento nuevo, desconocido. La necesidad de protegerla, de calmarla y recordarle que él no la dejaría sola, nunca. De repente, todas las fiestas a las que había asistido, todas aquellas mujeres imponentes, irremediablemente atractivas y seguras de sí mismas, le parecieron irreales, carentes de verdad. Con Violeta era todo tan diferente. Se sentía tan distinto. Tan en paz. Quería quedarse a su lado, cubrirla con los brazos y prometerle que con él siempre estaría a salvo. Y eso le gustaba y asustaba a partes iguales.

La valla de la entrada y los muretes de piedra que rodeaban la casa estaban iluminados con leds dorados que simulaban luciérnagas en mitad de la oscuridad. Precioso.

Un ambiente más bien ibicenco impregnaba todo. Ritmo cálido, risas, conversaciones. La gente, guapa, perfumada, se movía con naturalidad entre copas, abrazos y gestos de complicidad. A Violeta aquello le pareció un escenario ajeno. Sonreía, una sonrisa automática, un disfraz que apenas lograba sostener mientras saludaban a Carlos y este les presentaba a algunos conocidos y les

ofrecía unos exquisitos y exuberantes cocteles que una amiga invitada, Cristina, preparaba tras la barra en el jardín iluminado.

Ander, en cambio, parecía encajar con facilidad. Su altura, su barba, la camisa blanca remangada mostrando un bronceado que acentuaba su belleza, sus gafas de pasta marrones, redondas, le daban un aire magnético que atraía miradas. Conversaba de trabajo, de la tormenta de los últimos días, de barcos, de su tierra. Fluía entre la gente, irradiaba luz, carisma. Se le iban las horas con una naturalidad maravillosa y envidiable. Violeta, desde su rincón interior, lo observaba moverse con soltura, intercambiar unas palabras aquí y una broma allá. Le impresionó verlo en ese ambiente, tan seguro, tan dueño de sí mismo. Y esa impresión, lejos de alejarla, la atrapaba más. Descubrió que cuanto más lo miraba, más consciente era de que aquel hombre había conquistado una parcela de su corazón de la que no sería fácil sacarlo.

Quiso darle espacio, se sentía una estúpida pegada a él, sonriendo, soltando frases hechas a quienes le hablaban, que la protegían cual salvavidas disimulando lo fuera de lugar que se sentía. Acarició su brazo del que aún, sin darse cuenta se agarraba de vez en cuando y con una sonrisa, esta vez sincera, le indicó con la mano que iba a dar una vuelta. Él la vio alejarse, la observó con semblante serio; de todo lo que había en aquella enorme fiesta, solo ella le importaba.

Atravesó la terraza y llegó hasta el jardín. Allí el bullicio se apagaba poco a poco, el rumor del mar de fondo emergía, fresco, envolvente. El aire le acarició el rostro y por primera vez en la noche pudo respirar de verdad. Se detuvo junto a la barandilla, dejando que la vista se perdiera en el horizonte oscuro, salpicado de reflejos de luna. El corazón se le calmaba al ritmo de las olas.

Y en ese instante, aunque no lo sabía, Ander la miraba desde lejos

—ella de espaldas, con el pelo corto agitado por el viento, frágil y luminosa— pensando que jamás había visto nada tan hermoso.

Le dio un rato a solas; él sabía que ella lo necesitaba. Esperó un poco y cuándo ya no aguantó más sin tenerla cerca tomó dos copas y se dispuso a caminar hacia su encuentro. Quería entregarle una, quedarse a su lado, escuchar qué veía en ese mar en el que parecía hundirse y ausentarse de todo, de todos.

Entonces lo vio.

Un chico, con el andar tambaleante y el vaso medio vacío, se acercó demasiado. Violeta sonrió con educación, con esa sonrisa forzada, que se ofrece para no incomodar, pero él alargó la mano y le rodeó la cintura. Su cuerpo se tensó de inmediato.

—Vamos, quédate un poco conmigo —balbuceó el desconocido, arrastrando las palabras.

Violeta intentó apartarse, con firmeza contenida.

—No, gracias.

Ander, preso de furia, atravesó la terraza y el jardín a toda prisa, apretó las copas con tanta fuerza que el líquido tembló dentro. Sintió la sangre golpearle las sienes, un calor denso que le recorrió el pecho. Dejó la bebida sobre una mesa cercana y avanzó con paso firme, decidido.

—¿No has oído que no quiere que la toques? —dijo; la voz grave, seca, más peligrosa que un grito.

El chico se giró sorprendido, con una mueca torpe.

—Vale, tío, ya me voy... Joder, tranquilo.

Ander dio un paso más, demasiado cerca. El puño se le cerró con una fuerza que le dolió en los nudillos. Podría haberle golpeado. Quiso hacerlo. Pero la imagen de Violeta, rígida, incómoda, lo frenó. No merecía un escándalo. No allí.

El chico se alejó mascullando y Ander se giró hacia ella, todavía

con el pecho ardiendo.

—¿Estás bien? —le preguntó, sujetándole suavemente el brazo.

—Sí —respondió ella, agradecida.

Él tragó saliva, apartó la mirada hacia la fiesta, hacia la música, y negó con la cabeza.

—Se acabó. Nos vamos de aquí. —Y entre dientes masculló—: Yo ya no necesito esto. Yo solo quiero estar contigo. —Fue un susurro, no pretendía que nadie lo oyera, pero Violeta lo oyó.

Violeta bajó los ojos y, mientras él la conducía hacia la salida con decisión, apretó la mano de Ander con fuerza y dejó escapar una sonrisa mínima, escondida. Una sonrisa que él no vio, pero que llevaba grabada la certeza de que aquel hombre, con toda su fuerza y su torpeza protectora, acababa de tocar un lugar secreto dentro de su alma.

Apenas habían intercambiado palabras durante el trayecto, como si el silencio fuese el único refugio posible tras el bullicio de la fiesta. Él conducía con el ceño fruncido, las manos firmes en el volante. Ella lo observaba de reojo, percibiendo que aquella tensión no era solo rabia, sino algo más: un instinto animal, protector, primitivo. Y eso la encendía de un modo que no había conocido hasta entonces.

Entraron sin encender las luces. La penumbra del salón se teñía de un resplandor cálido que bastaba para envolverlos en intimidad. Violeta dejó el bolso sobre el sofá, se descalzó y suspiró agradecida al sentir la libertad de sus pies. Ander la miraba desde el centro de la estancia, inmóvil, como conteniendo una fuerza que le desbordaba.

—No sé qué me pasa contigo —murmuró al fin—. No soy así. Nunca lo soy. Pero verte incómoda..., verte en peligro, aunque fuera una tontería, me quema por dentro.

Se acercó y le apartó un mechón de la cara. Ella lo miraba

sonriente, traviesa, como quien sabe que ya está en un lugar seguro, lejos de todo.

—¿Qué me estás haciendo, Violeta? Yo no soy así... —susurró, y no llegó a terminar porque ella lo besó lento, con los ojos abiertos, queriendo que él viera cuánto lo deseaba.

Ander la condujo suavemente hasta la mesa. Sus manos recorrieron sus piernas, subieron por el vestido ligero y encontraron la suavidad de su piel. Violeta arqueó la espalda, buscando más, abriéndose a él sin reservas.

Él la despojó de la ropa con movimientos ansiosos. La besó con sed incontenible, bajando por su cuello, por su pecho, por cada rincón que ella le entregaba entre risas, gemidos, gritos. Volvió a su boca tras besar y hacer arder sus rincones más secretos y, en ese momento, la hizo totalmente suya.

Despacio al principio, salvaje después. Embestidas casi animales. Gemidos. Más gritos. Placer infinito. Violeta ardía por dentro. Encorvando su cuerpo extasiado en placer permitiendo que él se adentrara sin reservas. Alcanzaron un orgasmo, dos; ella, hasta tres. Se observaban con los ojos repletos de fuego, sonrieron cómplices. Aquella noche traspasaron con el sexo límites no escritos. Se besaban, miraban, amaban, como solo los amantes se pueden besar, amar y mirar.

Se sentían hambrientos tras tanto amor, así que improvisaron algo ligero en la cocina, entre risas, complicidad irreversible y comentarios burlones sobre los personajes que habían visto en la fiesta.

—¿Viste a la señora con el traje espacial? —dijo Ander, entre carcajadas sonoras.

Violeta, sorprendida por la risa, terminó escupiendo un trozo de

jamón dulce que estaba masticando.

—¡Chaval, no me hagas reír así, mira lo que has provocado!

Ander se dobló de la risa al verla tan espontánea.

—¿Y el de los pendientes? Vamos, no me digas que no era un cuadro.

—Un cuadro de Miró, como poco.

Ambos rieron con sinceridad, como aliados de un misterio, con esa alegría ligera que se comparte cuando se está del todo a gusto.

La madrugada se colaba en los relojes y el cansancio se dibujaba en sus cuerpos. Fueron a la cama. Violeta apoyó la cabeza en el pecho de Ander mientras él acariciaba lentamente su espalda. El silencio reinaba, roto solo por la respiración calmada de ambos.

Ander dudó, pero sentía que necesitaba expresar algo que le ardía en su conciencia.

—No quiero que pienses que soy un santo —dijo de repente, rompiendo la quietud con una voz ronca, cargada de verdad—. Porque no lo soy. No siempre he sido un buen hombre. He hecho daño. He tomado decisiones que no... que no me enorgullecen.

Violeta levantó apenas el rostro y lo miró con una ternura que lo desarmó más que cualquier reproche.

—Todos hemos hecho cosas de las que no estamos orgullosos —respondió con suavidad—. Y el bien y el mal... son relativos y muy subjetivos, Ander. ¿Acaso has matado a alguien?

Él rio entre dientes, un sonido breve, cansado.

—No, claro que no. Pero he hecho sufrir. Y hasta hace poco temía terminar en un lío serio..., incluso tras las rejas, por un problema de trabajo.

Ella arrugó los labios, como quien escucha algo desagradable, pero enseguida apoyó de nuevo la cabeza en su pecho.

—Yo tampoco soy perfecta, aunque a veces lo parezca —bromeó

con un susurro divertido—. Percibo el mundo de un modo... diferente, digamos. Y no siempre es fácil para los demás entenderlo. Entenderme.

Él le levantó la barbilla con un gesto suave.

—Quizá por eso me atraes tanto. Porque no eres como nadie.

Ella sonrió, íntima, con esa sonrisa pequeña que no enseñaba a cualquiera.

—No quiero que mi pasado te asuste, Violeta —prosiguió Ander, con una seriedad que lo delataba—. Tengo mi mochila, y no es ligera. He sido un hombre distinto, uno que ya no me representa. Engaños, excesos, vidas a medias... Un Ander lejano pero real. No quiero que lo descubras y salgas corriendo.

Violeta lo escuchó sin miedo y le respondió con claridad, con dulzura y firmeza a la vez:

—Hagamos una cosa. Vamos a querernos desde cero. Que nos dé igual el pasado, y también el futuro. Solo ahora. Solo hoy. Desde cero.

Ander se quedó sin palabras. «A querernos». Esa frase resonó en lo más profundo de su alma. Y supo, con una certeza que lo estremeció, que aquella mujer distinta, dulce, inesperada... lo quería. Y él a ella. Aunque aún no era consciente de cuánto.

—Me gusta tu propuesta. Querernos desde cero —respondió él, con una sonrisa sincera que ni él mismo esperaba, sellando la frase con un beso dulce en los suaves labios de su chica. Porque sí, ella era su chica. Al menos en ese instante sagrado en el que solo existían su amor, la isla y ellos dos.

Violeta, espontánea, transparente, real, tenía la capacidad de desmontar su coraza. Él, tan acostumbrado a mantener el control de cada situación, de cada relación. Tan hecho al juego de la seducción y a saberse seguido en él... encontraba en Violeta algo que lo dejaba

sin armas: su naturalidad, su ausencia de dobleces, su sinceridad.

Con ella reía de verdad, como cuando de niño, como cuando lo único importante era el instante presente. Con ella no temía dejar de ser el hombre perfecto que solía mostrar al mundo. Podía romperse, despeinarse, hablar de pasiones que arrastraba desde joven y que en otros contextos habrían sonado inverosímiles o inmaduras: su afición por tocar el bajo, la existencia de vida en otros planetas, los agujeros negros, la teletransportación de cuerpos sólidos. Nunca se sintió ridículo ni juzgado. Al contrario, Violeta lo sorprendía cada vez con la cantidad de datos curiosos e inesperados que almacenaba en su cabeza.

Ambos coincidían, además, en sus amplios conocimientos cinematográficos. Hablar de cine de los noventa, de directores olvidados o de películas efímeras se volvió uno de sus pasatiempos favoritos.

Beautiful Girls, ¿quién conoce esa película de 1996? Ellos. Ambos. Coincidieron en que fue maravillosa, aunque discreparon en a quién atribuirle el mejor papel: él a Matt Dillon, ella al pianista interpretado por Timothy Hutton.

Así transcurrían las tardes. Largas charlas entre caricias, vino y miradas. Una pareja que, sin proponérselo, había encontrado en el otro un lugar seguro donde simplemente ser. Sin condiciones. Sin posturas. Sin *masking*. Solo ser.

TERCERA PARTE

Capítulo 20

Aquel primer fin de semana de agosto llegaron Víctor y Ane. Ander insistió en que Violeta se quedara a compartir con ellos, pero ella se negó con una sonrisa suave. No era su momento, pensó, era el de Ander con sus amigos. Hablarían de trabajo, de cosas suyas, y ella se sentiría una intrusa. Además, necesitaba escribir. La novela avanzaba bien, pero requería horas, y el plazo de entrega se acercaba al mismo ritmo que el verano se consumía.

Víctor y Ane desembarcaron en el puerto de La Sabina a media mañana, cansados del viaje, pero radiantes al ver a su querido Ander. Lo abrazaron con todo el cariño de los años compartidos y bromearon sobre lo moreno que estaba y lo feliz que parecía.

—Joder, tío, pues sí que te busqué una buena casa —rio Víctor.

—Maravillosa, ya te lo dije. Esto es un sueño de lugar.

—Ya veo, ya...

—¿Qué hacemos? ¿Comemos fuera o pedimos algo?

—No sé, a ver qué dice Ane cuando cuelgue.

Víctor lo miró con media sonrisa, afilada.

—Venga, ¿me lo vas a contar o no?

—¿El qué?

—La chaqueta de mujer en el perchero de la entrada.

Ander resopló.

—No es lo que piensas.

—Anda ya, a estas alturas, ¿vas a guardarme secretos?

—Te digo que no es lo que piensas, Víctor.

—Con esta casa, lo bueno que estás y el verano por delante... No quiero ni imaginar la lista: isleñas, italianas, rusas... Todas rendidas a tus pies.

—Se llama Violeta.

El nombre flotó en el aire como una confesión. Víctor lo miró fijamente y, en ese instante, lo supo: su amigo estaba metido hasta el cuello.

—No me jodas, Ander —sacudió la cabeza, divertido—. Te has complicado la vida. Ya sabes, lo que llaman enamorarse.

—Me estoy volviendo loco —murmuró Ander, apoyando las manos en la encimera de la cocina y bajando la mirada.

—¿De dónde es?

—De Barcelona. Escritora, profesora. Está aquí para escribir un libro.

—¿Y...?

—Y nada. Nos estamos conociendo.

Víctor soltó una carcajada.

—¡Anda y una mierda! Conocerte te conozco yo a ti, y esos ojos de cordero degollado no te los había visto en la vida. ¡Por favor! Que llamen a un cura, mi amigo está poseído por un panoli. ¡Exorcismo ya!

—¿Qué son esos gritos? —preguntó Ane, que acababa de colgar el teléfono.

—Nada, cariño —respondió Víctor con una sonrisa rápida—. Dime, ¿salimos a comer o pedimos algo?

Era un bromista, pero ante todo un amigo leal. Si Ander quería compartir algo con Ane, lo haría él mismo.

—Salgamos a comer —decidió ella—. Estoy muerta de hambre. Y mañana, sin falta, a navegar. No te vas a librar de nosotros, Ander.

Los tres rieron, recogieron bolsos y carteras, y, en el nuevo Mini que la agencia de alquiler le había proporcionado tras el temporal, se dirigieron hasta Sant Francesc. Allí pasaron la tarde entre tapas, cafés y helados, poniéndose al día hasta que la noche los alcanzó.

Para alivio de los tres, el litigio en ciernes —según les confirmó un funcionario de sala— pasaría en breve a sobreseimiento. Ya era agosto y, al no tratarse de un asunto urgente, quedaría pospuesto hasta septiembre. Podían dar por concluido el caso, al menos en lo que a ellos respectaba. El tercer implicado —ahora presuntamente culpable, según se demostró en la fase de instrucción— tendría su propio juicio.

—Brindemos por ello —dijo Ane, alzando una copa de cava catalán.

—¡Brindemos! —respondieron al unísono.

El tema aún escocía. Dolía en un lugar tan profundo que, aun conociendo el buen desenlace, no resultaba agradable hablar de ello. Tantas noches en vela, tanto dolor de cabeza y tanto miedo habían dejado huella en sus cuerpos y en sus mentes. Ander pagó con un infarto. Y Víctor, que se quedó al frente de todo cuando mandó a su amigo a descansar, aún sufría ataques de ansiedad en silencio, conocidos solo por Ane.

Por suerte, todo había terminado bien: la empresa remontaba y los proyectos regresaban junto con la confianza de unos clientes que habían estado a punto de perder.

Capítulo 21

Violeta y Rosa pasaron la tarde en Ibiza. La pintora necesitaba reponer material para sus encuentros del círculo de mujeres y propuso a su vecina acompañarla en el ferry. Llevarían su coche, así podrían moverse mejor por allí. A Violeta le pareció un plan perfecto: un paseo juntas, una tarde de chicas.

Caminaron sin prisa por las calles adoquinadas del Dalt Vila, donde la historia de la isla parecía susurrar en cada esquina. Entre puestos de artesanía y tiendas pequeñas llenas de colores y aromas, Rosa se detenía a examinar con ojo experto los pinceles, los pigmentos, los lienzos. Violeta, en cambio, se dejaba conquistar por lo sencillo: una lámpara de cristal azul, un collar de cuentas irregulares, el olor a pan recién hecho escapando de una tahona.

El tiempo se volvió ligero, como si ambas hubiesen encontrado en aquella tarde un paréntesis íntimo, una complicidad inesperada.

—Tienes buen ojo, niña —decía Rosa cada vez que Violeta elegía un color o sugería una combinación—. A veces siento que me recuerdas a mí cuando era como tú.

La tarde se deslizó entre charlas, risas, helados que se derretían demasiado rápido y confidencias que surgían sin esfuerzo. Para Violeta, acompañar a Rosa era como caminar con una brújula prestada, alguien que había transitado antes por caminos de amor,

pérdida y dolor.

—¿Y si vemos la puesta de sol en el Café del Mar antes de volver? Es un clásico, ya lo sé, pero a veces lo turístico también guarda magia —propuso Rosa.

—Me parece una idea preciosa —respondió Violeta, contagiada por el entusiasmo de su vecina.

Dejaron las bolsas en el coche y anduvieron desde el centro de Sant Antoni hasta el famoso café. Se acomodaron en la playa, entre los cientos de turistas que aguardaban la caída del sol al ritmo del *chill out* más puro ibicenco, y pidieron unas cervezas bien frías.

Violeta contempló el horizonte y sintió que aquel verano le estaba regalando más de lo que jamás hubiese pedido. Sintió gratitud, ese sentimiento antiguo que la acompañaba desde niña, una buena costumbre que, sin saber de dónde venía, practicaba desde su infancia. Dar las gracias, a la vida, por estar en ella.

—¿Has hecho alguna vez el muerto en Cala Saona? —preguntó Rosa, con la mirada perdida en el horizonte.

Violeta sonrió, sorprendida por la pregunta.

—No, la verdad es que no.

—Es uno de los primeros grandes recuerdos que tengo de mi llegada —prosiguió Rosa con el corazón en algún lugar lejano en el tiempo y los ojos puestos en el mar—. Aún no era verano, muy poca gente ocupaba las playas, estaba prácticamente sola en Cala Saona, ¿te lo imaginas? Un paraíso solo para mí. Me despojé de la ropa, como está mandado, y desnuda me entregué al mar, en un baile entre su espuma, mi cuerpo y el agua. Entonces me dejé llevar haciendo el muerto, no sé cuánto rato estuve así, con los ojos medio cerrados, flotando. Sentí que el mar se llevaba todo lo malo que había en mí, todos mis miedos, mis pesares, mis penas, Violeta. — Se volvió, la miró a los ojos—. Supe que este lugar era el mío, que

había llegado aquí para hacer algo, para ayudar quizá a otras mujeres a liberarse de su dolor. En esa playa, aquella tarde.

—Estas islas tienen algo mágico, ¿verdad? —dijo Violeta, serena.

—Así es, mi niña. Y, si logras conectar con esa magia, es porque tú también tienes un poco de ella.

—¿Crees que terminaré la novela, Rosa? ¿Seré capaz?

—Claro que sí, reina. Estás trabajando con el corazón, y eso siempre se refleja. Además —dijo en tono divertido y cómplice—, ese guapetón con el que sales, al menos, te estará dando inspiración.

Violeta rio a carcajadas.

—Ay, Rosa, qué cosas dices...

—Escribirás tu novela. Y será un éxito, porque en ella estás dejando tu esencia. Y, cuando uno ama lo que hace, ese amor siempre regresa multiplicado.

El sol desapareció entre aplausos espontáneos del público y ambas sonrieron como niñas. Luego, conversando y sin prisa, tomaron el coche y volvieron hasta el puerto para embarcar. El ferry de regreso a Formentera esperaba con la promesa de una noche serena, sin extremo calor, mientras el eco lejano de la música y el mar aún vibraba en sus cuerpos.

Capítulo 22

La mañana amaneció clara, limpia, con un cielo que parecía recién pintado. El calor todavía no apretaba cuando Ander, Víctor y Ane llegaron al puerto. El olor a sal, el rumor de las amarras tensándose contra los mástiles y el canto lejano de las gaviotas los envolvieron de inmediato.

Víctor, siempre entusiasta, fue el primero en dar un salto al barco, como un niño estrenando juguete.

—¿Habéis visto esto? ¡Es una maravilla! —exclamó, recorriendo la cubierta con los ojos brillantes.

Ane sonrió, contagiada por su energía, mientras Ander, más contenido, se aseguraba de que todo estuviera en orden: el combustible, el velamen, la nevera llena de agua fría y fruta.

Zarparon despacio, dejando atrás el muelle que se iba difuminando con cada ola. El viento hinchó las velas y, como si el mar la esperase, la embarcación se deslizó ligera, majestuosa. Ane, con las manos en la barandilla, cerró los ojos y respiró hondo.

—Esto es vida —susurró.

El agua, de un azul tan transparente que parecía inventado, dejaba ver el fondo con sus praderas de posidonia, ondulando suaves como cabelleras verdes y granates. Víctor se animó a lanzarse primero, chapoteando como un chaval, mientras Ander lo

observaba con media sonrisa.

—Hay cosas que nunca cambian —comentó y Ane se rio al verlo nadar alrededor del barco haciendo el tontorrón.

Cuando el sol comenzó a calentar con más fuerza, los tres se refugiaron bajo la sombra de la vela mayor. Sacaron queso, pan, aceitunas y vino fresco. El mar, al fondo, parecía no tener final.

La conversación fluyó sin prisa entre recuerdos de juventud, anécdotas de trabajo, confesiones. Ander hablaba menos, escuchaba más, pero en silencio se reconocía feliz. Aquella mezcla de risas, confidencias y el rumor constante de las olas componía un instante que no quería soltar.

A media tarde, el viento cambió y el barco se inclinó suavemente. Ane, con un grito emocionado, se aferró a la cuerda mientras Víctor la miraba fascinado, como si la descubriera de nuevo. Ander, al timón, se permitió una carcajada limpia, casi juvenil. Lo pasaron en grande.

El sol comenzó a descender, tiñendo el mar de tonos dorados. Regresaron despacio hacia el puerto, exhaustos y plenos, con la piel salada y los cabellos despeinados por el viento.

Esa noche, ya en la casa, Víctor lo observó de reojo mientras Ander respondía distraído a un mensaje en el móvil. La expresión en su rostro, esa media sonrisa boba, lo delató.

—¿Se puede saber quién es la culpable de esa cara? —bromeó y Ane arqueó las cejas con complicidad.

—No es nada —replicó él, sin levantar la vista del teléfono.

—Anda ya, no me mientas, hermano. Que te conozco demasiado.

Insistieron tanto que, al final, lo convencieron para invitar a Violeta a la cena de despedida.

Ander aceptó, aunque en el fondo sabía que no lo hacía solo por complacer a sus amigos, sino porque, desde que ella había llegado a

su vida, todo parecía tener un sentido distinto. Y esa noche, cuando los cuatro se sentaron a la mesa, con el vino sirviéndose generoso y las velas iluminando la estancia, él tuvo la certeza de que estaba viviendo lo más parecido a la felicidad que jamás había sentido. Amigos, Violeta, risas.

Y, al mismo tiempo, supo también que aquel instante sería efímero, como todo verano.

La tercera y última noche en Formentera con Víctor y Ane llegó demasiado rápido. La casa estaba en calma cuando Violeta apareció, sencilla y radiante en un vestido blanco que parecía hecho para aquella isla. Llevaba el pelo ligeramente revuelto por la brisa, y los pendientes que Ander le regaló la noche en que se besaron por primera vez. Hacía un mundo entero de aquello, para ambos.

Ane la recibió con un abrazo cálido, natural, como si fueran viejas amigas. Víctor, con su humor de siempre, le ofreció una copa de vino y un cumplido exagerado que hizo reír a todos.

La mesa estaba preparada en la terraza, bajo un cielo repleto de estrellas. Velas en frascos de cristal, platos sencillos. Pan de *pagès*, pescado al horno, ensaladas con tomates dulces de la isla y aceite. El sonido del mar llegaba amortiguado, un murmullo constante que parecía mecer la velada.

Conversaron de todo. De viajes, de libros, de música, de los veranos de la juventud. Víctor hacía reír con sus anécdotas. Ane contaba historias de su infancia, de Elorrio y de su amistad con la madre de Ander con un entusiasmo contagioso. Violeta escuchaba y añadía comentarios agudos, cargados de esa sensibilidad suya que sorprendía y atrapaba. Se sentía cómoda, en familia, serena e integrada en aquel trio de amigos que la acogieron con tanto amor.

Ander los observaba, copa en mano, casi sin hablar. Los veía reír, escuchaba sus voces mezcladas con el chisporroteo de las velas y el

rumor del viento, y sentía un nudo en el pecho. Ese instante —los tres amigos de siempre, más ella, encajando como si hubiera pertenecido desde el principio— era lo más parecido a un hogar que había sentido en mucho tiempo.

Violeta, con la mejilla iluminada por la llama temblorosa, se giró hacia él y le sonrió. Una sonrisa sencilla, íntima, como si lo eligiera en medio de todos. Él bajó la vista, conmovido.

Más tarde, entre brindis y risas, Víctor levantó la copa:

—Por este verano y porque, aunque todo pase, queden los recuerdos.

Las copas tintinearón al chocar y durante unos segundos nadie habló. Solo miraron el cielo inmenso sobre ellos, sintiéndose diminutos y a la vez infinitos.

Ander supo entonces que aquel momento estaba destinado a convertirse en memoria. Una memoria luminosa y dolorosa a la vez, porque la felicidad más pura siempre trae consigo la certeza de su fugacidad.

Esa noche, mientras recogían los platos entre carcajadas y pasos lentos, él grabó en su alma cada detalle: la voz de Víctor, la risa de Ane, la mirada de Violeta. El olor a sal, el vino derramado, las velas que se apagaban una a una.

Y pensó que, si la vida consistía en acumular instantes como ese, quizá valía la pena haber esperado tanto para llegar hasta allí.

Capítulo 23

Se despidieron en el ya familiar puerto de La Sabina con cariño sincero y la esperanza de volver a verse los cuatro pronto. La visita de Ane y Víctor había sido, para todos, unos días maravillosos.

Ander rodeó por la cintura a Violeta y ella, devolviéndole el gesto con una sonrisa, lo besó espontáneamente en la punta de la nariz.

—¿Qué quieres hacer hoy? —preguntó él con su voz ronca, tenue, tremendamente sexy, mirándola como si no existiera nada más en la tierra.

—Pensaba proponerte playa, pero hace frío... ¿Te apetece pasear por aquí?

—Contigo me apetece todo.

Ambos sonrieron y sostuvieron una mirada suspendida en el aire, una mirada en la que cupo el mundo.

—A tu propuesta —dijo él, rompiendo el silencio—, yo añadiría pedir algo de comida de camino a casa y pasar la tarde..., no sé..., escuchando música y... lo que surja. Por ejemplo —susurró con un sesgo sensual mientras rozaba con un beso su hombro.

—Me gusta la idea —respondió sonriendo.

Se dieron la mano. Un gesto sencillo, familiar, al que Ander no estaba acostumbrado. No solía ir cogido de la mano de nadie. Sus relaciones «serias» nunca habían superado la tercera cita. Las otras,

las esporádicas, pactadas y con las cartas bien puestas sobre la mesa, no incluían paseos ni muestras de afecto. Aquella novedad tan simple volvía a doblegarlo, a hacerlo sentir que su vida realmente había dado un giro. Y eso, lejos de asustarlo, le gustaba. Mucho.

Pasearon toda la mañana entre los puestecitos del puerto. Compraron regalos pensando en amigos y en el regreso a casa, pero no hablaron de lo que, en cualquier momento, deberían enfrentar: qué sería de ellos cuando Madrid y Barcelona reclamaran de nuevo sus vidas.

Más tarde, a pesar de advertir entre risas que sus oídos terminarían sangrando, Ander aceptó que sonara la *playlist* de Violeta.

—Pero solo un rato, ¿eh? Soy un hombre con criterio, tengo una reputación que mantener.

—Tranquilo, aquí no te conoce nadie. Tu secreto está a salvo.

—¿Qué secreto?

—La verdad, Ander, que te gusta esta música. Un poco. Se te nota. Veo en tu cara que la estás disfrutando.

—Cierto, confieso..., me gusta esta tal... ¿Cómo se llama esta señora?

—Kika Edgar.

—Eso. Me gusta esta tal Kika Edgar y su entretenidísimo repertorio de boleros —dijo poniendo los ojos en blanco—, con el que mi novia me lleva torturando toda la tarde.

—¿Tu novia? —Violeta arqueó las cejas—. ¿Somos novios? Como en el bolero... ¿Mantenemos un cariño limpio y puro? —rio ella divertida.

—Pues sí —replicó él, de pronto serio—. Somos novios. O lo más parecido a ser novios que he tenido en mi vida. ¿Te gusta la idea? —le susurró flojito, seductor, rozando sus labios.

—Me gusta la idea —respondió ella, despacio, mordiéndole suavemente la boca.

Empezó otro bolero. *Sabor a mí*, uno de los favoritos de la romántica Violeta. Y se fundieron en un beso que acabó, inevitable, entre las sábanas del dormitorio.

Los días tras la partida de los amigos de Ander transcurrieron sin novedades, envueltos en la calma y la paz a la que se habían acostumbrado aquellos dos meses.

Mañanas de playa, tardes de paseos, amor y besos con sabor a salitre. Conversaciones hasta la madrugada, entre caricias llenas de verdad.

Violeta seguía ayudando a Rosa en sus sesiones del círculo de mujeres. Aquello no era solo compañía, también la inspiraba, la nutría, encendía dentro de ella una fuente de ideas que volcaba con pasión en su novela, ya muy avanzada.

Ander, mientras tanto, acudía cada cierto tiempo al centro de salud de la isla. Con cada revisión se sentía más fuerte, como si su cuerpo hubiera decidido regalarle una segunda oportunidad. Tenía energía, planes, ganas. Gratitud. Y, a ratos, colaboraba *online* en los nuevos proyectos que comenzaban a entrar en la empresa a medida que los equipos regresaban de vacaciones.

Era un jueves de la segunda quincena de agosto cuando sonó su móvil. Era Víctor.

Su voz sonaba urgente. Necesitaba que Ander volviera ya a Tesemer. Un cliente de peso exigía una entrega antes de lo previsto. Tras todo lo vivido los meses pasados, no podían arriesgarse a perderlo. Para sacarlo adelante con garantías, Víctor necesitaba a su mano derecha. Rogó, casi imploró, que recogiera sus cosas y

regresara a la capital cuanto antes.

Ander se quedó callado. Alzó la vista. Violeta estaba en el sofá, leyendo. Como si adivinara la mirada, levantó la cabeza del libro y le regaló una sonrisa, ajena a lo que estaba a punto de ocurrir.

—De acuerdo, Víctor —respondió al teléfono—. Por supuesto, cuenta conmigo. Mañana mismo estaré ahí.

—Sabía que no me fallarías. Tienes los billetes en el correo. Por la casa y el coche no te preocupes, ya está todo organizado. Te espero, Ander.

Colgó despacio, dejó el móvil sobre la mesa y apretó los puños. En lo que le pareció una eternidad, recorrió los pasos hasta Violeta, sabiendo que, después de aquella conversación, nada sería igual.

Había huido siempre de cualquier compromiso que no fuera consigo mismo, pero con Violeta todo resultaba tan distinto. Aun así, la duda lo mordía. ¿Y si aquel amor era solo por la isla? ¿Por el escenario perfecto? ¿Y si solo era un espejismo de verano? ¿Tendría ella cabida en su vida real, en Madrid, entre su apartamento de soltero, sus entradas y salidas, su libertad?

La llamada lo había sacudido porque, al imaginarse de nuevo en su oficina, en su selva, en su verdadero hábitat, sintió el vértigo de desearlo. Volver a ser esa versión poderosa de sí mismo lo atraía, lo anhelaba.

Miró de nuevo a Violeta. ¿Cómo encajaría ella en todo eso? Su cabeza corría demasiado deprisa. Tendrían que hablarlo. Resolverlo de raíz. Como siempre había hecho.

Se sentó a su lado. Ella dejó el libro en la mesita y lo miró, inquieta.

—Ander, ¿qué pasa? Me estás asustando.

—Era Víctor. Tengo que volver a Madrid.

—Ya, y yo a Barcelona... Ya lo sabíamos —respondió con un tono

suave, condescendiente.

—Mañana.

—¿Cómo?

Él asintió.

—Mañana mismo. El avión sale temprano.

Violeta se levantó, negando con la cabeza, como si la idea no encontrara sitio en su cuerpo.

—¿Mañana?

—Sí. Me necesitan, y no puedo decir que no.

Se quedó callada. No se atrevió a preguntar «¿y nosotros?». Fue como si un jarro de agua helada le atravesara el alma. Comprendió de golpe que aquello acababa. Que el sueño de una noche de verano daba paso a un otoño prematuro para el que aún no estaba preparada. Lo miró con los ojos vidriosos y, aun así, sonrió débilmente.

—Lo entiendo. Debes volver. Claro.

—Violeta, esto no acaba aquí.

Ella negó con la cabeza, con una mueca triste.

—No seamos ingenuos, Ander. Ambos sabemos que sí.

Volvió a sentarse y, esta vez, las lágrimas corrieron sin disfraz.

Él la tomó de las manos.

—Vivimos a poco más de tres horas en tren. Tú tienes muchas vacaciones. Podremos vernos, mucho.

Ella lo acarició en la mejilla, con ternura infinita.

—Sí, por supuesto —susurró, aunque por dentro sabía la verdad. Aquel amor ardiente, aquella magia, acabaría con su marcha. Sabía que él retomaría su vida y que sería sin ella. Pero también sabía algo más: ese hombre quedaría tatuado como el amor de su vida. Porque hay amores que puede que no sigan a tu lado, pero viven para siempre en tu corazón.

Lo ayudó a hacer la maleta. Recorrieron juntos cada rincón, guardando objetos, doblando ropa, recogiendo lo que ya se sentía como toda una vida suya, solo suya, de los dos. Después hicieron el amor con la pasión y la ternura de una última vez.

Él le susurró que lo suyo no terminaba allí, que se verían, que su historia no era una más. Ella lo besaba, fingiendo creerlo, callada.

Fue una noche larga, en vela. Oscura y triste, pero también preciosa. Porque hay vivencias que te calan tan hondo que su recuerdo basta para poder vivir nutriéndote de él el resto de tu vida.

Ella lo acompañó hasta el puerto al amanecer, se fundieron en un abrazo eterno. Con lágrimas en los ojos, él le prometió llamarla en cuanto pisara tierra y buscar un hueco para verse. Pronto.

Violeta respiró hondo y cerró los ojos un instante. Lo vio subir al barco, con la maleta en una mano y su corazón en la otra. Vestía vaqueros, la camisa azul arremangada, el cabello alborotado y aquellos ojos oscuros, tan profundos, que tantas veces la habían mirado. «En esos ojos he doblado mi apuesta^[1] —pensó Violeta—. Sé que voy a perder la partida, pero la jugaría una y mil veces».

Capítulo 24

Ander llegó a Madrid. A su casa, a su vida, a su —sin ser consciente— ansiada libertad. Puso un pie en el apartamento y respiró hondo, como si regresara a su reino. Exhaló con los ojos cerrados, con la maleta aun a sus pies, y lo supo. Lo sintió en su entraña. Seguía siendo el rey.

No escribió a Violeta de inmediato, aunque lo había prometido. Esperó a que cayera la noche y entonces la llamó. Fue una llamada dulce, sincera pero breve. Se excusó en el cansancio acumulado del viaje y en el bochorno de Madrid. No mentía —estaba exhausto—, pero, sobre todo, no se reconocía en aquel gesto: llamando casi por compromiso a una mujer desde la soledad de su apartamento.

Visto desde el prisma del regreso, algo fallaba en la secuencia dificultando encajar la continuidad y promesa surgida en la ahora tan lejana isla. Su casa, su ciudad lo devolvían a un Ander desdibujado que, día a día, tomaba fuerza y, en su algoritmo cotidiano, sentía que no cabía una novia, un compromiso, una liviana pero real responsabilidad.

Las siguientes noches también la llamó. Pero las llamadas y los mensajes, predeciblemente —aunque con una celeridad más cruel de lo esperado—, fueron espaciándose, diluyéndose, hasta casi desaparecer.

Aquel brusco y sombrío giro fue apagando al romántico hombre que emergió bajo el sol. Él aún no lo sabía, pero aquella actitud no era más que una robusta coraza, un escudo que lo protegía de abrirse a permitirse ser el hombre que ahora sí era. Por más que su ego, su inmadurez y su testarudez pretendieran ocultarlo.

Decidió mantener el contacto con Violeta, pero con distancia y espacios más largos. Quería resguardar esa identidad que había recuperado al llegar a la capital. Como si se enfundara de nuevo en un traje hecho a su medida —ese que por momentos había olvidado—, su territorio lo devolvió en un instante al lobo que siempre había dormido dentro.

El furioso tren al que con aquella facilidad se subió Ander al pisar Madrid arrancaba sin frenos sumergiéndolo de nuevo en los túneles de una vida que no había dejado atrás. Preso de un aumento de dopamina y adrenalina que en la calma de Formentera no necesitó, se sintió vivo, fuerte, motivado al verse de nuevo útil en su hábitat. El velo oscuro del poder, del saberse importante, le cubrió la cara, y él, iluso al creer que recuperaba su control y dominio, se dejó cegar.

Violeta, en cambio, se encerró. Como buena lectora, supo descifrar entre las líneas de las breves conversaciones con Ander que él ya habitaba otro lugar, uno en el que ella no tenía cabida. Aún le quedaban dos semanas para regresar a Barcelona y en este tiempo vislumbró con claridad la nueva verdad que se le vino encima como un predecible tsunami desde más allá de la otra orilla del Mediterráneo. Quiso aislarse del mundo y refugiarse en sí misma y en su escritura, sus dos lugares seguros, donde nada podía hierla con la crudeza de la realidad.

Rosa le dio espacio, aunque insistía en aparecer con fruta fresca o invitándola a comer. Violeta no estaba para nadie. Había entrado en un estado de recogimiento en el que no cabían charlas ni llamadas.

Solo ella, buscando recomponer un equilibrio roto con la partida prematura y estéril de Ander. No perdía la esperanza por completo, pero se le astillaba por momentos.

Sentía que algo muy suyo, demasiado íntimo, se había quebrado. El pecho le ardía y en su corazón se había abierto una grieta con el nombre de él. Lo gritó en silencio, con rabia y dolor. El amor de su vida se escurría de entre sus manos. El hombre al que había amado con toda la profundidad de su ser, como nunca, como a nadie, ya no estaba. Y no estaría. Lo había perdido. Lo aceptaba..., pero no aceptaba el amargo dolor que la consumía por dentro.

Intuyó desde que el barco zarpó en el puerto que no volvería a verlo, que él regresaría a su vida sin ella y que ella debería continuar la suya sin él. Era la crónica de una muerte anunciada, el final del verano, la partida del marinero que regresa a su puerto. Las escuálidas llamadas y mensajes telegráficos de los días posteriores confirmaron su sospecha, su temor: Ander volvía a Madrid dejando atrás Formentera. Y lo entendía, se esforzó por comprenderlo. Respetarlo y seguir.

La vida la obligaba a continuar como si nada, como si todo el amor profesado y las cargas repartidas fueran un vago recuerdo de un verano efímero que pretendía condensarse en un otoño frío. Se sentía en mitad de un universo que seguía girando a pesar de su dolor, de su corazón roto, y ella solo quería volver a ese tiempo en el que él era sus mañanas y las noches olían a su pelo.

Encendió su portátil. Y como siempre había hecho, desde niña, recurrió a su madriguera: escribir. Convertir el dolor en palabras, para apaciguarlo.

Releyó la novela y borró páginas enteras. Reconstruyó la historia desde ese lugar en el que estaba agazapada su alma. Desde ese ardor en el pecho que como un oleaje la situaba por momentos en

un abismo emocional desconocido hasta la fecha. Tomó una decisión: si no podía tenerlo, lo escribiría. Crearía un personaje que fuera él, con otro nombre, otro aspecto, otro lugar..., pero seguiría siendo Ander. Ander y ella, atrapados en una ficción, en un multiverso donde podrían seguir existiendo, amándose en silencio para siempre.

Madrid lo devoró con una rapidez ofensiva. El Paseo de la Castellana desde la ventana del salón, el rumor constante de los coches, el vibrar del asfalto bajo la ciudad. En la mesa de mármol de la cocina, esperaban papeles, informes, llamadas que lo reclamaban con la prisa de un amante despechado.

Como era de esperar, su querida Josefa le tenía la casa impoluta y la nevera llena.

El regreso a la oficina el día siguiente de su llegada fue casi triunfal. Aplausos respetuosos, sonrisas cómplices, la admiración sincera de su gente. Ander volvía más fuerte, más centrado, con la piel morena del verano y el aire relajado que todos querían imitar. El ego engrandecía sin apenas proponérselo: comentarios en los pasillos, mensajes en su móvil, invitaciones a cenas improvisadas, fotografías sugerentes de mujeres que celebraban su regreso como si fuese un evento social. Y, poco a poco, cedió. Extrañaba a Violeta, su sonrisa, su voz, su paz. Pero volver a un ruedo donde toreaba como maestro le hacía sentirse muy bien, tanto que reunió la fuerza suficiente como para aceptar que en su vida, efectivamente, no había cabida para una pareja estable y se obligó a relegar el recuerdo de aquel amor a un rincón de su corazón al que no se permitiría acceder.

Seguían sabiendo el uno del otro, aunque fuera muy de vez en cuando. Al menos durante un primer tiempo.

Un puente a principios de octubre trajo consigo la oportunidad de

verse. Billetes comprados, la ilusión intacta y las ganas en la piel devoraban a una Violeta que no podía dejar de imaginar el momento de abrazarlo de nuevo. Horas antes de la llegada del tren de Atocha a Sants, mientras decidía qué ponerse para ir a buscarlo a la estación, sonó el teléfono.

—Violeta, lo siento. No puedo ir.

—¿Cómo? ¿Pero por qué? ¿Qué ha pasado?

—Me han pedido que viaje a Valencia hoy mismo. Un cliente importante tiene un problema con un proyecto y quiere que lo resolvamos en una cena. Tengo que estar allí, ver qué ocurre y dar una solución urgente. Lo siento, de verdad. La próxima semana haré lo posible por ir, lo prometo.

Se hizo un silencio.

—Tranquilo, lo entiendo. Suerte en Valencia —acertó únicamente a responder ella antes de colgar.

No fue la última intentona de verse pospuesta. Trabajo, compromisos, excusas. Y, sin necesidad de palabras, ambos comprendieron que debían seguir cada uno su camino, sin esperar nada del otro. Era lo más sensato, lo más saludable. Sin dramas, sin reproches, como si aquel verano hubiera sido un paréntesis al que no podían regresar. Amparándose en el realismo que imponía una vida ya lejana, aceptaron en silencio que aquello había terminado, como termina el calor con la llegada del frío.

Capítulo 25

El otoño cubría Madrid. Los días se hacían más cortos, el tráfico más denso, los bares más llenos. Ander volvió a las citas esporádicas, al sexo sin compromiso, a encuentros que ardían rápido y dejaban cenizas al amanecer. La figura de Violeta —con su ternura y su calma— empezó a rezagarse en un rincón de su memoria, como un eco dulce que prefería no escuchar.

En Barcelona, el retorno de septiembre acogió a Violeta con la familiaridad de siempre. El instituto volvía con sus alumnos, carreras por los pasillos, el olor a tiza y libros nuevos. Los estudiantes la recibieron con anécdotas veraniegas y preguntas curiosas. Sus compañeros de claustro con café compartido y bromas sobre las vacaciones. Volvía la rutina, la vida en orden, el saber qué pasará mañana que tanto le agradaba y aportaba paz.

En su interior guardaba intacto lo vivido aquel verano. No quiso compartirlo. Era suyo, y no había tampoco con quién. Lola ya no estaba y el resto eran compañeros con los que reía, hablaba de trabajo y poco más. Rosa le escribía de tanto en tanto. Aún no lo sabían, pero ambas conservarían la amistad hasta el fin de los días de Rosa.

Trabajar le devolvió estructura, calma, refugio. Sin embargo, en las noches sin luna, aún soñaba con él. Optó por dibujar una sonrisa

a su duelo, por ponerse una máscara ante el mundo. Como desde niña, como desde siempre, había aprendido a hacer.

La escritura, su salvación. Aún en Formentera, la noche antes de volver, había enviado a su editorial el manuscrito terminado, con un simple *Fin* al final del documento.

Carmen, su editora, la felicitó al poco de recibirlo. Primero por acabar a tiempo, y después y, sobre todo, porque ahora sí la novela era incluso mejor de lo esperado. Carmen, muy satisfecha con el trabajo realizado, le auguró éxito y alabó la historia, la trama y la profundidad de los protagonistas. El libro estaría listo en breve, apenas unos retoques y saldría a la venta en digital y papel.

A finales de otoño, Carmen llamó de nuevo. Aquella llamada trajo tanto de bueno: el libro era un éxito, tal y como ella había dicho. Ya iban por la tercera edición, en tiempo récord, y las redes lo recomendaban como un gran libro para las próximas Navidades. La editorial, satisfecha con las ventas y con la autora, le ofrecía algo muy ambicioso: cambiar de sello dentro de la misma compañía, pasar a uno más notorio, de mayor renombre y con un contrato de los que comprometen años de trabajo y dan la oportunidad de vivir de sus libros.

Violeta escuchó la propuesta con el corazón acelerado. Por supuesto aceptó, aunque aquello supondría valorar una excedencia, ya que necesitaría tiempo para promocionar la novela y, sobre todo, mucho tiempo para poder escribir. «Una excedencia —se dijo en un susurro—, como Lola». Y sonrió negando con la cabeza, como si el destino, con aquel símil, le guiñara un ojo.

Le invadió el miedo a no ser capaz de crear algo tan bueno como su actual obra a sabiendas de que esta era fruto de un dolor y un amor muy grande. Pero, lejos de preocuparse por eso, cayó en la cuenta de que, por fin tras meses, se sentía feliz e ilusionada de

nuevo. Y el mérito era propio. Sonrió, de verdad, con el corazón y las mejillas. Dio un salto de alegría y llamó a su madre para contarle la buena noticia.

El invierno trajo a Violeta un reconocimiento a su obra que vivió intensamente desde muy dentro de sí misma. A veces, como si de una película en la pantalla se tratara y no de su propia y maravillosa realidad profesional. Otras, con una euforia incontenible que se transformaba en verborrea ante quienes más la querían. Siempre, eso sí, con el recuerdo de Ander en cada pliegue de su ser.

La editorial no dejaba de enviarle correos y llamadas. Las ventas crecían, los ejemplares se agotaban en librerías y la crítica había destacado su estilo íntimo, honesto, capaz de tocar fibras profundas sin artificio. Su editora la citó en un café del Eixample para darle la noticia en persona: pronto habría una nueva edición especial, además de presentaciones en Barcelona y Madrid.

Violeta escuchaba con la taza de café entre las manos, incrédula, como si aquello le pasara a otra. Se había permitido ser ella misma, escribir con las entrañas, y ahora el mundo la celebraba. Caminó de regreso a casa con un nudo en la garganta, agradecida y orgullosa, pero también vacía. Porque cada página era él. Y él ya no estaba. ¿Se agarraría a ese recuerdo para construir nuevas historias? ¿Sería capaz de parir algo similar de nuevo? El complejo de impostora la invadió. Algo demasiado habitual en ella siempre que algo le iba bien...

Mientras tanto, en Madrid, Ander surfeaba la resaca de su regreso al poder. Las últimas semanas habían sido pura euforia: reuniones frenéticas, proyectos firmados, noches de sexo y excesos. Pero la exaltación pronto dio paso a un cansancio sordo, a una soledad ruidosa. El éxito recuperado ya no bastaba. Y con la llegada del frío

se descubrió buscándola en el hueco vacío de la cama, en la rutina de mensajes que ya no llegaban. Y ese vacío —él, que siempre había sabido llenarlo con ruido— esta vez lo estaba devorando.

Volvió al whisky por las noches como remedio para el insomnio. Y, cuando conseguía dormir, soñaba con la isla, el olor de su cuerpo, y despertaba empapado gritando su nombre. La cordura sutilmente se le escapaba de entre los dedos. La esencia de Violeta se había colado en recovecos de su alma. No contó con que la fuerza del amor que sí sintió por ella era más poderosa que su mente, que su poder y que el velo que lo cegó a su llegada.

Se resistía a la rendición, luchaba por mantener el tipo. Pero cuanto más peleaba más le invadía el recuerdo de las tardes de verano, la risa de su chica, el tacto de su piel.

Hay semillas que germinan a su tiempo y, cuando lo hacen, no hay huracán que tumbe sus raíces ni tempestad que ahogue sus flores.

Una tarde, Víctor lo encontró en el despacho, con la mirada fija en la pantalla, sin leer una sola palabra.

—Llámalas, si tanto la echas de menos. Vete a verla, joder —dijo con impaciencia.

—¿Crees que debería hacerlo? ¿Llamarla, en serio? Joder, no puedo dejar de pensar en ella. He huido de mis sentimientos, creyéndome inmune, tapándolos con toda la mierda que me rodea, pero no puedo. No puedo.

—Ander..., mpff, tío —resopló Víctor tratando de encontrar el tono más adecuado y menos ofensivo para no lastimar a su amigo—, le has dado largas, has ido aplazando vuestros encuentros hasta cansarla. Hasta, sinceramente, dejarla escapar.

—No lo entiendes, Víctor. Yo no soy lugar para Violeta. Mi vida

está hecha de excesos, de ruido..., y eso no es digno de alguien como ella. Si la hubiera arrastrado a mi mundo, solo habría terminado dañándola.

—¿Dañarla, tío? —replicó Víctor con dureza—. Ya la has dañado. La ignoraste, la dejaste tirada, y se cansó de ti. Todo lo demás son excusas, Ander. Cobardía pura. Uno lucha por lo que quiere. Tú no lo hiciste. Y ahora olvídale, porque lo lógico es que ya esté con otro.

Ander lo miró sorprendido, incluso furioso, por el golpe de realidad que acababa de soltarle. Demasiada dureza la de su amigo. Frunció el ceño, incrédulo, sacudiendo la cabeza como si quisiera desterrar la idea de que ella estuviese con alguien. Jamás había imaginado a Violeta en brazos de otro. La visión lo atravesó como un puñal. El pecho le ardió, un sudor frío le recorrió la espalda. Pensar que sus besos serían para alguien más, que esa mirada —la misma que alguna vez fue solo suya— ahora se rindiera a otro, lo desgarró. La aflicción se dibujó en su rostro con una crudeza imposible de ocultar.

—Pero quizá, solo quizá —prosiguió Víctor ante su reacción—, aún estés a tiempo de recuperarla. No ha pasado tanto. Apenas cuatro meses.

Ander apoyó los codos en el escritorio, se frotó la cara con ambas manos y exhaló con rabia.

—Joder, tío. Yo, que tantos marrones te soluciono, no tengo ni idea de cómo abordar esto. He quedado con amigas, he salido, he tratado de borrarla, de negarla. Pero siempre vuelve: su voz, su recuerdo, su perfume... Estoy rodeado de neón, lleno de mierda, y ahora lo veo con tanta claridad que lo único que deseo es volver a lo que encontré en la isla. Volver a ella. Pero he sido un completo capullo. La he apartado, he apostado por seguir adelante como si nada, dejando a un lado mis sentimientos, los suyos, y ahora, ahora me estoy volviendo loco.

Víctor guardó silencio. Era un genio en los negocios, pero un desastre dando consejos sentimentales.

—¿Y si salimos a tomar unos vinos? —propuso al fin, encogiéndose de hombros—. Intentamos olvidarla y seguir adelante.

Ander lo miró y, con una sonrisa torcida, negó con la cabeza.

—Eres pésimo consejero, colega.

—Lo sé. Mira, llámala, tío. Yo qué sé..., ¿qué quieres que te diga?

Ambos sonrieron. A pesar de todo, seguían siendo cómplices. Amigos.

Rechazó la propuesta de Víctor. Optó por ir a casa. Cenar algo de lo que Josefa le había dejado preparado, ponerse cómodo y dejarse envolver por una película antigua, una de esas que seguro habría comentado con Violeta, como si fueran dos críticos expertos que todo lo saben y todo lo discuten. Sonrió ante el pensamiento, pero la sonrisa se desvaneció rápido al mirar el móvil.

No quiso pensarlo demasiado. Marcó su número. Al cuarto tono, ella descolgó.

—Violeta... —dijo él con una voz grave, casi temblorosa.

Hubo un silencio largo al otro lado. Luego, un suspiro.

—Ander..., ¿qué ocurre?, ¿por qué me llamas?

—Porque te echo de menos. —Respiró hondo. Silencio. Cerró los ojos—. Porque he sido un capullo creyendo que podía pasar página como si nada... —prosiguió—, como si tú no te hubieras colado hasta el fondo de mi vida. Yo... yo estaba más seguro de quién era antes de conocerte, ¿sabes? Controlaba todo. Pero ahora... ya no sé quién soy. Solo sé que te necesito.

Violeta tragó saliva. Respondió tensa, incluso fría, aunque por dentro le ardiera el corazón.

—Ander..., ahora es tarde. Nuestro tren ya pasó. ¿No crees?

Él se levantó del sofá, como si esa frase lo hubiera atravesado.

Caminó de un lado a otro, desesperado.

—No, Violeta. No digas eso. Nuestro tren no ha pasado, ni siquiera ha arrancado.

Ander sintió que atravesaba un desierto desnudo, bajo un sol implacable, antes de hacer esa llamada. Aceptar la derrota de su razón frente al corazón fue como dejar que la piel se resquebrajara en ampollas para dar paso al Ander que su alma reclamaba.

Merecía ese *no*. Merecía el rechazo. «Es demasiado tarde», insistía ella.

Ella, que había guardado tanto silencio, tanta rabia y tanto dolor, estalló de pronto, sin que ninguno de los dos lo esperara.

—¡Ander! Te amo, ¿lo entiendes? Te he amado como a nadie, he perdido la cordura por ti. Pero después de tus desaires, de tus mensajes respondidos días más tarde, de tus silencios que gritaban que no había futuro..., tuve que aprender a remontar. Y lo estoy logrando. Estoy bien. Me va bien sin ti. ¿Sabes? Me va bien la vida, me va bien con mi libro. Me han ofrecido algo muy bueno.

Él se detuvo en seco.

—¿En serio? —preguntó con una mezcla de sorpresa y orgullo.

—Sí, en serio —respondió ella, suavizando apenas la voz, confundida por la interrupción.

—Me alegro... mucho, Violeta. De verdad. —Ander se llevó una mano a la frente, su voz era apenas un susurro.

—Lo siento, Ander. Intento seguir... sin ti. Y esta llamada... —Se quedó callada, conteniendo el llanto—. Esta llamada solo me remueve, y no quiero sufrir más por esto.

El silencio fue eterno. Después, la línea se cortó.

Ander se dejó caer en el sofá. Lloró en silencio, con las manos tapándole el rostro.

Violeta, a su vez, en su piso de Barcelona, se derrumbó. Lloró

fuerte, con rabia, golpeando el cojín, maldiciendo esa llamada que le había roto de nuevo el frágil equilibrio que estaba construyendo.

Pero Ander, con su testarudez innata, supo que no se daría por vencido. Reconocía, al fin, el egoísmo que lo había cegado a su regreso. Esa absurda necesidad de autoconvencerse de que seguía siendo el mismo de siempre, sin detenerse a pensar en el daño que podía causar a la única mujer que había amado de verdad. El daño que se causó a sí mismo. Aquella lucidez lo golpeaba con fuerza.

Observaba con nitidez que en él algo había cambiado. Una nueva versión emergía de sus entrañas. Ya no era el de antes. Se sentía más vulnerable, más sensible. Como si una madurez tardía asomara la verdad y las ganas de ella con una voraz fuerza que le robaba la paz.

Lejos de rendirse, trató de recuperarla. Mensajes diarios de *buenos días*, de *buenas noches*. De *pienso en ti*. De *perdón por mi torpeza*. De *causarte este dolor*. De *en Madrid ya llegó el frío y está preciosa la ciudad*. De *por favor, te extraño*. *Veámonos una vez más*.

Ella no respondía. Ander sabía que era lo justo. Que se lo merecía, pero no desistía.

Salió a caminar una tarde por el centro. Quería distraerse, iniciar compras navideñas, matar el tiempo. Entonces la vio: una librería, un escaparate, y en él la foto de Violeta sonriendo en la contraportada de su libro. Sintió un vuelco en el estómago. Entró sin pensarlo, lo compró, se marchó a casa con él bajo el brazo, como si de un tesoro se tratase.

Esa misma noche lo devoró de un tirón. Entre cafés y cigarros, se fumó cada página. Se bebió el libro entero. En la novela estaban indudablemente ellos en cada letra, en cada párrafo. Él. Ella. Sus caricias, sus miradas, su amor. Los relató con suma delicadeza

impregnando en cada página, sin revelar secretos, la esencia de su historia.

Al amanecer, con los ojos rojos y el corazón desbordado, le envió un mensaje acompañado de una foto del libro en sus manos:

Lo he leído. Es precioso. Y ellos...
somos nosotros..., Violeta. Por
favor, veámonos una vez más.

Violeta tardó dos días en contestar. Al fin, un mensaje breve apareció en su pantalla:

Está bien. El próximo fin de semana
puedo. Si puedes, ven a Barcelona.

Ander sonrió, aliviado. Feliz. Esperanzado.

Capítulo 26

La semana avanzó entre rutinas y promesas frágiles. Había esperanza en el aire, aunque ninguno se atreviera a nombrarla. Él, prudente, por miedo a sofocarla. Ella, reservada, para no ilusionarse demasiado.

Pero a veces el destino y sus vericuetos no tienen en cuenta los planes. Sonó el móvil de Ander.

Eran sus hermanos. La voz al otro lado, agitada. Su padre estaba grave. Una infección pulmonar, provocada por un atragantamiento, había obligado a intubarlo. La fiebre era alta, el pronóstico incierto.

Ander sintió que el corazón le galopaba desbocado. El recuerdo de su infarto volvió como un rayo. Se levantó de golpe de su silla y, tras los ventanales de cristal de su despacho, Víctor lo observó con alarma. No dudó en entrar sin llamar.

—¿Qué pasa, Ander? —preguntó.

—Mi padre... —pronunció con la voz áspera, quebrada por la emoción—. Mi padre se muere.

Víctor lo agarró de los hombros.

—Vete, tío. Ahora mismo. A Elorrio. No pierdas tiempo. Yo me encargo de todo aquí. Llamo a Ane, seguro que querrá acompañarte.

—Tengo que avisar a Violeta... —musitó él, sacudiendo la cabeza,

desesperado.

—Olvida eso por ahora. Anda, céntrate en lo importante.

—¡No puedo olvidarla! —explotó Ander, desmoronándose.

Víctor lo abrazó con fuerza.

—Vale, avísala, pero sal ya. No quiero que nadie te vea así aquí. Te pido un taxi, yo me ocupo de tu coche, no quiero que conduzcas. Avisa a Josefa que te vaya haciendo una maleta. En menos de cuatro horas estaréis Ane y tú allí.

Ander obedeció casi en piloto automático. Con manos temblorosas escribió un mensaje:

Mi padre está muy enfermo. Salgo
a Elorrio. Te llamo al llegar. Lo
siento, Violeta, te juro que lo
siento.

Ella lo leyó en silencio. No supo qué pensar.

Capítulo 27

Ane pasó a buscarlo tal como habían acordado. Apenas una hora más tarde lo esperaba aparcada en doble fila. Ella era familia —así se consideró desde siempre— y no dejaría a los Beláustegui solos en un momento así.

En silencio, con miradas de cariño y complicidad, dejaron las bolsas en el maletero y emprendieron camino.

El viaje fue sereno, sin prisa, sin pausa. Al principio charlaron de trivialidades —el clima, los coches, el tráfico—, pero, a medida que avanzaban y se acercaban al norte, la confianza de años permitió aflorar los miedos que oprimían el pecho de Ander.

En mitad del silencio de la carretera, él le habló de lo que sintió al perder a su madre, de la herida aún abierta, del miedo insoportable a quedarse ahora también sin su padre.

—Es como si se rompiera el último hilo que me ata a mis raíces —confesó.

Ane lo escuchó como una hermana, con el recuerdo presente, al verlo así, de Edurne, su madre.

Llegaron bajo una fina lluvia y la neblina de la noche entrante. Se dirigieron directamente al hospital. Allí estaban Anchón, Juan e Itziar. Visiblemente emocionados, tras demasiado tiempo sin verse, se fundieron en un abrazo que acogió todo el amor de aquellos

cuatro hermanos.

—¿Qué dicen los médicos?, ¿cómo está el aita? —se afanó en preguntar Ander.

—Las próximas horas son cruciales, Ander —respondió su hermana—. Hay que esperar. Por ahora, pronóstico reservado. Estamos agotados, hermano.

—Me quedo yo. Dejadme pasar la noche con él. Cualquier cosa os avisaré. Ane —dijo, volviendo la mirada hacia su amiga—, ¿puedes llevarte mi maleta a casa? Yo me quedo con el aita.

Ane asintió con una sonrisa maternal, como tratando de calmar los nervios de su querido Ander, que ante sus hermanos volvía a parecer el mismo de siempre: cariñoso, noble, resolutivo. No entendía el porqué de tanto distanciamiento entre los hijos de su amiga Edurne.

Si ella estuviera aún aquí, eso no pasaría, lo tenía muy claro.

Ya en el hospital, algo más tranquilo y solo junto a su padre, con el único ruido de los monitores y el personal sanitario del turno de noche, Ander tomó una silla y se acomodó a los pies de la cama. Quería sentirlo cerca y que su padre, de alguna manera, se sintiera acompañado. Puso su mano sobre la escuálida pierna del aita y, roto de dolor al notar cómo su padre se había ido consumiendo y convirtiéndose en una leve sombra del hombre que fue, le habló como si pudiera escucharlo.

—He sido un imbécil, aita. Primero por no venir más a menudo a verte y segundo por haber dejado que mis hermanos y yo nos distanciáramos. —Hizo una pausa—. Sabes, aita, las cosas me han ido bien en Madrid. Me gano la vida de sobra, soy lo que se dice un tipo con éxito. Pero el éxito es humo. Si pudiera volver atrás, si pudiera volver a abrazar a ama... —Ander lloraba como un niño pequeño ante su padre inconsciente e intubado en aquella cama de hospital—. He conocido a una chica, aita. Se llama Violeta. Es la

mujer más bonita que he visto en mi vida. Morena, de ojos castaños, piel blanca y con pecas, labios rojos y preciosos. Se parece al personaje de Blancanieves, ¿te acuerdas de ese cuento que nos contaba la ama cuando éramos pequeños? —Se secó las lágrimas y siguió hablando, como si albergara la esperanza de que su padre, desde algún lugar de la habitación, lo escuchara—. Pero yo no he sido su príncipe, aita. Más bien el villano del cuento. La he perdido, la he perdido por estúpido. Y te juro que es lo mejor que me ha pasado en la vida. Aita, ojalá pudieras conocerla, ella te encantaría. Le he hablado mucho de ti, de los buenos padres que he tenido. De lo mucho que siempre nos habéis amado a los cuatro—. Ander sollozó, se secó las lágrimas tratando de reponerse, respiró hondo. Miró al suelo con los codos apoyados en las rodillas, alzó la cabeza hacia su padre de nuevo y añadió—: Te quiero, aita. Ojalá te lo hubiera dicho más a menudo. Te juro que, si sales de esta, vendré más a Elorrio, a verte, a estar con mis hermanos. Y, aunque no me reconozcas, te diré «te quiero» y te llenaré de besos cada vez que te vea.

Respiró hondo, como si al exhalar pudiera sacar parte del pesar que le arañaba por dentro. Se puso en pie, tomó la mano del anciano y la besó con ternura por varios segundos. Su padre. Su héroe antaño. Y siempre.

Era más de medianoche. No había probado bocado desde el desayuno y, ahora, algo más sereno, necesitaba comer, aunque fuera de la máquina dispensadora.

Bajó a recepción a por un bocadillo.

Entonces la vio.

Violeta.

Estaba en el mostrador preguntando —lo supo después— por el

número de habitación del señor Beláustegui. Con un abrigo sencillo, el pelo un poco más largo y esa misma belleza serena de siempre. No supo si soñaba.

—¡Violeta! —susurró incrédulo.

—Ander... —ella abrió los brazos y lo estrechó contra sí.

No hubo beso. Solo un abrazo inmenso.

—He venido a estar contigo. Somos amigos, al margen de todo. Y voy a estar a tu lado.

Ese *somos amigos* le escoció en el corazón, pero no importaba, ella estaba allí.

—Gracias —acertó a decir él, con la voz quebrada. La miraba con vergüenza por mostrarse tan vulnerable ante sus ojos y, al mismo tiempo, feliz de tenerla con él.

Ella apretó su mano con firmeza. Y, en ese gesto espontáneo, Ander sintió que la noche oscura se teñía, un poco, de luz.

—Vamos —dijo ella, señalando el ascensor con un gesto de la cabeza—. Si te parece bien, me quedo contigo y con tu padre. Él necesita tu fuerza ahora y yo te sostendré a ti.

Ander se agarró a su mano y deseó no soltarla más. Se sonrieron con ternura y caminaron, sin dejar de mirarse, como quien se descubre de nuevo, hasta que entraron y salieron del ascensor.

Las horas siguientes fueron críticas. Al amanecer, contra todo pronóstico, su padre mostró signos de mejoría. Los médicos confirmaron el tan deseado mensaje: «fuera de peligro». Había sido un susto enorme, pero seguía entre ellos. En dos días, les dijeron, podría regresar a la residencia, donde lo seguirían cuidando. Lo peor había pasado. La infección remitía y la respiración volvía a estabilizarse.

Ante la maravillosa noticia no hubo otra reacción que alegrarse y agradecer al cielo que aún no se llevara al padre, o al menos no del

todo.

La paz, poco a poco, volvió a la familia Beláustegui y, aunque el abuelo seguía bajo observación, todos respiraron aliviados.

—Quédate unos días —le pidió Ander en el aparcamiento, con la mirada clavada en aquellos ojos castaños que le devolvían la vida—. Quiero estar contigo, déjame enseñarte mi pueblo.

—He venido como amiga —replicó ella con suavidad.

—De acuerdo —sonrió él—. Como amiga, entonces, quédate. Me gustaría presentarte a mi familia. Ven a comer con nosotros mañana.

Violeta asintió. Ander la acompañó hasta el hotel, reiterando con ternura que en su casa había habitaciones de sobra si prefería quedarse allí.

—Es mejor así —respondió ella, con una sonrisa que escondía más de lo que pretendía mostrar.

Él tomó la maleta para ayudarla y, en la puerta del hotel, se quedaron unos segundos suspendidos en un silencio cargado de todo lo que no decían. Se miraron a los ojos, luego a los labios, inclinándose apenas lo suficiente para sentir la electricidad del casi beso. Violeta, con un gesto leve, apartó la cara.

—Te veo mañana, Ander. Vamos a descansar.

Capítulo 28

Elorrio amaneció cubierto de un cielo gris, frío y limpio, de esos que parecen acentuar el verde de los prados y el olor a leña encendida en las chimeneas. La casa familiar de Ander bullía de voces y risas. Hermanos, cuñadas, sobrinos... Todos se habían reunido para compartir mesa tras los días difíciles. Violeta se sentía acogida y, aunque el bullicio la abrumaba un poco, había aprendido a refugiarse en su sonrisa discreta, en las miradas cómplices que Ander le lanzaba desde el otro extremo de la mesa.

El vino corría entre copas y alguien propuso un brindis por la salud del padre. Todos alzaron sus vasos.

—Por él —dijo Ander con la voz ronca que lo caracterizaba, ligeramente emocionado—, y por nosotros.

Los ojos de Violeta se encontraron con los suyos. Brindaron en silencio, en un lenguaje solo de ellos.

Al acabar, entre el ir y venir de platos y vasos, los dedos de ambos se rozaron al alcanzarse un cuenco. Se quedaron suspendidos en ese roce, en la chispa de contacto que pareció detener el tiempo. Sonrieron, torpes, adolescentes.

Cuando la cocina quedó recogida, Ander se acercó.

—¿Quieres dar un paseo? Quiero enseñarte mi pueblo.

Ella asintió. Se pusieron los abrigo y salieron al frío húmedo de la

tarde. Pasearon por calles empedradas, estrechas, llenas de casonas de piedra con balcones de madera oscura y geranios ya marchitos por el cambio de estación. Elorrio parecía un pueblo sacado de un cuento, envuelto en montañas, con sus campanas marcando las horas como si el tiempo allí tuviera otro ritmo.

Llegaron hasta un puente de piedra sobre el río. El agua corría clara, arrastrando hojas caídas. Se detuvieron en medio. El silencio era hondo, solo roto por el rumor del agua. Ander se giró hacia ella.

—Te quiero, Violeta. No hago otra cosa que pensarte. Sé que he sido un imbécil...

Ella lo calló con un dedo en los labios.

—Cállate, imbécil. Y bésame.

Se fundieron en un beso largo, profundo, que contenía el vértigo de todo lo que habían sufrido.

No volvieron a hablar hasta llegar al hotel. En la penumbra de la habitación, entre risas tímidas y abrazos ansiosos, hicieron el amor como si aquella noche pudiera curar las heridas de todas las anteriores.

Hablaron, mucho, hasta entrada una madrugada helada y luego el amanecer esperanzador. Se debían explicaciones, algún reproche, mucho entendimiento y sobre todo perdón. Al otro, a uno mismo. Con las cartas volcadas sobre la mesa, apostaron todo por su amor.

Ander, como quien recupera su alma arrancada días atrás, se acercó desnudo a Violeta.

—Te juro que me vas a volver a querer —susurró.

Ella se mordió el labio, traviesa, con esa mezcla de dulzura y misterio que tanto lo desarmaba. Con la punta del dedo dibujó un corazón en su musculoso hombro y lo besó, suave, como si sellara aquella promesa.

Él la rodeó por la cintura con firmeza y el deseo los encendió en

un instante. Se acariciaron, se lamieron, se comieron con esas ganas desatadas de quien ya no teme perderse en el otro. Susurros, gemidos, piel contra piel, el sabor salado del sudor y más deseo. Los labios recorrieron cada rincón y las manos, sedientas, descubrieron lo ya conocido como si fuera la primera vez.

El tiempo se detuvo. No era Formentera, sino el País Vasco. No era verano, sino pleno invierno. Pero juntos seguían siendo un volcán en erupción, capaces de arder en cualquier lugar del mundo.

Se amaron sin reservas, con ternura y con fuego, hasta quedar exhaustos. Luego se quedaron dormidos abrazados, rendidos, como dos barcos que, tras la tormenta, por fin habían encontrado su puerto.

A la mañana siguiente, Ane los vio llegar juntos al hospital, de la mano. No dijo nada, solo sonrió. Era suficiente. Y se alegraba, de corazón. Sabía que aquel chaval al que vio crecer había aprendido la lección y sería capaz, como siempre que se proponía algo, de hacer feliz y ser feliz junto a Violeta. No le cabía la menor duda. Y el tiempo le daría la razón.

—Creo que volveré a Madrid esta tarde —anunció Ane con una sonrisa cansada—. Vosotros, si queréis, quedaos el fin de semana.

Y se quedaron. Violeta se instaló en la vieja casa de los Beláustegui, una construcción robusta, de muros gruesos y ventanas pequeñas, donde aún parecía latir la memoria de generaciones enteras. Elorrio y los pueblos de alrededor eran un mundo aparte. Montañas verdes que se alzaban como murallas, un silencio profundo que lo impregnaba todo, roto solo por el murmullo de los riachuelos, y el canto de los pájaros. Violeta se sintió tan a gusto allí que no pudo evitar fantasear con pasar temporadas en aquel lugar, de la mano de Ander.

Él la sorprendió sonriendo sola, perdida en sus pensamientos.

—¿En qué piensas? —preguntó divertido.

—En nada —respondió ella con rapidez, ocultando que en realidad soñaba con un futuro juntos.

Ander propuso dar un paseo. Su padre mejoraba por momentos y ya había vuelto a su residencia. La vida, ahora sí, parecía ponerse en orden.

Bien abrigados y calzados, salieron al bosque. El aire olía a tierra húmeda y hojas secas. En una cantina junto al camino tomaron vino caliente y charlaron con unos vecinos. Para sorpresa de Violeta, Ander cambió al euskera con naturalidad, su lengua materna. Nunca lo había escuchado hablar así y le resultó tan sensual, tan íntimamente suyo, que no pudo disimular la expresión de fascinación que le iluminó el rostro. Él se dio cuenta, sobre todo porque la boca entreabierta de ella delataba cualquier pensamiento y, mientras seguía la conversación con los vecinos, le lanzó una sonrisa ladeada, cómplice, que parecía decir: «Luego te hablo en el idioma que tú me pidas. Y te hago el amor. Toda la noche».

Prosiguieron el paseo internándose entre los árboles desnudos del invierno. Entonces, de pronto, sin previo aviso, Ander se detuvo en seco. Se giró hacia ella y, en mitad del sendero de tierra húmeda, se arrodilló.

—Violeta... —su voz grave, segura, sincera—, cástate conmigo.

Ella se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos, muerta de vergüenza al verlo allí, en plena arboleda.

—Ander, ¿qué haces? ¡Estás loco! Levántate, por favor.

—No pienso levantarme si no aceptas casarte conmigo. —Su mirada era seria, ardiente—. Prometo hacerte feliz. Eres, sin duda, lo mejor que me ha pasado en toda mi vida. Ya lo hice anoche, pero lo haré mil veces más: pedirte perdón por mi estupidez, por mis miedos. Pero te amo, Violeta. Te amo y quiero estar el resto de mi

vida a tu lado.

Ella lo miraba con los ojos vidriosos, el corazón desbocado.

—Estás loco —murmuró y las lágrimas le resbalaron por las mejillas.

—Entonces..., ¿qué me dices? —preguntó él con una sonrisa sincera.

—Pues claro, idiota. ¡Claro que me caso contigo!

Ander se levantó de un salto, la estrechó entre sus brazos y la alzó en vilo, girándola bajo la bóveda de ramas que los rodeaba. La besó feliz, como nunca antes la había besado, con la certeza de haber encontrado, por fin, su hogar.

Fin

Epílogo

Nunca pensé que el verano en Formentera cambiaría el rumbo de mi vida. Fui allí buscando silencio, horas de escritura y un espacio para estar conmigo misma, equilibrarme y descansar, y regresé con algo que nunca había imaginado: un amor de esos que transforman, que sacuden hasta el alma.

Hoy escribo estas líneas desde la calma de nuestra casa en Elorrio. Una casa de piedra, con un jardín que en verano se llena de flores y que en invierno nos abraza con la quietud de la lluvia golpeando los cristales. La compramos hace unos meses, pensando en pasar aquí los veranos, los puentes y todo el tiempo que la vida nos permita. Porque aquí, en estas montañas que parecen custodiar el tiempo, encontramos una paz que nos pertenece. Porque aquí nos casamos y porque aquí quiero que mis hijos escriban parte de su historia.

Compaginar Madrid, Barcelona y Elorrio no ha sido sencillo, pero sí natural. Yo, con mi escritura, he descubierto una libertad que no imaginaba posible. Mis libros han encontrado lectores, mi voz ha encontrado espacio. Él, Ander, ha aprendido a soltar. Ya no corre tras cada proyecto como si en ello se le fuera la vida. Ahora sabe que la vida, la verdadera, está en nuestro hogar, en las cenas improvisadas, en las mañanas de domingo en que la rutina huele a café y pan tostado.

Lo miro, a veces, cuando no se da cuenta. Y pienso en aquel hombre que conocí en la isla. Tan fuerte, orgulloso, con el corazón blindado. Ahora lo veo reír con nuestros sobrinos, abrazar a sus hermanos, acariciarme el pelo antes de dormir, y sé que su corazón late distinto. Más lento. Más seguro. Más nuestro.

Los dos hemos cambiado, aunque quizá la palabra no sea *cambiar*, sino *crecer*. Él ha aprendido a cuidarse. Yo, a confiar en mí. Él, a bajar el ritmo. Yo, a soltar el miedo, a no temer aislarme en mi mundo interior cuando mi alma me lo pide, sin recelo a ser juzgada o a perder a quien me quiere por ello. Y juntos hemos encontrado un equilibrio que jamás imaginé posible.

A veces la vida te sorprende y te regala un camino con el que no contabas y que, si decides seguirlo, quizá tenga adoquines dorados que te lleven a una felicidad que ni sabías que existía.

De todos los veranos, el nuestro, juntos en Formentera, fue el primero de todos los que nos quedan por vivir.

Un infarto lo obliga a desaparecer.

Una escritora busca inspiración.

En una isla que parece mágica, sus caminos se cruzan... y nada volverá a ser igual.



Violeta llega a Formentera en busca de calma, inspiración y un verano para escribir.

Ander, aterriza en la isla huyendo del vértigo de su vida en Madrid obligado a descasar tras un reciente infarto.

Un encuentro fortuito los une bajo la luz del Mediterráneo.

Pero el verano no dura para siempre. Entre promesas, silencios y despedidas, Violeta y Ander deberán decidir si lo suyo fue solo un sueño o el comienzo de su verdadera vida.

De todos los veranos es la historia de amor que surge entre Violeta, una mujer neurodivergente, y Ander un hombre de vuelta de mucho. Es una historia íntima, apasionada y luminosa sobre el poder del amor, las segundas oportunidades y esos encuentros capaces de cambiarlo todo.

María Rojo (Barcelona, 1980) estudió Derecho y grafología y está especializada en el estudio de la personalidad. Dirige los Recursos Humanos en una multinacional, pero su verdadera pasión es escribir: un intimismo bello y aderezado con prosa poética da voz a las historias de romance contemporáneo que encontramos en sus novelas.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: enero de 2026

© 2026, María Rojo

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-63-7

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



Penguinlibros

[1] Frase inspirada en la letra de la canción «Mexicana hermosa», compuesta por Natalia Lafourcade y Gustavo Guerrero.

Índice

De todos los veranos

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

SEGUNDA PARTE

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[TERCERA PARTE](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre María Rojo](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)